



Leopoldo Alas

**Los artículos publicados en "Las Novedades" Nueva York,
1894-1897**

1.º de agosto, 1895

Una de las cuestiones que ahora preocupan a los franceses que, dueños de la paz política, atienden con avidez de mejoras sociales a todo cambio que signifique un progreso, es la difícil y complicada que se conoce con el nombre general de descentralización. Se consulta allí la opinión de cuantos pueden tenerla propia y autorizada, no reduciendo estas indagaciones al círculo, relativamente estrecho, de los hombres políticos, sino contando también con el parecer de los sabios, de los literatos, de los filósofos, etc., etc. Por lo común la idea predilecta es la de procurar arrancarle a París una exclusiva representación del pueblo francés en todo lo intelectual; una representación exclusiva que las provincias no pueden ver ya, según adelantan, sin justos celos y cierto sentimiento de humillación. Se quiere que el antiguo régimen, enterrado en todo lo formal, no subsista en ciertos elementos de esencia, y se recuerda que, como hace notar Hipólito Taine, bajo la monarquía de Luis XVI mientras el camino de París a Versalles era una continua cadena de coches, una doble fila como la de nuestra Castellana, por las calzadas de las remotas provincias no circulaban media docena de carruajes en días enteros. Hoy los trenes corren cargados de gente por Francia entera, y se quiere que en todo suceda lo mismo; que Francia sea toda la Francia, no París.

La literatura, una de las esferas de vida intelectual en que la

descentralización es más difícil, también sigue esa tendencia, y a los que oponen el argumento de los indudables peligros de una división de fuerzas espirituales, se les replica presentándoles el ejemplo de la Alemania del Siglo de Oro, que no tenía un solo centro sino varios ganglios autónomos que disfrutaban de propio fluido vital sin sujeción a ninguna hegemonía. Italia, tanto en el siglo presente como en los de su gran renacimiento, ofrece también animados ejemplos de descentralización intelectual, compatible con una prosperidad de artes y letras innegable.

En España, y a eso iba, tales tendencias no son nuevas; pero suelen ofrecer graves peligros por dos razones: hay el temor natural de que tengamos poco fósforo para repartirlo entre varios núcleos pensantes; y el temor de que las exageraciones y los exclusivismos locales conviertan en separatismo moral lo que debiera ser justo reparto de fuerzas.

En la política la descentralización está contenida, no sólo por el egoísmo de la corte, sino por miedo a los excesos de los exagerados; el federalismo teóricamente y el caciquismo prácticamente, y la ignorancia y las pasiones sociales de la raza hacen, en realidad, muy arriesgada esa descentralización, que sin embargo está siendo en España necesaria por tantos motivos.

En las letras también hay quien exagera, pero de esas exageraciones regionalistas sacan partido para una centralización absurda, más absurda cada día, los que quieren que constituya un monopolio de mucho jugo el mero hecho de vivir en Madrid.

Da risa ver cómo cualquier gacetillero de un papel madrileño mira por encima del hombro a todo literato que no es vecino de la corte. Pereda, el insigne Pereda, ha notado, tal vez con exageración nerviosa, que muchos de esos chicos de la prensa le alababan como protegiéndole. Ahora acaba de morir Soler (Pitarra), famoso y popularísimo dramaturgo catalán, y la prensa cortesana apenas se hace cargo de lo que ha perdido el arte; se dedican al poeta sueltos necrológicos sin firma, entre dos barras de luto, y eso se cree que basta.

A mí, aunque siempre he escrito en publicaciones de la corte, y tengo el honor de colaborar en los periódicos madrileños más populares desde hace veinte años, algunos chicos nuevos me desprecian y me llaman gallego, y el Sr. García y gacetillero ovetense... Pero la ola sube, España entera está en el secreto y de todas las regiones de España se elevan voces de protesta, y lo que no grita, la oposición latente, trabaja más todavía en el ánimo nacional, no para quitarle a Madrid su ser natural (por la costumbre, que es segunda naturaleza) de centro literario, sino para hacer ver a los periodistas de cierta clase y a ciertas camarillas, y hasta Academias, que fuera de la capital se piensa y se estudia y se escribe y se juzga y se siente; lo mismo que en la Corte.

* * *

Un suceso que ha tenido más resonancia de la que quisieran ciertos enemigos míos, ha venido esta temporada a demostrar el progreso de esa saludable reacción del espíritu contra una falsa hegemonía literaria de cierta parte de la prensa y de las letras madrileñas.

No importa que se trate de cosa mía por haber defendido a otros me veo atacado como me veo, y no fuera justo que cuando recojo las tempestades de tales vientos, me dejase ir a pique sólo por una fingida modestia.

Mientras no haga más que consignar hechos, tengo el derecho de hacer constar lo que sucede.

* * *

Es el caso que aquella Teresa, mi humilde ensayo dramático, que los gacetilleros críticos y cierta parte del público que alborota en el Real y no oye a Lope, maltrataron en el Español y en algunos periodicuchos; aquella Teresa que no podía resucitar según los profetas del rencor y el despecho... resucitó en Barcelona con una salud de que su padre está muy satisfecho. El público barcelonés en el Teatro de Novedades, donde la compañía del Español, de Madrid, volvió a representar mi ensayo, lo aplaudió sin medida, según consta de multitud de telegramas y cartas de felicitación, de multitud de revistas de la prensa, tanto benévola como enemiga. Niegan los que están agraviados -et pour cause-, la legitimidad de lo que llaman exitazo, pero el hecho del exitazo no lo niegan. El Liberal de Madrid y varios papeles de covachuelistas, de Barcelona, dicen que las trece llamadas a la escena, la ovación al autor, etc., etc., fueron cosa de la claqué... pero reconocen el hecho. ¡Peregrino criterio! Cuando en Madrid fracasa mi obra no son mis enemigos ni un público distraído que no la oye ni entiende quien la atropella; es el público imparcial que la rechaza; y cuando en Barcelona (donde no conozco absolutamente a nadie) Teresa, después de ser solicitada su representación por docenas de obreros y de artistas, es aplaudida con gran entusiasmo... no es el público, es la claqué quien decide el triunfo. ¿Cabe mayor apasionamiento?

Por supuesto; de los periódicos que en Madrid habían procurado enterrar mi obra, sólo uno (torpe a fuerza de mala voluntad) habla de lo sucedido en Barcelona, aunque entre falsedades y calumnias, desmentidas oficialmente; los demás... callan como muertos. ¡Qué imparcialidad! ¡Qué justicia! ¡Qué modo de entender la misión de la crítica!

Por fortuna no falta quien, como El Heraldó y El Imparcial (es decir, quien lo hace saber a toda España), cuenten las cosas como pasaron, y desmientan a quienes lo merecen.

Pero, ¿por qué se calló lo de Barcelona? ¿Sólo por odio a mí?

No; por celos; por miedo a una rivalidad inevitable. ¡Cómo una provincia atreverse a revocar el fallo de la crítica de la Corte!

Por supuesto que ni los aristócratas del Español, ni los gacetilleros mis enemigos que me vencieron en el estreno, son el público de Madrid; yo sabría encontrar en la capital ¡ya lo creo!, un público análogo al que en Barcelona, sin conocerme, quiso oír mi obra, enterarse y después aprobarla con aplausos que no merezco, pero que son reparación legítima del incalificable atropello de juzgarme y condenarme sin oírme.

El hecho de la revisión y casación de Barcelona ha dado mucho que decir. Ha sido una ocasión para que resaltara esa protesta, hoy general en España, contra ciertas patentes exclusivas que cierta chusma de la Corte quiere repartir a su gusto. No en Barcelona sólo, en Oviedo, en La Coruña, en Valencia, en Sevilla, en Zaragoza, etc., etc., el público se ha convencido de que no debe admitir como cosa juzgada sin apelación los fallos de Madrid; cada público de cierta vida intelectual, juzga ya por sí mismo. En Italia esto es muy antiguo, y muchas veces se estrenó a un mismo tiempo una obra en varios teatros con éxito muy diferente.

Este punto de la descentralización es ya una victoria ganada también en España; y tienen que pasar por ello los señoritos que, de balde las más veces, están haciendo de críticos en las cercanías del Cerrillo de San Blas, centro geográfico, dicen, de España.

* * *

«Es que Barcelona quiere rectificar a Madrid», se ha dicho. Teresa ha triunfado en Cataluña por el prurito regionalista, por el afán de llevar la contraria a la Corte.

¡Pamplina! Barcelona juzga con independencia, no con prurito de oposición a Madrid; unas veces, como en el caso de Teresa, se aparta del juicio madrileño (ya he dicho que tampoco admito que se trate del juicio madrileño, sino de cierta parte de Madrid). Otras veces, aplaude lo mismo que Madrid, otras veces desecha lo que Madrid admite y otras sanciona los fracasos de la Corte.

Ejemplos de todo esto los ha habido esta temporada. Es cuestión de estadística.

Teresa, rechazada en Madrid, aplaudida en Barcelona.

Los condenados, de Galdós, éxito frío en Madrid, buen éxito en Barcelona.

Villatula, buen éxito en Madrid, éxito frío en Barcelona.

Miel de la Alcarria, de Feliú, buen éxito en Madrid, aunque se discute el tercer acto; todo lo mismo en Barcelona.

Mancha que limpia, muy buen éxito en Madrid; muy buen éxito en Barcelona.

Juan León, de Blasco, fracaso en Madrid, fracaso en Barcelona. ¿Dónde está la oposición sistemática? ¿Qué regionalismo no siendo el de una racional independencia nos suministra esa estadística?

* * *

Y a propósito de Juan León. Su autor, con mal gusto y mala intención al humillarse en un artículo incalificable ante los chicos de la prensa, confesando que tenían ellos razón, que su Juan León estaba bien condenado, nos invitaba a otros a que declarásemos lo mismo, respecto de nuestras obras, y nos dejáramos de apelaciones.

Ahora puede ver Blasco que no había paridad de casos.

Porque al fin, apelamos todos, él también... y él sólo ha perdido en la nueva instancia.

* * *

Y ustedes dispensen lo que esta revista tenga de lucha interesada y fíjense en lo que los hechos citados enseñan respecto de la grave enfermedad de apasionamiento, de mala fe y ridículas pretensiones que padece cierta parte de la gacetilla crítica madrileña. Y sobre todo, fíjense en la saludable medicina que para tales lacerias puede traer consigo la saludable descentralización bien entendida, que en nuestra vida literaria se va acentuando.

Y que era lo que principalmente me proponía demostrar.

15 de agosto, 1895

En la Academia Española han entrado recientemente Eugenio Sellés, notable escritor liberal y dramaturgo muy distinguido, y el señor Conde de la

Viñaza, erudito aragonés. Sellés ha disertado acerca del periodismo, con estilo viril y conciso, con más ánimo de disculpar los yerros de la prensa que de corregir sus vicios; y el señor Conde de la Viñaza ha expuesto materia histórica, refiriéndose a la sátira política en siglos remotos. Se han puesto reparos a muchas de las ideas y de las noticias del señor Conde; pero ni estos discursos ni estas censuras llaman la atención del público: tales torneos literarios a la moda antigua, son hoy generalmente frías ceremonias.

* * *

Cataluña ha honrado con unánimes manifestaciones de duelo al difunto Serafí Pitarra, el popularísimo dramaturgo catalán. En las pompas fúnebres, en las columnas de los periódicos catalanes se ha visto que el noble Principado del Este sabe vivir la vida moderna, entregado al trabajo con todo el cuerpo y al ideal con toda el alma; cuidando mucho de sus intereses materiales, pero atendiendo también con gran entusiasmo a sus glorias. Compárese con esa Barcelona el Valladolid oficial que negaba hace poco una pensión humilde a la viuda del gran Zorrilla.

* * *

Es inútil buscar en nuestra prensa madrileña literatura; ahora todos los críticos de verano... que son Lessings por el invierno, están haciendo de Paulos y Ulpianos; y con motivo del Testamento falso se olvidan de los caracteres desdibujados y las acciones que se precipitan, para sondear el alma de doña Rita y analizar con frío escalpelo a la Bascuñana.

No faltan majaderos, sin embargo, que siguen ladrando a la luna, y apuntando a gazapos que sólo existen en su fantasía. Uno de esos pobres diablos se ríe de Ventura de la Vega y de Zorrilla porque dicen quien concertando con plural; y no sabe que está perfectamente dicho, como reconoce la misma gramática de la Academia. El mismo Aristarco critica a un clásico porque usa un singular colectivo acompañado de verbo en plural; y es que no sabe por qué legítima figura se puede hacer eso.

Otro me censura a mí porque no empleo la terminación masculina en adjetivo que se refiere a nombre femenino, fundándose en que antes va un nombre masculino y el masculino debe predominar. Lo cual es cierto cuando se trata de un plural que ha de concordar con un masculino y un femenino unidos por copulativa, o implícitamente; pero no es este mi caso, pues la disyuntiva separa, no une, y así como sería absurdo emplear el plural, lo es aplicar la regla que el pobre dómine aplica. Así estamos: entre Lujanes y Moratines que no saben el epítome de la gramática.

A ver, a ver, gentecilla; a las Salesas a enterarse de si doña Rita bailó o no bailó el fandango.

* * *

De América he recibido una novela del Sr. López Bago, que por lo visto tiene muchos lectores, pues las ediciones de sus naturalismos exasperados se suceden, como victorias.

Ahora escribe desde La Habana, o por lo menos de cosas de Cuba, y el libro que tengo delante se titula El Separatista.

Es de una actualidad en estado de sitio.

Yo leeré la novela cuando el señor Martínez Campos, eterna paloma, vuelva con el ramo de oliva.

* * *

De Lima viene un opúsculo titulado Excursión literaria, y su autor es don Clemente Palma, hijo, según creo entender por algún pasaje del libro, de D. Ricardo. La Excursión es por todo el mundo literario; de pocos autores deja de hablar el Sr. Palma, que debe de ser muy joven. Se ve más sinceridad que ciencia y gusto en las apreciaciones de este escritor; pero muchas veces le asiste un buen sentido que para sí quisieran otros críticos de América que nos vienen a volver locos a los españoles con paradojas trasnochadas, con loca desfachatez y alardes de moralidad demasiado independiente, que molestan, repugnan y ni siquiera tienen el mérito de la novedad. Don Clemente es juicioso, no busca el mérito en las exageraciones ni en los desplantes; y aunque muchas son las opiniones tuyas que yo no puedo aprobar, aun así el mayor defecto que encuentro en su librito es hablar de demasiadas y muy grandes cosas en muy poco espacio y muy desordenadamente.

El Sr. Palma abarca demasiado, sí; y aprieta poco. De muchas materias habla con preparación escasísima. Así, al decir que los tres colosos de la crítica de este siglo son Saint-Beuve (así escribe siempre), Taine y Menéndez y Pelayo, olvida multitud de colosos, no españoles, pero sí franceses, ingleses, alemanes, rusos, italianos, etc., etc. También afirma, muy de ligero, que Max Nordau es otro coloso de la crítica alemana que ha aparecido después de estar casi muerta aquella literatura. Max Nordau ni siquiera es un buen crítico, ni un verdadero literato, en el sentido artístico de la palabra.

Pero si coloca a Menéndez y Pelayo entre los dos colosos citados, en cambio le trata después con no muchos miramientos porque su Antología de poetas americanos le parece deficiente. Por lo visto el Sr. Menéndez se ha dejado en el tintero una porción de grandes poetas peruanos. Hay entre ellos un Sr. Caviedes que el Sr. Palma compara con Quevedo, y aun le encuentra la ventaja de ser más sincero. ¿Le consta al escritor peruano que era poco sincero el autor de El Gran Tacaño? De todas suertes, el Sr. Caviedes será inmortal, según el Sr. Palma. Puede que no; pero ni él ni yo hemos de verlo.

* * *

Coloso o no, Marcelino Menéndez y Pelayo acaba de publicar la segunda serie de sus Estudios críticos, trabajos de modesta apariencia, pues se reducen los más a exponer obras ajenas, pero llenos de sustancia, de buen juicio, estilo sereno y agradable, erudición fresca y sazónada. Casi todos los asuntos que trata son de literatura antigua, pero de la importante, de la grande, de la digna de ocupar las horas de un hombre de tanto mérito. Así da gusto ver empleadas las facultades de nuestro gran crítico; y no revolviendo periódicos atrasados para descubrir poetas de sinsontería y que después le digan al descubridor que todavía le quedan muchos en el tintero.

* * *

Ortega Munilla, uno de los pocos periodistas literatos de verdad que por acá tenemos, ha publicado una novela titulada La vida y la muerte. Se trata de las tristezas de unos pobres niños a quien Dios quita la madre y el diablo da una madrastra. Es libro sin pretensiones, corto, fragmentario; pero se lee con gran interés, enternece; y vale principalmente como prueba de que la falta de uso no ha atrofiado las

positivas cualidades de novelista de que el Sr. Ortega había dado muchas pruebas en illo tempore en libros como La Cigarra, El tren directo y otros.

* * *

Después de Torquemada y San Pedro, y como intermedio, antes de emprender la novela que ha de titularse, según mis noticias, La herencia de Torquemada, Pérez Galdós ha tenido a bien improvisar una fantasía, en parte imitativa, titulada Nazarín, que tiene todo el encanto de las idealidades positivas de este gran realista soñador. Nazarín es un sacerdote que, sin salir del gremio de la Iglesia pero de modo poco regular, se entrega a la imitación literal de Cristo, según el Evangelio. No creo yo que trate el autor de darnos una copia fiel de realidad absorbente por él; los elementos ordinarios de la acción esta vez son de fantasía, no arbitraria, sino arraigada en el espíritu del siglo, según es hoy en ciertas manifestaciones fuera del pensamiento y de la voluntad y del deseo particularmente. Nazarín, como personaje histórico, no es realista, pero como figura, en gran parte verosímil, de significación poética, tiene toda la realidad de las grandes cuestiones de piedad, virtud, resignación, calidad, fe y abnegación que están planteadas en la actualidad sin que muchos lo noten porque las ven envueltas en el ropaje prosaico de los intereses materiales según la vida moderna los entiende. En los pormenores, Nazarín es un dechado de observación exacta, sugestiva, de riqueza de conocimientos reales de la vida, de primera mano. Si quisiera resumir en una frase lo característico de este libro diría que es una novela picaresca del misticismo; es decir, que eleva a un personaje místico al mundo de lo picaresco según éste tiene que ser en los alrededores de Madrid al final del siglo XIX.

* * *

Lo místico y lo picaresco son dos de los elementos más geniales de nuestra literatura castiza; nuestros escritores místicos y nuestros autores de novela, cuento, romance o comedia picarescos (en el más amplio sentido) son estudiados con afán y mucho fruto por eminentes escritores extranjeros. Sirvan de ejemplo la hermosa obra consagrada por una ilustre escritora inglesa a la vida de Sta. Teresa y el trabajo erudito, ameno e interesante que acaba de publicar en la New Review de Henley, el hispanófilo Fitzmaurice Kelly con este título «The picaresque Novel». En tan notable artículo, el escritor inglés no se limita a la novela picaresca española, ni a los antecedentes de la literatura griega, latina, etc., sino que también penetra en los tipos y libros que pueden ser considerados en otras naciones modernas dentro de los escritores principales de lo picaresco.

* * *

Bueno es que los extranjeros estudien con exactitud nuestras letras antiguas, ya que nosotros no sabemos ni siquiera hablar con fidelidad, a los extranjeros, de lo que en nuestra patria pasa a nuestra vista. Digo esto ahora, porque ya van dos veces que un erudito tan recomendable como el señor Riaño, corresponsal en España de The Atheneum de Londres, le hace decir al más ilustrado y popular semanario que don José Echegaray, es autor de ciertas comedias escritas por su hermano don Miguel. Don José Echegaray es el primer dramaturgo español y el Sr. Riaño, erudito español,

no sabe que una cosa es don José Echegaray y otra don Miguel Echegaray. Hace dos años incurría en esta confusión y ahora... otra vez. En el primer número de julio del Atheneum el Sr. Riaño dice que se han estrenado esta temporada dos comedias de don José Echegaray: La monja descalza (!) y Mancha que limpia. Es decir que para los ingleses que no beban en más fuentes, el autor del Gran Galeoto es también autor del Dúo de la Africana.

Pero el señor Riaño no para ahí: este señor que cuando se escribió tanto acerca del Centenario de Colón no supo que Castelar había publicado un libro tratando del asunto, ahora nos dice que Galdós ha escrito una comedia que no gustó (Los Condenados) de la novela Torquemada y San Pedro. A buen seguro que si se trata de escritores de hace tres siglos, el señor Riaño pondría mayor diligencia en evitar tamañas equivocaciones.

26 de septiembre, 1895

Se podría llevar con paciencia que el verano fuese aquí época de estiaje literario, de sequía de ingenio, si con el otoño comenzase aquella actividad intelectual de que hablan ciertas estadísticas de Lombroso, en su Genio y locura. Pero ¡ay!, que en la España decadente de la Regencia todas las estaciones son de escasez artística, y para los efectos de la librería vivimos siempre como si estuviéramos padeciendo sin cesar

el cancro abrasador que en sus ardores
destroza campos y marchita flores
y el orbe de su lustre descolora...

y produce pereza en todos los espíritus. No hay libros; no hay novedades literarias. Ni siquiera hay, apenas, quien se queje de esto.

La prensa popular cada vez le acorta la ración más a la literatura. Los artículos que no escriban los reporters del ciclismo o de la tauromaquia o de los balnearios, han de ser de media columna. Si a usted no se le ocurre ser un Tácito en pocos renglones... ¡al cesto!

No se habla de nuevas revistas, ni siquiera de nuevas ilustraciones; sigue el público comprando los semanarios con estampitas sosas y relamidas... y el texto que lo parta un rayo.

No negaré que de vez en cuando los periódicos publican sección bibliográfica... No faltan en ellas bombos... de manu auctoris muchas veces. Y si trata de algún Consultor de los Ayuntamientos o Guía de quintos, o Código civil con notas y reales órdenes, etc., etc... o de una novela realista (todavía) de algún imitador de imitadores...

En fin, dejo esto.

Pero antes de dejarlo del todo, diré a ustedes que aquella Revista de Sociología y de Derecho que había empezado con tantos méritos, dirigida

por Adolfo Posada, y con la colaboración efectiva de muchos sabios extranjeros y algunos nacionales... ha muerto. Ha muerto por falta de suscriptores. Entre toda la magistratura de España no había podido conseguir más que siete (!) abonados. Nuestra justicia histórica no tiene nada de filosófica.

La Revista crítica de Altamira también ha suspendido su publicación; pero esta acaso vuelva con los fríos.

* * *

En vista de lo que pasa, o mejor, de lo que no pasa, tendré que recurrir a veces a tratar de libros que no son de pura literatura, es decir, solamente artísticos, sino útiles, científicos o lo que fuere. Bien sabe Dios que no es mi gusto este; no me agrada tal confusión de funciones, pero ¿qué hacer en un país donde tan poca poesía, en verso o en prosa, se produce? Procuraré, sin embargo, no ir demasiado lejos de las materias propias de mi... instituto; y recordando que soy doctor y catedrático de Derecho y su Filosofía, no iré más allá de lo que me permitan los asuntos de esa clase y sus afines.

Y esto lo mismo respecto de América que de España; porque tampoco de Ultramar viene mucha literatura que digamos.

* * *

Y empiezo a cumplir mi nuevo programa recomendando a ustedes la Introducción al estudio de la ciencia económica, folleto del señor Piernas, mi antiguo profesor de Economía y actual catedrático de Hacienda en la Universidad de Madrid.

A los maliciosos les diré para explicar mi relativa competencia en estos asuntos, que mi primera cátedra, ganada por oposición (pese a las calumnias de la Unión Católica de Madrid, que niega hechos que constan en el Ministerio y en la Gaceta), era de Economía política.

Esta ciencia no prosperó nunca mucho en España; antes de estar constituida como tal ciencia, aparte, sí tuvo cultivadores especiales, eminentes, que no hay para qué recordar quiénes fueron; pero hasta Flórez Estrada, ilustre asturiano, no encontramos ningún economista notable, propiamente tal. Flórez Estrada sí, lo fue y muy bueno. Además, tenía estilo, escribía de modo claro y agradable, cualidad que no han poseído, en general, a pesar de cierta floricultura retórica, los manchesterianos que a mediados de este siglo, y algo más acá, formaron la única escuela española (hasta cierto punto) de economía, digna de este nombre de escuela. Menos ruido y menos efecto produjeron los pocos escritores que aquí siguieron tendencias menos semejantes a las librecambistas de Inglaterra y de Francia; pero sin duda que hay más profundidad, generalmente, en lo poco que trabajaron en economía... teórica los Giner y Azcárate, etc., que en las rapsodias individualistas de nuestros imitadores de Bastiat.

El Sr. Piernas, discípulo en su juventud del Sr. Figuerola, adquirió después gran independencia, y hoy está colocado en una situación de análisis crítico que da gran valor a sus investigaciones imparciales, muy reflexivas y eruditas.

Lo más pensado de nuestra escasa literatura científica económica se podrá encontrar en los varios escritos doctrinales de Piernas, en los de Buylla, en algunos de Azcárate y en luminosas, aunque pocas, disertaciones de Giner.

Pero aún más provecho que de leer a estos señores se puede sacar de no leer ni oír al Sr. Salvá, catedrático, sin oposición, de Economía en la Universidad Central.

* * *

Socialismo y ciencia positiva se titula un libro reciente del famoso Enrique Ferri, traducido del italiano por un concienzudo estudiante (en el sentido inglés y alemán que puede tener la palabra) cuyo nombre no me atrevo a revelar, ya que él lo calla. La traducción está en general bien hecha, aunque la afean algunas equivocaciones, muchas de las cuales pueden ser erratas.

La Revue des revues anunció, hará cuatro meses con bombo y platillos, este libro de Ferri, y publicó parte del mismo. La cosa no era para tanto.

Ferri se declara, y es, un dilettante en economía y un amateur socialista.

Confiesa que de pocos años acá ha adquirido la ciencia que tiene acerca de estas complejas cuestiones sociales, y hasta nos da el índice de la biblioteca a que debe su perentoria sabiduría. No es muy abundante ni muy lucida. Séame lícito no admirar a Loria, a quien Ferri declara deber tanto. Si Ferri y Lombroso y otros muchos de su escuela reconociesen que en derecho también son amateurs, y su sabiduría jurídica improvisada, harían un beneficio a parte de la juventud estudiosa de muchos países que antes de conocer a Justiniano ya se declara antropológica y echa a rodar el derecho civil en nombre de la evolución y el derecho penal en nombre de los manuales de Topinard y de Letourneau...

* * *

No tengo tiempo para hablar de un libro que recibo de Rosario de Santa Fe y que se titula: Unitarismo y federación. Su autor es el señor don J.

Daniel Infante; y habrá de dispensarme si dejo su obra para otra revista.

Y si por acaso no vuelvo a acordarme de ella (pues nadie responde de la memoria) anticiparé este juicio: que me parece que el Sr. Infante piensa mejor que escribe. Tal vez no es muy firme mi convicción respecto de la excelencia de sus pensares; pero no creo posible que se me haga cambiar de opinión respecto de su modo de poner la pluma.

* * *

Y volviendo ¡gracias a Dios!, a la vaga y amena literatura (como diría el catálogo antiguo del Ateneo de Madrid) hablaré hoy, aunque muy deprisa, de dos libros americanos que he recibido estos días.

El Sr. Groot, crítico y poeta, que ha estudiado mucho a Víctor Hugo, en dos pequeños poemas, pero poemas líricos, sigue noblemente y sin imitación servil, las huellas de su gran modelo. Trata de esos lugares comunes de la poesía filosófica que a todos nos interesan siempre, cuando el que nos lleva a pensar en ellos es escritor de pensamiento hondo, de sincera sensibilidad como sin duda lo es el Sr. Groot. Son los versos de estos poemas armoniosos, correctos en general, y la rima es en ellos rica, sustanciosa, sin ser rebuscada. En cuanto a las ideas, el poeta con sutil penetración escudriña la misteriosa naturaleza que ya nos parece enemiga, ya amiga, ya indiferente, según el punto de vista; y sin duda se eleva a buena altura en el género escogido, cuando habla de las estrellas, sin repetir, lo que se llama repetir, lo que otros muchos excelentes autores han dicho al consultar con los callados luminares menores, como dice el Génesis, el destino del hombre, las leyes de la vida.

* * *

Cromos, colección de poesías... en verso y en prosa del señor don Abrahán Z. López-Penha, es obra de pretensiones más modernistas, pero de más peligrosa lectura para los principiantes e imitadores. El señor López-Penha, judío, según creo, es un verdadero amante de la moderna tendencia culterana de gran porte, aunque no siempre muy sana, de la juventud literaria europea (no sólo parisiense, como se ha creído). El señor López-Penha es hombre instruido que toma en serio el arte y que tiene, como advierte con justicia F. Bremón, de la Ilustración Española y Americana, no pocas condiciones de buen versificador y de muy culto literato. Pero aquí terminan los elogios. Su libro no puede ser alabado por quien, como yo, por lo mismo que reconoce la legítima vida a que aspira lo nuevo en el arte, y la necesidad de variar y reformar, aborrece tanto como el misoneísta más furioso esas locuras, esas orgías (y a veces esas tonterías) en que se pierden a fuerza de extravagancias y anárquicos atrevimientos algunos ingenios, que no son nunca de los más fuertes; y aborrezco todo eso, porque la gente de poca vista puede confundir con tales extravíos de legítima novedad de que habla ese mismo señor Bremón, quien deseando librar al señor López-Penha de la responsabilidad principal de sus desafueros poéticos, echa la culpa a los simbolistas, decadentistas, etc., etc., de París.

En efecto, en París hay quien escribe libros análogos al Cromos del Sr. López-Penha, pero son los que tal hacen los imitadores sin talento verdadero, los que extreman las modas formadas, porque no pueden lucir la elegancia personal, interna de los principales. En el libro de López no se ve nada original, no se ve pensamiento, no se ve amor, fuego, idealidad, nada de jugo poético; no hay más que jactancia retórica de imposibles descomedimientos artísticos. Versos que quiere parecer prosa (hay otros bien contruidos), prosa que quiere parecer versos... y hasta acaba con alardes de sonsonete, rebuscando consonantes; olvido, rebuscado también, de la sintaxis de la forma correcta de las palabras castellanas... No me pida el distinguido y muy cortés escritor americano que yo disculpe nada de eso. Si he dicho antes que el autor de Cromos tiene algunas cualidades recomendables de escritor, es porque la justicia me pide distinguir entre lo que, a pesar del libro, se adivina en él, respecto de las condiciones de quien lo ha escrito, y los extravíos a que un deplorable sistema le arrastra. Así, por ejemplo, en cuanto a la cultura del arte, se nota, que si una décima parte de los vocablos que emplea no son admisibles, no es por ignorancia, las más veces, por lo que de esto peca el Sr. López, sino por capricho, o mejor, por teorías anárquicas relativas a lo que constituye el caudal legítimo de un idioma.

Lo que me da peor espina es lo poco o nada de idea propia, sustanciosa que se puede adivinar debajo de tanta hojarasca. Se trata, sí, de un hombre de cierta instrucción, al parecer sincero en su manera de entender el arte; pero no de un verdadero poeta de esos a quien hay que perdonar sus calaveradas de forma en gracia de la pura flor de idealidad y sentimiento que llevan en el alma.

28 de noviembre, 1895

Efectivamente, los discursos de apertura de las Universidades españolas, al inaugurar el curso de 1895-96, no han ofrecido nada de particular; ni para bien ni para mal, nadie ha hablado de ellos; que era lo que yo me temía, en la Revista anterior para Las Novedades.

En general, la Universidad española no vive, vegeta.

Yo que no tengo el espíritu de cuerpo, en el sentido predominante de defender el instituto a que se pertenece a toda costa y ocultando sus defectos, declaro que, por culpa de la organización, en parte, y en parte por la manera viciosa de escoger el personal docente, la Universidad española, en la actualidad, y fuera de algunas excepciones, deja mucho que desear, y no responde por ningún concepto al carácter propio de la enseñanza y de la ciencia a fines del siglo XIX.

Nuestra Universidad es una oficina más, oficina de fabricar títulos de licenciados y doctores al portador. El estudiante por el estudio, apenas se conoce aquí, y el profesor por la ciencia y por la pedagogía también es ave rara.

No hace muchos días, cuando se discutía ¡parece mentira!, si la Cátedra debe ser libre, varios catedráticos declararon que ellos se sentían sometidos, en cuanto funcionarios públicos, a la religión del Estado; y se comparaban con los reclutas a quienes se obliga a asistir a una procesión y hasta a llevar al hombro una imagen sin consultarles acerca del culto religioso que prefieren.

Aparte de que en un régimen liberal de veras tampoco es lícito obligara los soldados a ser instrumentos de un culto que no profesan, lo más grave aquí es el criterio de esos profesores que se creen obligados, como reclutas, a ser católicos por lo menos hora y media al día, sin perjuicio de asistir a las procesiones, si lo manda el rector. Con hombres así, y como los señores de la facultad de Medicina de Cádiz que se han creído obligados a defender, como sabios, el Rosario de la Aurora, ¿qué podemos esperar para el porvenir de la ciencia independiente, de la Universidad autónoma?

No se crea que esto consiste en que predomine el misticismo entre nuestros catedráticos. ¡Bien sabe Dios que no! Predomina el mesticismo (pidalismo), que es cosa muy diferente.

Los más, van a la cátedra en busca de un empleo como otro cualquiera; a fuerza de intriga se consigue una clase; con más intriga, un puesto en el Consejo, una categoría, un traslado a Madrid, etc., etc. Y así se observa que los profesores españoles que más suenan y más medran son los que más bullen, los que hacen más visitas, los que tienen más relaciones; no los más estudiosos; no los más sabios, no los más talentudos. Elocuente ejemplo acaba de ofrecernos la formación del nuevo (?) Consejo de Instrucción Pública. Tenemos los mismos reaccionarios con los mismos collares. La diferencia está en que han dejado de ser consejeros hombres como Menéndez y Pelayo y Piernas, y no han entrado a serlo los Giner, los Azcárate, los Salmeron, sino varios apreciables y estudiosos carlistas y muchos mestizos vividores y hormiguitas ilustres. Una lista del nuevo Consejo de Instrucción Pública nos ofrece un elocuentísimo cuadro sinóptico de la influencia oficial universitaria. ¡Cuánto ilustre

desconocido!

No, no es la religiosidad el prurito de tales gentes; sino que, como predomina el ultramontanismo, como impera la intolerancia, los que necesitan de las aldabas... naturalmente, se tiñen la conciencia del color de la conciencia de las aldabas.

Todo esto es pura literatura, porque se trataba de explicar la pobreza de nuestros productos oficiales en la oratoria académica de las universidades... y queda explicada. ¡Bah!, nuestros profesores -hablo de los de esa índole- tienen poco tiempo para leer libros; porque las horas del día no les bastan para estudiar en el gran libro del mundo, que es donde se encuentra a las aldabas, que dan recomendaciones para obtener cátedras, categorías, cruces, comisiones, etc.

Sé yo de una Universidad, muy humilde siempre con la autoridad civil y la eclesiástica, que sólo arde en santa ira y se mueve como un solo necesitado cuando se trata de pedir... aumento de sueldo. Por dos veces la tal corporación nos ha pedido ayuda para tales pretensiones... y las dos veces con muy mala gramática.

¡Pobre España!

* * *

Libros importantes, Dios los dé.

Ya apenas se atreve a publicar nadie más que el inexperto aficionado que se gasta unos miles de reales por el gustazo de ser autor anche lui.

Sin embargo, también en esto hay excepciones. El Sr. Valera nos da muy sabrosas novelitas en muy elegantes tomos de bolsillo; y además este ilustre crítico ha empezado a publicar en el folletín de El Imparcial una interesante narración titulada Juanita la larga.

El Imparcial merece plácemes por la novedad y la bondad del intento.

En general, el folletín de los periódicos equivale a un paulatino envenenamiento del gusto y hasta del sentido común no pocas veces. La idea de que los grandes disparates inventados han de ser por fuerza amenos, tiene más partidarios de lo que haría esperar lo absurdo de la proposición. El folletín, traducido siempre, es, por de pronto, el microbio de la lengua; el folletín ha hecho del castellano algo que no es, de ningún modo, español, y que tampoco entenderán los franceses a no ser con gran esfuerzo.

Las masas más honradas de la nación; infinidad de madres de familia, orgullo y sólida base de la raza; multitud de vírgenes abnegadas; burgueses y obreros a miles, honradísimos, trabajadores, sufridos, generosos, viven, por culpa del folletín y del crimen de la calle de tal, una vida de fantasía depravada, llena de crímenes, de asesinatos, robos, adulterios, nefandas conspiraciones, especulaciones bochornosas...

¡Qué diferencia entre los sentimientos que han pasado por el corazón de tanta gente buena, y las imágenes que han pasado por su cerebro! ¿A qué ese desequilibrio? ¿Para qué cultivar las causas? Por lo menos, es seguro el mal de que la parte más sana y sólidamente virtuosa de la nación vive creyendo que la virtud y la ciencia son latas insulsas, prosa, y el vicio y el crimen poesía, interés, arte. Por todo lo cual, y mucho más, presta un servicio al país quien publica en un periódico muy leído novelas de Valera, enfrente de los folletines horrorosos y bilingües. La costumbre de pedir original para el folletín a los novelistas españoles verdaderos debe

seguirse y será un beneficio para todos.

* * *

Halma se titula el nuevo libro que dará a luz en breve Pérez Galdós. Nada sé de esta obra sino que algún mono sabio ya le ha tomado el pelo (como ellos dicen) al autor, por causa de la H; como si escribir Halma fuera lo mismo que escribir alma de mala manera. Por lo mismo que lleva h la palabra, se ve que no se trata del alma y huelgan las bromas ortográficas. Peor era el caso de un ilustre poeta, académico, que está muy bien con todos los critiquillos, et pour cause, el cual me escribía a mí, no hace mucho, de esta manera: exhuberancia... y se disculpaba después con la prisa. Como si la prisa nos obligase a escribir más letras de las necesarias.

* * *

Luis Taboada, obligado a tener por festivos todos los días del año, pero con el compromiso de no santificar ninguna fiesta, pues ha de trabajar todos los días, acaba de publicar Cursilones, con dibujos de Pons. Es una sala más de la exposición de su iconoteca burlesca de tipos ridículos nacionales. Taboada es siempre el mismo, y tiene sus motivos para ello. Porque si fuera otro, probablemente perdería en gracia... y en pesetas.

* * *

Andrés Corzuelo, el antiguo redactor del célebre Gil Blas de Rivera y Robert, acaba de poner a la venta nueva colección de artículos titulada Aleluyas finas. Es un tomo de la Colección Diamante que con muy buen éxito publica el acreditado editor de Barcelona Sr. López. Corzuelo (Matoses) siempre se distingue por la corrección, la gracia serena y a veces de intención nada superficial; y sobre todo por un buen sentido que jamás le abandona.

En medio de tanta neurosis y decadencia de pacotilla, nada más saludable que la lectura de escritores tan llenos de la bendita razón, para los cuales la lógica y los instintos naturales son siempre la última moda.

* * *

Un señor que usa el pseudónimo de Teniente veneno me pide que le dé mi opinión acerca de un libro de versos que me envía.

¡Veneno! ¡Teniente! Vamos despacio.

Deme usted palabra de que el espíritu de cuerpo nada tiene que ver con sus versos de usted, y hablaremos.

Pero, otra cosa.

Y si de veras no me gustan y usted se me enfada, ¡apenas va usted a criar bilis, señor Veneno!

* * *

De otro poeta más inofensivo y menos belicoso, me atreveré a hablar sin miedo: del simpático presbítero catalán, honra de su tierra, autor de la Atlántida y de Canigó, el muy piadoso e inspirado cantor cristiano, Mossén Jacinto Verdaguer.

Mientras ciertas gentes se obstinan en ponerle en cura, porque dicen que está loco, Verdaguer demuestra la serenidad de su espíritu publicando un nuevo poema: San Francesch.

¿Qué alma religiosa no estará enamorada del Cristo de la Edad Media?

Verdaguer, en sus tribulaciones presentes, ha ido a buscar fortaleza y esperanza en el santo de la alegría, en el santo que juntó el genio

religioso oriental, con su amor a todo, y el genio del cristianismo con su amor al Divino Espíritu.

Decía Renan, confidencialmente, que si Jesús y San Francisco no hubieran existido, sería una inmensa tristeza para el mundo ideal.

En nuestros días son muchos los espíritus religiosos que se han consagrado con ardor al estudio del santo ejemplo del héroe de la pobreza mística: el presbítero francés Le Monnier le dedica dos tomos de encantadora lectura, de prudente y noble y sencilla literatura embalsamada con el perfume de la unción más acendrada. Sabatier, el historiador tal vez nec varietur del sublime hijo de Asís, ha consagrado a la verdad de la vida de San Francisco inmenso caudal de erudición y sana crítica... nuestro Verdaguer ofrece hoy al santo un ramillete de violetas en pura poesía catalana.

* * *

Y acabo por hoy. Otro día hablaré de los estrenos en los teatros de Madrid y de otros libros que merecen, por lo menos, ser citados.

26 de diciembre, 1895

Dios les libre a ustedes de que don Eduardo de La Barra, erudito residente en Rosario de Santa Fe, les coja en un error, o en algo que a él se lo parezca. Pasarán dos, tres, cuatro años, y nada; pero, amigo, antes de que el error pueda prescribir por la prescriptio longissimi temporis, el Sr. de La Barra se presentará, no con el cuerno de Silva en Hernani, sino con un folleto que no le habrán querido publicar ni la persona a quien pretende defender, ni los editores; y que, después de los años mil, publicará él por su cuenta y riesgo, con la abnegación del que gasta dinero en un libro que no va a leer nadie, o casi nadie. Esto es lo que me ha pasado a mí con el Sr. La Barra; el cual, en una improvisada contestación en que hay citas de ochocientos autores, y que consta de 79 páginas en 4.º mayor, rebate tres o cuatro renglones que él asegura que yo publiqué en La Nación hace no sé, cuántos años. Si el señor La Barra se cierra de esa manera diciéndoselo él todo, y agotando la letra de molde para refutar... lo que no hay, ¿qué no escribiría si sus noticias respecto de lo que yo he dicho y dónde y cómo lo he dicho fueran exactas?

Asegura el Sr. de La Barra que Clarín, en uno de sus Paliques, en La Nación, dijo esto y lo otro.

Bueno; pues Clarín en su vida ha mandado Paliques a América, ni ha escrito palabra en La Nación, que no sabe a punto fijo qué periódico es, aunque supone que se trata de uno de Buenos Aires.

En rigor, con estas pocas palabras quedaba contestado el dactílico señor de La Barra.

Yo sólo escribo, en América, en Las Novedades de Nueva York. Hace muchos años envié algunas correspondencias -no paliques-, muy pocas, a un periódico de Buenos Aires... que no se llamaba La Nación. Y el Sr. La Barra copia de La Nación cosas que yo estoy seguro de no haber escrito, a lo menos como él las copia. ¿Qué quiere el Sr. La Barra que yo le haga? Dice que digo ego en La Nación en un Palique: «Y aun de otra manera, menos natural e incompatible con las sílabas propias de las palabras». (¿Qué

quiere decir eso de incompatible con las sílabas propias de las palabras?
No lo entiendo. Yo no he escrito eso en mi vida.)

«Y en los boscajes
de frescos laureles
Píndaro diole
sus ritmos preclaros

Versos alternados de cinco y siete sílabas, eso sí que son». Esto supone La Barra que digo yo, y enseñándome a sumar y a medir versos, me hace ver que $5 + 6 = 11$ y que esos que yo llamo versos de siete son de seis sílabas. Todo eso estaría bien si yo hubiera escrito paliques en La Nación y hubiera escrito eso... Pero, ¡cómo no, Morena!
Si yo he dicho, en alguna otra parte, que esos eran versos de cinco y siete sílabas, y si he dicho que al separarlos de esta suerte había violencia del sentido, o cosa así (pero no eso de las sílabas incompatibles), habrá sido leyendo de esta manera:

Y en los boscajes de
frescos laureles
Píndaro diole sus
ritmos preclaros.

Entonces sí, hay violencia al separar de de frescos, y sus de ritmos; y los versos son, en efecto, de siete (de seis, pero, por agudos, como de siete) y cinco sílabas.

El Sr. La Barra es muy erudito, aunque no tanto como pedante; pero es muy distraído. Y sobre todo tiene la manía del endecasílabo dactílico y ve versos de gaita gallega en todas partes. Por su distracción y por su manía sigue equivocándose de modo lamentable. Y se empeña en encontrar, en mis versos, endecasílabos dactílicos; pero como no tiene a mano versos míos (yo le aseguro que no hay uno solo de gaita gallega)... los busca en las que él llama mis víctimas o cosa así, y encuentra en Ferrari, en una cita que yo hago, el siguiente dactílico:

Vuestras agujas de cálido hielo.

Y levanta una catedral dactílica sobre este verso, sin reparar lo que

cualquiera podría ver y verá; esto es, que aquí hay una errata. El Sr. Ferrari no ha dicho, ni yo le he censurado por eso, cálido hielo. El hielo cálido... se derrite, como los hallazgos del Sr. La Barra. Ferrari escribió:

Vuestras agujas de calado hielo.

Y esto, en cuanto endecasílabo, no dactílico, no tiene tacha. Calado, no cálido. Y adiós dactílico.

Creo que con estos ejemplos basta para probar que este sabio señor La Barra, porque sabio lo es, se parece al que representaba Arderius en Los Sobrinos del Capitán Grant; y no extrañaría yo que en sus distracciones, llegase don Eduardo, como el otro, a creer que él se llamaba Salvador Frascuelo. No menor chifladura es decir que yo he mandado paliques a La Nación.

* * *

Pero, ahora vamos por partes. En el capítulo primero de su folleto, el señor La Barra escribe este epígrafe: «Clarín niega que el endecasílabo dactílico sea verso, y menos verso castellano». -Por de pronto, eso no es verdad. En mi vida he hablado yo de endecasílabos dactílicos ni para negarlos ni para reconocer su existencia. Además, hay mala fe (sí, señor) en eso de añadir y menos verso castellano; con lo cual se da a entender que primero niego la existencia de ese endecasílabo, en general. Y no hay tal cosa, pues aun admitiendo que yo haya dicho que ciertos versos de Rubén Darío no eran verdaderos endecasílabos, es claro que me concretaba a la poética española. Pero el señor La Barra quiere lucir su erudición a mi costa abrumándome con citas de endecasílabos dactílicos de los países de medio mundo.

Mas ya que el señor ese me mete a mí en el ajo, allá voy; no a defender lo que él dice que dije donde yo no dije nada, ni las palabras que dice que dije y que yo no dije, aunque haya dicho algo.

¿Endecasílabos dactílicos? Bueno; pues ahora, por primera vez, digo que semejante nombre me parece impropio -aunque lo usen La Barra y Bello. El mismo señor La Barra, que demuestra, o quiere, que el mundo entero se equivoca, menos él, en materia de métrica, declara que los italianos no acaban de comprender la rítmica moderna porque se empeñan en buscarle analogías en Grecia y en Roma. Varias veces dice esto: que nada tiene que ver, y es verdad, el pie de medida grecolatino con el ritmo y metro modernos determinados por acentos y sílabas. Y esta es la verdad, la única teoría firme, la que sostienen todos los hombres de buen oído que tratan de estas cosas sin nomenclaturas pedantescas, inútiles, contradictorias, incongruentes. Habíamos quedado en que los conatos, de buenos y malos poetas, para hacer hexámetros y pentámetros, etc., etc., modernos, eran juegos extraños a las leyes del ritmo de nuestros idiomas. Los pies eran medidas de cantidad prosódica, musical, hoy desaparecida; sílabas (siempre aisladas, si se les ha de conservar su carácter) y acentos son

otra cosa, nada tienen que ver con el arsis (no arsis, señor La Barra) ni la tesis del metro antiguo. Es una arbitrariedad, un contrasentido, un no-pensamiento, como diría Spencer, insistir en distinguir los versos, que se miden por sílabas, con epítetos tomados de los pies griegos y latinos. Todos estamos conformes, y sin embargo seguimos hablando de pies dactílicos, yámbicos, anapésticos, etc., etc. No importa que la manía esté generalizadísima; que caiga en ella hombre tan despreocupado como Krause en su Estética. ¿Qué resulta de aquí? Medidas arbitrarias, combinaciones y cavilaciones muy eruditas y de suma paciencia, pero nada que tenga que ver con el oído, sus leyes y aplicación de estas al metro moderno. Y disputas en que nadie puede tener razón. Vamos a verlo enseguida. La métrica que tiene por base el pie para nada se cuida del número total de sílabas del verso. Un hexámetro, ¿cuántas sílabas tiene? Cojo a Horacio, a Virgilio y veo enseguida hexámetros de trece, catorce, quince, dieciséis sílabas. Endecasílabos y dactílicos son cantidades heterogéneas en las rítmicas; no es que se opongan, es que no tiene nada que ver una idea con otra; un dactilo es un pie de tres sílabas, una larga, la primera, y dos breves... y nosotros no tenemos sílabas largas ni breves, en rigor, en el sentido de la cantidad clásica. El asimilar el acento en que se carga la pronunciación a una larga y las otras sílabas a las breves es una arbitrariedad; una metáfora convertida en realidad rítmica por la pedantería tradicional.

¿Endecasílabo dactílico? Bueno; pues será un verso de once sílabas compuesto de dactilos. Y no puede ser; once no es divisible por tres. Pero La Barra lo arregla así: primero tres dactilos, y después dos sílabas que equivalen a tres porque la tercera haría esdrújulo el último pie, y tanto valen, para nuestro oído, tres sílabas de final esdrújulo como dos de final grave. Es verdad. Y como una de final agudo. (Por más que yo creo que en esto hay sus más y sus menos; escaso estudio del camino de refinamiento verdaderamente propio de la rítmica moderna.) Pero resulta, que donde positivamente no hay esdrújulo, el verso endecasílabo dactílico se hace con tres dactilos y dos sílabas sueltas, la primera acentuada. Y ¿por qué esto? Pues porque al señor La Barra le sobran al final esas sílabas y no hay modo de hacerlas desaparecer.

En cambio La Barra se pone furioso con Menéndez y Pelayo y Milá y Fontanals, porque echan la cuenta (o escanden) de otra manera y llaman al verso de gaita gallega no dactílico sino anapéstico; porque en vez de dejar dos sílabas sueltas al fin dejan una de estas al principio, y en vez de ver en lo que sigue dactilos (´) ven anapestos (´). ¿Por qué ha de ser más legítima la cuenta de La Barra que la de los dos sabios españoles? ¿Dejarían de resultar lo mismo acentuadas la sílaba 4.^a, 7.^a y 10.^a? Y ¿no es más perdonable dejar una sola sílaba al final que dejar dos? Si eso puede llamarse cesura (!) mejor lo será así.

Nosotros no tenemos anacrusi o sílaba inicial agregada al verso. Cierto; pero tampoco tenemos dactilos, ni espondeos, porque estos son pies cuantitativos y La Barra reconoce que no hay entre nosotros cantidad en la métrica. Todo tiene que ser arbitrario. Palabras, nombres exóticos y nada que tenga que ver con el ritmo y el metro modernos.

Tenemos que lo mismo puede ser el endecasílabo de gaita gallega dactílico que anapéstico. Bueno. Pues ahora me presento yo, profano, con mi

descubrimiento, y digo:

El verso de gaita gallega no debe llamarse dactílico, sino con un nombre clásico, a saber: Tetrámetro cataléctico, compuesto de tres dactilos y una sílaba. Aquí ya no sobran dos al final, ni una al final y otra al principio. Lee un francés y dice:

Inquit a | micus a | gér domi | nó.

O leo yo:

Y én los bos | cájes de | frésco lau | rél.

¡Pero esos versos no son de once sílabas! Es verdad, son de diez; pero ¿son o no de gaita gallega? Son agudos (leyendo dominó) y son de diez, pero en nuestro metro como si fueran de once, y así como el señor La Barra dice que la sílaba que le falta a su dactílico se suple por suponer el esdrújulo, que es de doce y se tiene por endecasílabo, con el mismo derecho digo yo que en mi sílaba única suelta final, se suple el grave o el esdrújulo, porque tanto valen diez sílabas en agudo, como once en grave, como doce en esdrújulo. Todos estos versos, para el que tenga oído, son de gaita gallega:

Tanto bailé con el ama del cú -(10 sílabas)
Tanto bailé con el ama del cura
Tanto bailé con el ama del cúrita.

Que le toquen al señor La Barra el tambor (que es el que señala mejor el ritmo) con la música que acompaña a los versos de gaita gallega, y ya notará que suena así:

tan, taran tan,
tarantán, tarantán

(parece que lo estoy oyendo) y eso es gaita gallega, en verso agudo; mejor que grave o esdrújulo. Por lo menos el agudo tiene tanto derecho como el grave a representar ese ritmo. Luego puede decirse que se descompone así:

-vv|-vv|-vv|-

y este es verso tetrámetro cataléctico, con tanto derecho como puede alegar La Barra para sostener esta forma:

-vv|-vv|-vv|-v

o esta otra también legítima:

-vv|-vv|-vv|-vv

(Tanto bailé | con el ama del diácono.)

Luego tenemos que usando de semejante nomenclatura, se puede decir: endecasílabo dactílico, anapéstico y tetrametro cataléctico.

Pero ¿quiere el señor La Barra que le busque otro nombre para el verso de gaita gallega? Pues allá va. Según él, este verso latino, que, a guiarse por el acento, no es verso italiano según Murori (lo dice La Barra):

Reges in ipsos | imperium est Jovis

«es un endecasílabo dactílico, si al arcis (s) o acento nos atenemos».

Pues si al arcis o arsis o acento nos atenemos, también será endecasílabo dactílico este verso:

Quando fla-gella li-gas ita-juga.

Aquí tenemos los tres dáctilos y dos sílabas que usted pide al verso de gaita gallega. Pues ese verso ya tiene nombre. Se llama falisco.

De modo que vaya usted contando: se puede decir dactílico, anapéstico, tetrametro cataléctico y falisco; porque poco importa que las dos últimas sílabas en la métrica clásica sean un yambo o un pirriquio; a nosotros nos suenan a gaita gallega ¿verdad? Y sin embargo se trata de un yambo en que no podría cargarse el acento sobre la primera sílaba (10.^a del verso) o de un pirriquio que las tiene ambas breves. Pero como nada tiene que ver el acento nuestro con largas y breves griegas y latinas, ese falisco nos suena a gaita gallega, y lo es. Luego, ¿por qué, si a esas dos sílabas últimas, no podemos llamarlas yambo (y nos suenan bien a gaita gallega), llamamos dáctilos a las que preceden? Pura arbitrariedad.

Todo ese convencionalismo, ¿sabe el señor La Barra para lo que podría servir? Para una métrica dedicada a los sordomudos. Pero las personas de buen oído no necesitan, para percibir el ritmo de nuestros versos, de esas representaciones gráficas y nombres impropios, que son además de incongruentes inútiles para su objeto. Sea leal a la verdad el señor La Barra y contésteme a esto:

¿Es verso de gaita gallega este:

Dame el doblón-que lo quiere don Juan?

Sí. Sin duda. Pues no se puede escandir con la fórmula del señor La Barra:

-vv|-vv|-vv|-v

Hay que emplear esta otra:

-vv|-vv|-vv|-

y, según Menéndez y Pelayo, esta:

-|vv-|vv-|vv-

Dirá La Barra: eso no, que nosotros no tenemos anacrusis; pero tampoco tenemos cesura, en el sentido de sílaba sobrante; y menos cesuras de dos sílabas como él quiere.

Y ahora, otra cosa:

¿No suenan lo mismo y no pueden cantarse con la música de gaita gallega estos dos versos?

Y en los boscájes-de frescos laurés

Y en los boscajes (de)-frescos laureles (de)

Supongamos, por un momento, que no hay tal verso endecasílabo con acento en 4.^a, 7.^a y 10.^a, sino que se trata de dos versos distintos en combinación... Pues tendremos que todo lo que sigue suena bien, a gaita gallega:

Tanto bailé
con el ama del cura,
Tanto bailé
que me dio calentura.

Tanto bailé
con el ama del diácono,
tanto bailé
que me puse perlático.

Y en los boscajes
de frescos laureles
hacen encajes
los vates noveles.

Y entre los místicos
dulces renglones
producen dísticos
muchos varones.

odos son fáciles,
muchos son débiles,
unos son gráciles;
otros son flébiles.

Todo eso suena perfectamente a gaita gallega. Todo eso suena como el endecasílabo dactílico.

¿Por qué hemos de empeñarnos en que no sean versos verdaderos, uno cada uno, sino hemistiquios o no sé cómo llamarlos, de endecasílabos que suenan mal junto a los verdaderos endecasílabos? Fíjese el Sr. La Barra: ¿por qué los endecasílabos corrientes, correctos, aunque sean de diferente clase (de acento en 4.^a y 8.^a o de acento en 6.^a), suenan bien aunque vayan juntos, y el dactílico, con ellos, tira de espaldas? Ah, dirá La Barra; porque esos son yámbicos y éste dactílico. Pero si el ser yámbico en español no quiere decir nada, ni tampoco el ser dactílico; porque ¡en español no hay esas cosas! Abra La Barra el Diccionario de la Academia, de la cual es él individuo, y verá que el dáctilo es un pie de la poesía griega y de la latina... y nada más. Luego no lo es de la poesía española. Abra el Diccionario de Literatura, etc., de Vapereau, y busque lo que son versos dactílicos y verá que son derivados del hexámetro. ¿Se atreverá La Barra a decir que el endecasílabo de gaita gallega se deriva del hexámetro? No lo dirá, pues él mismo declara que la métrica clásica nada tiene que ver con la nuestra. Además, para que el endecasílabo gallego sea dactílico, hay que prescindir de dos sílabas que pueden hacer un troqueo y convierten el verso gallego en compuesto dactílico trocaico; y ya que el dactílico tiene además de dáctilos un troqueo, podemos seguir figurándonoslo como verso compuesto en otra forma. Veamos: en vez de dividirlo así como La Barra:

dáctilodáctilodáctilotroqueo
mientras no haya esdrújulo

figurémosnolo así:

troqueoyamboanapestopirriquio troqueo

Esto es una ensalada más complicada, ya lo sé, absurda en griego y en latín... pero en español tan arbitraria e inofensiva como la de dáctilo y troqueo.

Por si no gusta podemos escoger esta otra:

troqueoanfibracoíd.íd.

Es decir un verso compuesto de un troqueo y tres anfibracos. ¿Qué menos

tiene esta combinación que la de tres dáctilos y un troqueo? Todas son absurdas en español, pero tan lógica en lo absurdo esta como la de La Barra. Luego tengo otro nombre (y van mil) para el endecasílabo dactílico, a saber: anfíbraco-trocaico, o mejor trocaico-anfíbraco. Lo que hay es que da la casualidad (es natural) que los acentos en esta clase de versos están a una distancia entre sí que permite el engaño de hacer con ellos combinaciones de tres en tres sílabas para convertir nueve de estas en dáctilos (o en anfíbracos); como los llamados endecasílabos yámbicos tienen sus acentos colocados a tales distancias que permiten suponer divisiones de yambos... y de otras cosas, todo lo cual no significa nada en el metro y el ritmo castellanos.

¿Qué es dáctilo, señor La Barra? Coja usted el acreditado diccionario de Bouillet, v. gr., edición de 1896 (del año que viene) y verá que es... pie de la poesía griega y latina. Lo mismo que dice la Academia.

La inseguridad y arbitrariedad de tal sistema se ve en la experiencia: el Sr. La Barra que declara que las dos últimas sílabas son larga y breve tiene que declarar que le suena a gaita gallega el verso latino antes citado:

Quando flagella ligas ita juga,

y juga no es breve y larga, no es troqueo, ni puede servir de base a un dáctilo. ¿Por qué suena a gaita? Porque en español no hay largas y breves en el sentido clásico, hay acentos y nos es indiferente que ju en latín sea breve o larga.

Pero hay más: con todas sus reglas de escandir, el Sr. La Barra tiene por endecasílabo dactílico de gaita gallega, este verso italiano que él cita:

Guardemi enfin che venga la speranza,

que es un endecasílabo bueno, con los acentos en su sitio, yámbico como él diría. Pero claro, como el Sr. La Barra es profesor de métrica para sordo-mudos, en cuanto se equivoca al contar por los dedos largos y breves, ya no sabe distinguir yámbicos de dactílicos.

Guardemi enfin che vénga la speranza

no es verso de gaita gallega.

Pues bien, sí, los endecasílabos de 4.^a y 8.^a o de 6.^a suenan bien juntos, y el de 4.^a y 7.^a no puede alternar con ellos, como ellos entre sí, y esto no es por lo de yámbicos o no yámbicos, pues queda visto hasta la saciedad que eso es arbitrario, incongruente, tan irracional como sería el pensar

que el carro, la osa que desde aquí parece un rectángulo y una especie de mango, en efecto, allá en el cielo conserva esa figura siempre y desde toda perspectiva; si queda visto que el acento y las sílabas son un sistema y el pie otro sistema, es claro que algo hay en los endecasílabos corrientes que los hace buenos, endecasílabos sustantivos, equivalentes en el ritmo nuestro; condiciones que no concurren en el arbitrario endecasílabo de gaita gallega, endecasílabo fracasado, embrionario, o combinación posible de diferentes versos de cuatro, cinco, seis o siete sílabas.

Yo he descompuesto en versos cortos el de gaita gallega; pruebe a hacer lo mismo el Sr. La Barra con los verdaderos endecasílabos y no podrá, sin absurda violencia; el de 4.^a y 8.^a se le rebelará en absoluto y algunos que en la 6.^a no sólo tienen acento principal sino fin de palabra podrán permitir esto, v. gr.:

Como tanto dolor
ya le mataba,
a pesar de su amor
no renunciaba,

donde la violencia es menos aparente, pero existe, pues la pausa que exige el pasar de un verso a otro es aquí artificio ridículo, por nada natural; lo cual no se nota en los versos de gaita gallega de varias combinaciones (en versos cortos) de que más atrás van ejemplos. Lo que hace el Sr. La Barra con el endecasílabo de gaita gallega es lo que hacen ahora muchos con las seguidillas, reduciendo a uno los dos versos de siete y cinco que parecen como de doce... y no lo son:

En el alto del puerto canta Marica:
una pulga se mata cuando nos pica.

El señor La Barra ha ido a buscar versos endecasílabos dactílicos a todas las literaturas del mundo viejo. Cuando los encuentra entre verdaderos endecasílabos, es porque se trata de versos malos, de endecasílabos defectuosos porque hay que pronunciarlos, para que suenen, sacrificando al acento el sentido. Donde encuentra versos así o parecidos es en los tiempos en que el endecasílabo empieza a formarse, a diferenciarse, a buscar su natural selección rítmica; entonces el verso de gaita gallega es un embrión, un ensayo defectuoso, un oscuro tanteo, ya sea que esté entre endecasílabos perfectos, ya entre otras formas también embrionarias, indefinidas, de que todavía no ha salido un ritmo dominante, genérico, más acabado y satisfactorio. Y cuando el señor La Barra busca el verso de

gaita gallega aislado, o en estrofas de su misma y propia naturaleza, en literaturas populares, instintivas, ¿quién le dice que está bien escrito ese ritmo como él lo escribe? ¿No ha leído nada el señor La Barra respecto de la forma que realmente debieran tener ciertos ritmos provenzales, v. gr., que modernos eruditos dividen en sus elementos simples deshaciendo supuestos versos de muchas sílabas en otros más cortos? ¿No podría haber algo de esto en nuestro asunto? Por lo menos, ¿tan seguro está La Barra de su opinión, que cree que somos unos papanatas los que no admitimos, hoy, hecha ya la poética española, endecasílabos que suenan mal con los demás endecasílabos? Medir, todo se puede medir. El señor La Barra hace lo que aquel burgués que cita Odisse Perrot en su Filosofía de la Historia; el cual burgués tenía en vez de vara o metro, un paraguas, y decía que la Catedral de Colonia medía ciento y pico paraguas de altura, etc., etc. El verso de gaita gallega se puede medir como de once sílabas con dáctilos, anapestos, anfíbracos, etc. Se puede descomponer en variedad de versos cortos, pero de todas suertes está desechado como embrión abortado en todas las poéticas que tienen verdadero endecasílabo, sustantivo, orgánico, individual, de clases distintas, pero con leves comunes que bastan para su armonía.

* * *

Esto es lo que yo habré dicho; y por esto el señor La Barra escribe contra mí un folleto queriéndome ver en ridículo... sólo porque no mido, no escancio, con arreglo al paraguas eruditísimo de ese ilustre sabio perdido allá, en las llanuras argentinas...

Y el señor La Barra, después de tacharme de ligero, de ignorante, de escribir con precipitación, ¡tiene la candidez de declarar que lo mismo que yo han opinado los más ilustres críticos, los retóricos más insignes, los maestros más acreditados! Pues, hombre; si, como usted dice, lo general es creer lo que yo creo, ¿tan precipitado anduve si escribí, supongamos, después de consultar a todos los sabios... menos a usted? ¿O es que el señor La Barra piensa que se escribe de ligero y precipitadamente... hasta que se le consulta a él? ¡Pero, señor, si cuando yo dije eso, si algo dije, usted todavía no se había decidido a publicar por su cuenta ese folleto que no le querían los editores!

* * *

Fíjense ustedes: mi pecado es no reconocer la legitimidad del endecasílabo dactílico... y La Barra declara que desde Nebrija (1492) a Luzán (1737) nadie hace mención de tal verso, y cuando alguien presenta una muestra, es para decir, como Clarín, que no hay tal endecasílabo.

Pues entre los modernos pasa dos cuartos de lo mismo. Algunos, entre los autores, coinciden con Clarín en copiar versos de esa clase y negar que sean versos, a no ser violentando su pronunciación o descomponiéndolos en dos. Y allá va una lista de tratadistas, algunos insignes, todos respetables, que incurren, según La Barra, en el mismo error que, en mí, le parece risible ligereza. Copio de La Barra: Coll y Vehí, Amador de los Ríos, Gil y Zárate, Canalejas, Revilla, Campillo, Mundarra, Cascales, Maury, Milá y Fontanals (que tanto sabe de provenzal poesía y no cae en la cuenta de la gaita gallega provenzal), Menéndez y Pelayo, Rengifo (ya se ve que no sigo orden cronológico), el italiano Murari, los americanos Marroquín, Oyuela, F. Velarde... ¡y el mismísimo Benot, siquier La Barra

le admire!

* * *

De donde resulta que nadie sabe una palabra más que el señor La Barra, que vive allá, en Rosario de Santa Fe, donde Cristo dio las tres voces.

Pues si usted tiene la sabiduría en el bolsillo, ¿cómo quiere usted que yo dé pie con bola? La graciosa manía del erudito argentino me recuerda cierta discusión del Ateneo viejo en que el señor Carulla, disputando con otros reaccionarios sobre cuál era la verdadera doctrina pontificia respecto de un punto teológico-político, gritaba: «La verdadera doctrina católica, apostólica, romana, no es esa; es la que consta en una carta que el Sumo Pontífice ha tenido la bondad de escribirme hace unos días, y que yo tengo aquí, en el bolsillo interior de la americana...».

* * *

Carulla no nos enseñó la carta del Papa.

La Barra, sí; nos ha dejado ver su folleto ¡por fin!, la palabra de sabiduría.

Y ya sabemos a qué atenernos.

Ya sabemos... lo que ya sabíamos antes: que, como dijo el sabio, pensar en la soledad, es pensar a medias; que el Sr. La Barra es un señor muy estudioso, lleno de datos, útiles unos, inútiles otros; que el Sr. La Barra tiene tiempo para llenarse el cuerpo de minucias de erudición empírica, desordenada; pero no tiene gusto, sólido criterio, prudencia... ni buen oído.

* * *

Y ahora... Apéndices, como diría el Sr. La Barra, que en tomando un tole no sabe dejarlo.

1.º Los versos de Moratín que La Barra cita como ejemplos de endecasílabo dactílico lo son, en efecto, pero nos prueban, algunos de ellos, cómo el poeta, sin darse cuenta acaso, aunque los escribe sin separar los hemistiquios, acaso los concibe y oye como versos cortos combinados, según lo antes dicho; porque dice:

Coro

Suban al cerco-de Olimpo luciente
Eco doliente-lamentos y voces,
Lleguen veloces-al trono de Dios.

El lugar de los consonantes indica ahí que para Moratín la integridad individual de este endecasílabo no era cosa muy segura, y que, sin inconveniente, hubiese escrito este coro así:

Suban al cerco
de Olimpo luciente,
Eco doliente, etc., etc.

2.º El mismo Sr. La Barra reconoce la escasa hermosura rítmica de su defendido, en cuanto endecasílabo, cuando se contenta con reducirlo al triste papel de servir en combinación con otros ritmos (no serán los endecasílabos verdaderos) o sólo en composiciones cortas. Sí, por aquello de que de lo malo poco.

3.º El verso:

Y luego acude al que tengo entre manos

que La Barra cita como dactílico, no cumple con la regla que él dicta, pues el primer acento está en lué, segunda sílaba; y adiós la cuenta.

4.º El Sr. La Barra, que tan gustoso da lecciones de poética fantástica y pedantesca, debiera recibirlas de gramática castellana; pues no me parece muy... dactílico hablar así: «He observado que cuando recién se comienza a manejar...». No sé si este recién se comienza será fabla, pero lo que es castellano no lo es. Recién va siempre con participio pasivo, según la Academia. Y es verdad.

«Por eso es que el dáctilo, etc.». Tampoco esto es español. Peor sería «es por eso que el dáctilo»; pero, por eso es que también es bastante malo; es un galicismo disimulado por el hipérbaton, pero no es castellano. «Por eso el dáctilo» se dice en español.

Además el Sr. La Barra escribe muchas veces c por s y eso será muy jándalo o muy americano, pero no es propio de un erudito que aunque pronuncie mal debe saber escribir con ortografía. También por acá al hablar confundimos la b con v, pero no al escribir.

5.º Me dice el Sr. La Barra que si Rubén Darío no es poeta, ¿quién es poeta?

Pues, ¡hombre!... Homero.

16 de enero, 1896

Continúa la Academia dando a luz su colección de versos americanos, empresa más diplomática que literaria por lo que toca a la gran mayoría de los versos publicados; no en lo referente a los prólogos de historia y crítica que acompañan a la Antología, pues son éstos excelentes y muy instructivas piezas de fino gusto, de erudición segura. En fin, que su autor es Menéndez y Pelayo. La Academia ha hecho bien en escoger a este sabio para el fin de que los versos ultramarinos vayan precedidos de sustanciosos estudios; pero la diplomacia académica hubiera salido mejor

parada acaso si el encargado de la ingrata e ímproba tarea hubiera sido persona de menos gusto, menos sinceridad y más anchas tragaderas estéticas.

Un Pantagruel crítico, de esos que acaso con la mayor buena fe alaban adefesios parecidos a los suyos, habría dejado más satisfechos a ciertos escritores de América (verdad es que no de los buenos y considerables) que se quejan ya de Menéndez por si excluye o si no excluye, por si alaba o no alaba. Tengo a la vista un periódico de Iquique en el cual un señor cree haber descubierto que Menéndez elogia a los poetas americanos todavía sometidos al Estado español, y se muestra más severo con los independientes.

Críe cuervos el Sr. Menéndez y Pelayo, aunque sea en el Parnaso, y ya verá si le sacan los ojos. Verdad es que más cuervos crió el Sr. Valera, a quien, yo no sé si porque sospechan que hablaba en broma a veces en sus Cartas Americanas, no agradecen muchos vates de América la miel de aquellas cuasi escandalosas alabanzas que tuvo el gran crítico para muchos sinsontes pintados de gorriones parisienses. Un señor Figueroa maltrata, casi en español, a Valera; dice que Pepita Jiménez no es tan hermosa (eso será en Iquique), y que el autor es... un ficcioso.

Ficcioso, así escribe, y no debe ser errata, en vez de faccioso, porque Valera faccioso no lo es.

Yo no sé lo que piden esos señores sudamericanos (hablo de los descontentos); Menéndez y Pelayo ha oído no pocas misas por tener a París, es decir, ha leído y ha puesto el V.º B.º a muchos versos que tenían que parecerle malos, sacrificando algo de la sinceridad a su carácter de representante, académico que busca amigos en el Nuevo Mundo para una corporación muy desacreditada en el viejo. ¿Qué más? El crítico ha tenido que acogerse a aquella clasificación del maestro de violín de un rey de Inglaterra, el cual maestro decía: Señor, hay, tres modos de tocar el violín, tocarlo bien, tocarlo mal y no saber tocarlo; V. M. ya ha progresado, y pertenece a la segunda clase de violinistas. Eso tiene que decir Menéndez: en este mismo tomo IV nos habla largo y tendido de poetas que él mismo califica de muy malos. Acá en Europa, de los poetas muy malos solemos decir, dejando la paráfrasis, que no son poetas. Y no es broma. Si no se quiere tomar la palabra poeta en el sentido de que lo es el que hace versos, sean como quiera, la mayor parte de los agraciados de la Antología están de sobra.

Lo que es una lástima, y casi casi lo que a mí más me importa, es ver a todo un Menéndez y Pelayo perdiendo el tiempo en leer tanta divina vulgaridad, tanta escoria literaria, y lo que es peor, gastando las fuerzas en averiguaciones biográficas y bibliográficas relativas a caballeros particulares que, una vez difuntos, no tienen derecho a más, por parte de las Musas, que al perdón y al olvido.

Y no se diga, porque no es argumento, que si muchos de esos señores y muchos de esos versos no merecen el trabajo ni el honor que se les consagra, desde el punto de vista estético, lo merecen por motivos arqueológicos, filológicos, históricos, antropológicos, sociológicos, etc., etc. No hay tal cosa. Si se tratara de poetas indígenas, anteriores al descubrimiento o a la conquista, de poetas que nos revelaran algo de la vida americana original, antigua, es claro que todas esas octavas y

redondillas y versos libres y de libertinaje retórico tendrían grandísima importancia como documentos; pero no es eso; se trata de imitadores americanos de la poesía europea, de gente de poco ingenio que refleja mal, sin sentir ni pensar nada espontáneo, de su tierra, lo que lee de literaturas que nos sabemos de memoria y que son extrañas por completo a la vida natural de América; se trata en suma de poetastros como los de acá insignificantes, que con sus versos nada nos enseñan nuevo ni viejo. Las octavillas de un Sr. Fernández que en Buenos Aires imitó, allá el año 50, a Zorrilla, no tienen más mérito literario ni histórico que las octavillas del Sr. González, del riñón de Castilla, que también imitó al gran poeta. Todo eso es nada, polvo que se sacude. ¿Qué se diría del arqueólogo que guardara todas las espinas del pescado y las cáscaras de las ostras pensando en la importancia que tienen cáscaras y espinas en los kjokkenmodinges del Norte? Cuando el mismo Menéndez y Pelayo examina y copia restos de la poesía embrionaria de nuestra literatura española, trabaja en cosa muy seria y útil, pues aunque muchas veces esos restos venerables no tengan valor estético, lo tienen histórico; pero eso es otra cosa.

Es claro que el crítico no tiene la culpa (tiene la de haber admitido el encargo) de que en la Antología hispano-americana figuren tantas composiciones detestables, que parecen allí un coto redondo de caza para que un Valbuena se dé un gran día. La culpa es de la Academia que se habrá acogido a este lema: Non multum, sed multa es decir, no mucha poesía, muchos versos.

Pensando piadosamente, Menéndez habrá trabajado con esmero en los prólogos, y después Cheste, Cánovas o cualquiera habrá ido metiendo poetas, puede que hasta con recomendaciones.

No necesito decir, porque ya lo he dicho cien veces, que esto no es desdén de la literatura americana; que yo reconozco que hay en América y ha habido excelentes escritores, eruditos ejemplares y hasta muy buenos versificadores, y aun poetas de veras, aunque de éstos pocos y ninguno, ni uno solo, de los que pueden llamarse grandes poetas como a Víctor Hugo, a Byron, a Zorrilla, etc.

En esta Antología suelen entrar autores que nosotros colocamos entre los españoles de por acá; así, por ejemplo, Alarcón, el dramaturgo, en otro tomo, y Ventura de la Vega en este tomo IV. Con estos no va nada de lo dicho, porque, sea la que quiera su categoría, yo los miro como nuestros por razones que no hay que indicar siquiera.

Los poetas chilenos que comprende la Antología se llaman: Pedro de Oña, Mercedes Morín del Solar, Salvador Fuentes, Hermógenes Irisarri, Martín J. Lira, Domingo Arteaga.

De la República Argentina tenemos: Juan Cruz Varela, Florencio Varela, Ventura de la Vega (que nació allí y vivió aquí), Esteban Echeverría, Juan M. Gutiérrez, José Mármol, Olegario V. Andrade, Carlos Encina.

Del Uruguay son: Francisco Acuña, Bartolomé Hidalgo, Adolfo Berro y Alejandro Magariños.

De este Magariños, por ejemplo, no contiene la Antología más que una composición, que se titula «Ondas y nubes» y empieza así:

Como esas ondas es nuestra vida,

Como esas nubes nuestra ilusión,
Y la esperanza, perla escondida
En lo más hondo del corazón,
Mientras el astro de amor las dora,
Mientras no brama recio huracán,
Hacia la playa tranquila ahora
Con dulce arrullo corriendo van.

¿Les parece a ustedes? ¿Es cosa del todo formal que un Menéndez y Pelayo
tenga que decir transeat a esta letra para habaneras cursis?
Pero esperen ustedes, que ahora el cielo se encapota, como dice un
personaje ridículo de Vital Aza:

Pero si ruge furioso el viento,
Si oculta airado su disco el sol,
Ondas y nubes en un momento,
Su calma pierden y su arrebol.

Ya supongo yo que Menéndez clasificará a este Sr. Magariños entre los
poetas muy malos, pero ello es que, fuera por intriga de Pidal, o de quien
fuere, él figura en la Antología que nos ofrece la Academia para que
sepamos lo que es canela, o por lo menos guayaba.

El Sr. Irisarri, de Chile, también figura con una sola composición, «La
mujer adúltera», que comienza así (se trata de paráfrasis bíblicas):

Con mirra y con aloes
Perfumé cuidadosa el lecho mío, etc., etc.

...

Hasta que dé la hora

(Qué poco oriental y bíblica es esa hora que da... algún reloj de campana,
un poco prematuro.)

En que el día nos llame al sacrificio.
Hoy que el esposo se halla
Fuera de la ciudad y su recinto...

Claro, Sr. Irisarri; si está fuera de la ciudad... está fuera del recinto de la ciudad.

De una azotea arriba
Así se oye sonar, y entre el sombrío
Ramaje de naranjos
La voz de una mujer que abre un postigo
Y a su amante da entrada,
Y lo cierra tras ambos de improviso.

Tan graciosa anfibología, hipérbaton tan violento, redundancia tan excusada y ripios tan inocentes no me parece a mí que están bien en una Antología.

El Sr. Menéndez, no sabiendo a veces qué elogiar, cita entre unas «octavas muy bien hechas» una que empieza así:

Tiembla la hermosa cuando sola al lado
De su querido el corazón le late.

No es mi propósito andar a caza de ripios en este IV tomo de la Antología. Como lo copiado, y peor, hay mucho, muchísimo. Lo general aun allí donde hay cierta corrección, es la vulgaridad, los lugares comunes vestidos con las imágenes más traídas y llevadas. Es claro que no falta algo recomendable; pero la verdad es que aun en aquellos poetas de los contenidos en este tomo, que tienen mucha fama por esos mundos, se encuentra fárrago en abundancia, y no sería difícil demostrar en estudio detenido, serio y a conciencia que si no falta mérito a ciertas notabilidades que se nos quiere hacer admirar por una especie de prescripción de tradicional alabanza, todavía, en rigor, se trata de autores que no pueden ser igualados a los verdaderos grandes poetas.

* * *

La paz, la armonía que debe existir entre España y su América no puede consistir en un sistema de bombos mutuos. Las personas serias de Ultramar no podrán menos de reconocer con cuánta justicia nos negamos a colocar en el tratado de esta anhelada federación fraternal de todo lo español de todas partes, una cláusula en que se obligue nadie a admirar bellezas en que no cree, sin ofensa de alma nacida.

Por mi parte, y murmuren contra mí cuanto quieran los malos gacetilleros americanos (como hacen los de España), no haré con los escritores de

allende el mar cosa distinta de lo que hago con mis compatriotas; así como no creo ser mal español por asegurar que tenemos poquísimos poetas verdaderos en la patria, no creo ser mal amigo de América por opinar que todavía hay por allá más escasez de Homeros. Y el que no me quiera así, que me deje.

Y para terminar, por ahora, y volviendo a la Antología: yo creo que la Academia hubiera hecho mejor reduciendo muchísimo la cantidad de su... Digesto poético, dejando a Menéndez y Pelayo hablarnos mucho de lo que tan bien habla, y escatimando el papel a los poetas, para permitirnos saborear las pocas docenas de poesías verdaderamente hermosas de la Antología, sin el cansancio y tedio de tener que buscarlas entre tanto caldo de agua chirle poética.

23 de enero, 1896

Si no he hablado antes de teatros, ha sido porque las circunstancias en que escribo, hacen que este género tenga que ser menos frecuentemente tratado en mis cartas que los demás, en que se juzga por la lectura. El teatro, el contemporáneo, no es así; necesita el que ha de juzgarlo ver representadas las obras de que quiera formar opinión; y como yo tardo, después de los estrenos, en tener ocasión de asistir a las representaciones hechas por buenas o medianas compañías, reservo mi opinión para cuando pueda darla en condiciones de suficiente conocimiento de lo juzgado. Por eso, v. gr., nada he dicho todavía a los lectores de Las Novedades, ni en otra parte alguna, del buen éxito conseguido por el drama Juan José, de Dicenta. No conozco la obra, no puedo juzgarla. No la he leído siquiera, porque tratándose de lo que espero ver pronto representado, prefiero empezar viendo a empezar leyendo. No sé si la obra es buena o no. Lo seguro es que ha gustado al público, no sólo al de Madrid, sino al de la mayor parte de las capitales de provincia, donde a estas horas Juan José se ha representado con unánime aceptación y aun entusiasmo. En la crítica ha habido igual conformidad para elogiar este drama. ¿Será bueno en efecto? Los indicios le son favorables. También es un hecho que ha sido hasta ahora el mejor éxito, con mucho, de esta temporada, tanto con referencia al teatro de la Comedia, donde le estrenaron las compañías combinadas de la Tubau y de Mario, como con referencia a los demás teatros de declamación, donde este año no ha habido, por ahora, un triunfo tan claro, franco y decidido como el de Juan José.

Con reducir mi cometido en este punto a ser mero cronista, a referir los hechos imparcialmente, no me comprometo, es claro, a favor del drama del Sr. Dicenta; pues lo que para este autor puede haber de halagüeño en lo que va dicho, es pura historia, no juicio mío. Pudiera resultar que a mí no me gustase obra tan generalmente elogiada, como v. gr., jamás me gustaron algunas del Sr. Cano (La Pasionaria, por ejemplo) que en su día entusiasmaron a los críticos y público aún más que el Juan José de Dicenta. A este es natural que, caso de ser así, de no gustarme su obra cuando la vea, le importe muy poco o nada; de modo que, por lo que toca a

la enhorabuena, se la puedo dar desde luego, sin que haya en ello prejuicio.

El Estigma de Echegaray, representado por la compañía de la Guerrero en el Español, también fue triunfo, aunque no de tal unanimidad ni tan calurosamente celebrado. Sobre todo, los críticos y revisteros pusieron muchos reparos al drama, o como decía uno de ellos, el famoso Arimón, no lo aplaudieron sin condiciones. (!)

Tampoco conozco El Estigma. Según cuentan el argumento los revisteros, no me gusta; pero eso no prueba gran cosa, porque tampoco me gusta Juan José según me lo pintan esos mismos señores.

En el teatro Español ha habido otros estrenos de peores resultados, y no hay para qué recordarlos. En la Comedia también corrió borrasca... y se anegó una comedia de Sánchez Pérez, y no tardaron en seguir su suerte otra comedia de Gaspar y Velay de Leopoldo Cano, estrenada el último jueves. De Voluntad, de Pérez Galdós, estrenada el viernes por la Guerrero y los suyos, dicen las agencias telegráficas (que ahora también son muy críticas, particularmente la de Mencheta) que obtuvo un éxito después de ciertas dudas, que el autor fue repetidas veces llamado a la escena al final del segundo y del tercer acto. Añade Mencheta (tan crítico como Arimón, después de todo, y de mejor estilo, más conciso, porque le cuesta más caro el hacer frases), añade que los amigos del autor defienden la obra con gran calor. Yo me atrevo a creer que no serán todos amigos del autor, sino amigos de su arte, los más; amigos de su talento y tendencias, lo cual es muy distinto. Otros (sigue Mencheta) encuentran la comedia inmoral (no dice si son enemigos).

Pues como esos otros sean las señoras de la aristocracia, abonadas a los días de moda, se ha divertido Galdós. Dese por contento con que le pongan a Voluntad en el Índice.

En fin, esperemos para juzgar por barruntos del éxito de Voluntad, a que hablen los periódicos.

Yo confío en que Urrecha en El Heraldó ha de procurar ser imparcial, pese a sus disgustillos con Galdós; y espero mucho del buen gusto y amplio criterio de Cavia que ahora escribe de teatros en El Imparcial, en vez de aquel Zeda tan serio y tan solemnemente ignorante que estaba profanando las respetables columnas del periódico de más circulación que hay en España.

Y si a ustedes les parece, vamos a hablar ya de otra cosa, porque esto de tratar de asuntos de crítica por referencias, francamente, no me parece muy airoso papel para quien, como yo, tiene sus pretensiones de poder juzgar por sí mismo.

* * *

Menéndez y Pelayo ha escrito un eruditísimo, largo y muy bien pensado prólogo para el cuarto tomo de la Antología de poetas hispano-americanos, que está publicando la Academia Española.

Comprende este volumen la poesía de Chile, la República Argentina y Uruguay; y a decir verdad, la elección de composiciones que se juzgaron dignas de figurar en la Antología, no debió de ser, a lo menos con toda libertad, cosa de Menéndez y Pelayo. Por donde quiera que se abra el libro no es difícil encontrar algo rematadamente malo, v. g. (pág. 432):

Llegó el veintiséis de Mayo
Y siguieron las funciones
Como habían empezado.
El veintisiete lo mismo;
Un gentío temerario
Vino a la plaza...

Esto es, no de la Derrota de los Pedantes de Moratín, sino de un señor don Bartolomé Hidalgo, poeta, al parecer, del Uruguay.
En la página 297, que señalo al azar, leo:

Dios, la patria, destino y amada
Son recuerdos constantes del alma
En las horas de paz y de calma
En que tocas del cielo el confín.
En el alma el amor se dilata
Con más dulce verdad en su esencia,
Porque todo es amor la existencia
Cuando piensa un momento en su fin.

Tamaños disparates, con los demás que preceden y siguen, son de la exclusiva responsabilidad de don José Mármol, un poeta argentino que tiene mucha fama.

También la tiene don Esteban Echeverría, del mismo país, y de él son estos versos (pág. 200):

Niños y mujeres, llenos de conflicto
Levantán el grito;
Sus almas conturba la tribulación;
Los unos pasmados, al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Y después dice don Esteban:

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel día;
Ni hembra, ni varón, ni cría

De aquella tribu quedó...

Y también es de Echeverría esto:

Allí está. Silenciosa ella
Como tímida doncella
Besa su entreabierta boca,
Cual si dudara la toca
Por ver si respira aún.

Entonces las ataduras
Que sus carnes roen duras
Corta, corta velozmente
Con su puñal obediente
Teñido en sangre común.

De don Olegario Víctor Andrade, vate argentino también, muy acreditado, es esto:

Siempre al cambiar de rumbo en el desierto,
La caravana humana halla un poeta
Que espera en el dintel...

¡Sr. Andrade! ¿En el dintel de un nuevo rumbo del desierto? ¿Quién pone puertas al campo? Por lo visto el Sr. Andrade.

No puede ser que Menéndez y Pelayo haya escogido todos estos y otros infinitos desatinos para que representaran el ingenio americano en una antología poética. Yo me inclino a creer que Menéndez escribe los prólogos de la Antología y otros escogen los poetas privilegiados.

De todos modos es una lástima que la Academia, por un latitudinarismo muy mal entendido, haya hecho de una idea buena, cual era la de coleccionar algunos versos americanos para darles popularidad en España, una monstruosa colección en que los díslates y las más exuberantes manifestaciones del mal gusto ahogan lo poco bueno que aquí y allí puede encontrarse en estos abultados tomos de versos ultramarinos.

Irrítense cuanto quieran ciertos monos sabios de la prensa americana, no menos ignorantes ni mejor educados que los de por acá; pero digan ellos lo que dijeren, los verdaderos literatos americanos no podrán ver falta de cariño a América en esta franqueza con que yo condeno versos malísimos,

que ellos también han de tener por tales, atrévanse o no a decirlo.
¡Y cómo no ha de ser así, cuando justamente uno de los mejores síntomas del progreso literario americano está en su discreta asimilación del pensamiento y el arte europeos contemporáneos, asimilación que engendra el gusto de las ideas y de los sinceros sentimientos y el aborrecimiento y desprecio de la gárrula oratoria pseudo-poética del nihilismo retórico de todos esos cantores, vates y bardos insulsos, deslavazados, tautológicos, incorrectos! Los cuales no sospechan siquiera lo ridículo de sus tanteos de expresión chabacana y pueril, donde lo único inteligible y humano es el ripio, porque a lo menos habla de las congojas y sudores positivos, ciertos, del autor.

Basta de farsas y de estúpidos convencionalismos. No llamemos, ni acá ni allá, poeta a quien no lo es, y busquemos el progreso de nuestras literaturas españolas, peninsulares y americanas, por caminos de mayor sinceridad, de mayor esfuerzo y naturales dificultades.

Cuanto más se quiera a América, cuanto más preocupe su porvenir, como cosa propia, al que de ella trate, más se buscará en la franqueza leal el remedio a lo defectuoso y el incentivo para el progreso. Una vez más repito que nadie puede, con razón, motejarme de enemigo de los americanos españoles por seguir, al hablar de sus letras, el mismo criterio que aplico a las de mi patria. También aquí pasa por poeta quien no lo es; también aquí la Academia premia novelas y odas detestables, y llama a su seno a escritores que no tienen gusto, ciencia, inspiración, ni saben gramática siquiera.

¡Ay!, sí, nuestra hermandad se demuestra más claramente que por nada por nuestros defectos: somos, los de allá y los de acá, la raza de los pronunciamientos, de los muchos generales y de los muchos versos malísimos. Derramamos, por un quítame allá esas pajas, nuestra sangre... y la vena poética.

Pero Dios mejora sus horas; y llegará día en que no nos sublevemos por cualquier cosa, ni se publiquen antologías académicas tan recargadas de desatinos y versos insignificantes.

*

Ya no hay tiempo para hablar en esta revista de Halma, la última novela de Galdós, que acaba de ponerse a la venta. Otro día hablaré así como del estreno de Voluntad y de varios libros que he recibido, v. gr. Júpiter, obra dramática del americano Sr. Gavidia, y un discurso notable del escritor sevillano Sr. Rodríguez Marín que, al ingresar en la Academia de aquella hermosa ciudad, disertó acerca de la literatura especial de los refranes, materia que domina con gran erudición y talento.

13 de febrero, 1896

Voy a comenzar recogiendo una alusión del muy discreto corresponsal de Las Novedades en Madrid; el cual, llamándome ilustre y todo, y reconociendo mi derecho a decir lo que piense de cierto drama de Echegaray, no deja de mostrar, por esta vez siquiera, que no en vano se es redactor de El Liberal. (Digo esto suponiendo que el autor de esa correspondencia es el

que firma otras anteriores; si no es, claro es que todo lo que aquí se refiere a El Liberal, sobra.)

Por de pronto no extrañe ese señor que yo extrañe que, no acostumbrado él a decir palabra en sus cartas de crítica literaria, crea oportuna ocasión para hacerlo por vez primera la de declarar, como testigo de cargo, contra un drama de Echegaray que, según la crítica, no fue tan mal acogido como dice el testigo. Yo, en su caso, hubiera preferido aguardar, para ejercer el modesto empleo de testigo, a poder serlo de descargo.

No veo el porqué racional de portarse con cierta relativa malignidad respecto del Sr. Echegaray, cuando se es un gran admirador suyo, como el corresponsal viene a confesar. Hasta parece que quiere quitarle la esperanza, al poeta, de que su drama se venda, porque según el testigo (que aquí ya es erudito) ya Moratín dijo que los dramas que se silban en el teatro no se venden en las librerías. Ignoro si Moratín dijo eso así, con esa o parecida prosa, o si el testigo-crítico alude al conocido epigrama:

- Cayó a silbidos mi Filomena.
- Solemne tunda llevaste ayer.
- Cuando se imprima verán que es buena.
- ¿Y qué cristiano la ha de leer?

Como el testigo acaba de aludirme, al decir eso, y es de El Liberal (supongamos), me parece que viene bien aquello de mentar la soga en casa del ahorcado. En El Liberal se ha hecho contra mí una campaña sin ejemplo, con motivo de mi ensayo dramático Teresa, recreándose una y otra vez el periódico madrileño en recordar la mala acogida que tuvo en el Español y negando la realidad de los hechos al sostener que en Barcelona no había obtenido muy buen éxito. Pues bien, eso de que un redactor de El Liberal me aluda y acto continuo diga que lo que se silba en el teatro no se vende en la librería... me huele a alusión. Y por si acaso, y sin ofensa de nadie, contesto: Que no hay regla sin excepción. Que esa Teresa silbada en el Español se vendió como pan bendito; y a los pocos días de salir a luz se agotó la primera edición, y se vendió que era un gusto la segunda. Además, aunque El Liberal no quiera, se representó Teresa en Barcelona con muy buen éxito, en Gerona, en Sevilla, en Cartagena con buen éxito también, y en Barcelona, otra vez, hace poco, tres noches seguidas se volvió a representar Teresa con grandes aplausos.

Estos son hechos, y se los cuento a El Liberal, que por lo visto quiere venir a molestarme hasta en Las Novedades de Nueva York ¿No le basta al Liberal con su inaudita campaña de omisiones e inexactitudes?

Yo no soy crítico ilustre, señor corresponsal; pero ya ve usted que, a lo menos, no se me puede meter el dedo en la boca. Repito que si no se trata de quien yo creo, de un redactor de El Liberal, retiro todo lo que no tendría ni sentido siquiera refiriéndose a quien no fuese compañero de Arimón y Moya.

* * *

Voluntad, de Galdós, se representó, y hubo contraste; pero la crítica, con valor y energía, recordó a parte del público, poco cortés, quién era el autor y lo que se le debía. Además, si he de juzgar por informes de personas de gusto y de reflexión, Voluntad es cosa buena, y en ella Galdós no abdica, no transige, no sigue el falso rumbo de algunas peligrosas tendencias de La de San Quintín, y persiste, suceda lo que quiera, en escribir drama según su natural inspiración se lo dicta, no pensando en efectos, en triunfos ni cosas por el estilo.

Si prepara Las hijas de Lot, que, según dicen, ya no se llamará así, sino La mujer de Lot. Este título me parece más propio pues, según la idea capital de la obra (que me explicó el autor, Sellés, hace meses), se trata de los que pretenden mirar atrás, volver hacia el pasado, en vez de avanzar, como, según Sellés y otros muchos, avanza el mundo. Dios quiera que La mujer de Lot, de Sellés, no necesite convertirse en estatua de sal... porque ya sea ella todo un alfalí... de sal ática.

* * *

También se representará en el Español Doña Perfecta, obra fundada en la novela de Galdós del mismo nombre. Galdós ya ha leído este drama a la compañía y parece que ha hecho muy buena impresión. Yo no soy de los que dicen que de una novela no se puede sacar un drama; lo que sí creo que es difícil y que unas veces se puede y otras no. De muchas novelas de Galdós opino que se podrían sacar comedias y dramas excelentes; pero convendría para ello que el público se acostumbrara (ayudándole la crítica) a pensar que la división en tres actos no conviene siempre, y que los cuadros cortos, y muchos, pueden para cierta clase de asuntos dramáticos ser convenientes y hasta necesarios. Además, aquí se convierte toda representación, sobre todo el estreno, en una especie de juicio oral, en que el autor parece reo y abogado a un tiempo, atento sólo a conseguir un veredicto y una sentencia favorables; y se va juzgando por actos y acumulando pruebas... y se quiere que todos acaben en punta. No hay calma, no hay espera ni por parte del autor ni por parte del público. O hay aplausos, entusiasmo, frenesí (!) o no; esta parece ser la cuestión, y no es esa. El arte no es puñalada de pícaro. Autor que sólo aspira a arrancar aplausos, a efectos escénicos, no puede llevar al teatro muchas cosas que son dramáticas, pero que no sirven para ese fin de conseguir a cada pocos minutos salva de aplausos. El aplauso, el bravo, lo arrancan cierta clase de bellezas a cierta clase de público; la atención, el silencio, el interés y deleite sosegados y reflexivos no valen menos como efecto en el espectador y son más útiles para que el poeta pueda llevar a las tablas muchas cosas que hoy se dejan a la novela y que en la escena también serían legítimas, si no se mirase al público como a un tirano y juez ignorante, preocupado, caprichoso, infantil e impresionable. Para un público siempre menor de edad se tiende a escribir dramas que no pasarán a las futuras.

* * *

Magda, el drama famoso del alemán Sudermann, representado en francés por Sarah Bernhardt en Madrid, ha sido traducido, directamente del alemán en español, por un erudito y muy discreto literato y filólogo, don Pedro de Mujica, residente en Berlín hace muchos años. El autor, Sudermann, ha

conferenciado largamente con el traductor, y se han iniciado gestiones para que sea la compañía de María Guerrero quien estrene el célebre drama en castellano.

Yo he leído la versión española y creo que se trata de un arreglo verdaderamente español; está en muy buen castellano sin perjuicio de la fidelidad esencial al texto. Opino también que Magda, más moderna por las ideas que por la forma, cabe perfectamente en los moldes a que nuestro público está acostumbrado, y que la Sra. Guerrero (señora desde ayer, pues es ya de Fernando Mendoza, primer galán de su compañía) hará muy bien el papel de protagonista. Ahora sólo falta que la inteligente y activísima actriz se decida a ensayar el drama.

* * *

Dejando ya el teatro, diré que hay grandes y buenas novedades en la novela. Como que dos maestros nos han dado sendas obras dignas de tales ingenios. Halma se titula el libro de Galdós y Juanita la larga el de Valera.

Halma es un episodio de la historia de Nazarín, algo así como una de aquellas narraciones intercaladas en el Quijote, v. gr. El curioso impertinente. Halma, la protagonista, es una mujer fuerte, espiritual, piadosa, desgraciada y valerosa, que se llega a creer mística y que merced a la perspicacia moral de Nazarín se convence de que su religiosidad es de un género compatible con la vida ordinaria y los dulces deberes del hogar en el matrimonio casto y fundado sobre la base de un amor humano, digno de que Dios lo bendiga.

En Halma el héroe Nazarín, que habíamos dejado preso en Madrid, tiene un papel poco activo, hasta el final, en que se prepara a nuevas aventuras, sin duda, allá en Alcalá de Henares, en cuyo presidio tiene a su Andare o a su María Magdalena. Mucho espero de las futuras gestas místicas de este famoso personaje ideado por Galdós y ya popular entre los aficionados a las letras.

De Juanita la larga no quiero hablar hoy, porque ya no hay espacio y merece capítulo aparte.

Sólo adelantaré que, para mi gusto, es una maravilla.

19 de marzo, 1896

Don Juan Valera es uno de los pocos escritores buenos de verdad que nos quedan; viejo ya, como ¡ay Dios!, lo van siendo los más entre los mejores. Así, está uno temblando por la pobre literatura española, ya tan desmedrada, y que a la vuelta de unos pocos años yo no sé en qué va a consistir. Aquí no tenemos ni siquiera esos 141 literatos jóvenes que en Francia prometen, bajo su palabra, ser las notabilidades del porvenir. Aquí, por no haber, no hay siquiera 141 fatuos que se dediquen a las letras. Hay esos y más fatuos; pero se dedican a otras cosas. Cuando falten Valera, Campoamor, Balart, Castelar, ya viejos del todo, y Núñez de Arce, Galdós, Pereda, que no andan lejos de la vejez ¿qué va a ser de nosotros?

En Francia se nota ya esa generación de gran mérito desaparecida y

reemplazada por otra de epigones mucho menos notables. Repátese, por ejemplo, la lista de los académicos de Francia, según es hoy, y compárese con la de hace quince años. ¡Qué pena! ¡Cuántos grandes nombres sustituidos por nombres medianos!

En nuestra Academia siempre ha habido muchas personas insignificantes, y hasta literatos ridículos, a veces; pero, al fin, años atrás sonaban siempre, para las sillas vacantes, nombres de veras ilustres. Ahora estos van escaseando, y entre candidatos dignos de respeto figuran otros que ¡válgame Dios!, ni para gacetilleros medianos sirven. En fin; dejémonos de tristezas, y hablemos ya de Juanita la larga, la novela de don Juan Valera, perla artística que para nada nos recuerda las ideas fúnebres ni anuncia desgracias.

Al contrario, parece inspirada por la diosa de la salud. Lo que es de Valera, no dirá Max Nordau, ni dirá Pompeyo Gener, que está loco o que padece de neurastenia. Salud de ideas, salud de ánimo, salud de corazón, salud de estilo, hasta salud física es lo que se transparenta en ese libro amable, profundo entre burlas y veras, siempre con alegría, intencionado sin malicia, al menos envenenada.

Juanita la larga, aunque agrada a toda clase de lectores, no será manjar igualmente exquisito para todos los paladares. Necesítase haber vivido algo, haber pensado bastante y hasta verse un poco fatigado por el ejercicio violento y nervioso a que al alma obliga la vida intelectual moderna, para sacarle toda la gracia que tiene a este libro de descanso, de refrigerio; para encontrar todo el placer que puede producir esta sombra poética a que nos cobijamos con gusto, después de sufrir en larga peregrinación los rayos de tanta luz como vierte el sol de la cultura contemporánea. Sí, tanto cavilar, tanto alambicar ideas y sentimientos y acciones es bueno, es día claro, es lo que debe ser la vida racional en esta tierra; pero con mucho sol se puede coger un buen dolor de cabeza: de fijo se coge con gusto un poco de sombra de árbol frondoso, en que cantan pájaros alegres y no falta mucha luz aunque entre de soslayo. El libro último de Valera es fresca sombra, en este sentido; tiene la luz de las ideas grandes, serias; pero entra oblicua; sobre la cabeza hay ruido de enramada y cantos de aves. Es obra de pensador, de hombre de su tiempo, de los más perspicaces y agudos y enterados de lo más importante y profundo; no es insípida distracción la lectura de Juanita; no es salir del arte en que alientan grandes ideas para descansar materialmente con lo frívolo, con lo baladí, como se va a un teatro por horas para olvidar filosofías. No es eso. Juanita es libro horaciano en el sentido de que pertenece a la alta poesía, es digna lectura de los más aristocráticos cerebros; pero alegre, reanima, es punto de reposo en la placidez digna; suave almohada para el pensamiento. Naturalmente, los más de los lectores no lo ven desde este punto de vista, y los méritos que le encuentran son de otros quilates. En España, hasta la fecha, yo no he visto más artículos dedicados a Juanita la larga... que uno mío de El Imparcial, y otro, muy largo, muy serio y muy concienzudo del Sr. Baquero en La España Moderna. Si se fuera a juzgar por los periódicos, Juanita no había sido un buen éxito, un exitazo, como ahora se dice con glotonería de expresión, en frase muy propia de la grosera concupiscencia con que se mira todo desde el punto de vista del resultado, del provecho egoísta: ¡un exitazo!

Se han dedicado a Juanita los sueltos de ordenanza, los que parecen redactados por el editor; pero la prensa, la misma que tanto habla de tantas cosas insignificantes, se ha callado todos los elogios que libro y autor merecen.

* * *

Después de este ejemplo, hasta vergüenza me daría quejarme de suerte parecida que está teniendo mi libro Cuentos morales, alrededor del cual fomentan muchos la tan desacreditada, pero siempre vigente, conspiración del silencio. Si no se habla de Juanita la larga, ¡cómo atreverme a lamentar que nada se diga de mi humilde invención! Muchos de mis cuentos están traducidos en francés, en alemán, en inglés, etc.; pero yo he molestado con mi crítica a este o el otro Aristarco, y ¡vaya usted a pedir justicia por lo menos! Silencio y nada más.

La Sra. Pardo Bazán es jefe de esta escuela de venganzas a la cartujo. Me consta que cuando esta dama escribió una revista general de las letras españolas contemporáneas que había de publicarse en una popular revista francesa, no faltó quien le preguntase si entre los muchos escritores de que hablaba estaba Clarín. -No -dijo la Pardo-. Le reconozco tales y cuales méritos (la modestia no me permite decir aquí qué méritos eran esos) pero... después de pensarlo bien, me decido a no citar a Clarín. Me tiene muy ofendida. Me ha hecho esto y lo otro...

Este criterio, demasiado subjetivo, como ustedes ven, es el que siguen aquí muchos críticos y editores, sin sospechar acaso la enorme injusticia que cometen y lo mal que sirven al público que les paga.

Me parece mucho mejor mi sistema: yo, riña con quien riña, hablo siempre de todos los que merecen que se hable de ellos, unas veces para bien, otras para mal. No hace mucho defendí a la Sra. Pardo Bazán, cuando casi toda la prensa se burlaba de cierto artículo suyo; ahora tengo que censurarla porque, distraída, acaba de hablar del ilota borracho que... los romanos (!) ofrecían por ejemplo del vicio repugnante a sus hijos.

Doña Emilia, con un género de metonimia inadmisibles, toma a los romanos por los lacedemonios, y es útil para la república de las letras que se señale este error, aunque sea doloroso señalarlo.

Más hago yo. La Nouvelle Revue, de Mme. Ratazzi, me ha pedido una larga reseña de la literatura actual española. No se me ha ocurrido omitir el nombre de la Sra. Pardo Bazán; hablo de ella con los elogios y la amplitud que merece. Este sistema de la justicia es mejor, para la conciencia, para el público; y, cuando se tiene ciertos enemigos, hasta para el amor propio. Por estos botones podrán Uds. juzgar de nuestras costumbres literarias. Otro día pondré otros ejemplos no menos edificantes.

Vengan conspiraciones del silencio, que a mí no me falta desparpajo ni tribunas muy populares desde donde llamar al pan pan y al vino vino. Ellos a callar... y yo a decir lo que haga falta; veremos quién vence.

* * *

Pereda acaba de poner a la venta una corta novela titulada Pachín González. Su asunto se refiere a la terrible y célebre catástrofe del Machichaco, que tanto luto dejó a la noble Santander después del horror supremo del formidable estallido.

Pereda, cuando ocurrió la tremenda desgracia, estaba todavía como aletargado por el dolor de la catástrofe suya, la muerte de su hijo.

Volvió el gran novelista y el gran padre a la vida, por el dolor ajeno, por la caridad. Le despertó la catástrofe del Machichaco; él mismo me lo escribió. Volvió al mundo para llorar por los demás.

Lo mejor que se puede decir de la noble y valiente Santander es que merece a su Pereda, de quien está tan legítimamente orgullosa.

No sé cómo tomarán los santanderinos la noticia de que Pereda va a avecindarse en Madrid. El Correo Español (en un artículo repugnante, por cierto) niega la noticia.

Si Pereda se hace vecino de Madrid, es seguro que él será el candidato universal para la vacante de la Academia Española.

No hay que confundir a Pereda con ciertos correligionarios suyos. ¿Qué culpa tiene él de que el órgano de Don Carlos, el citado Correo, con notoria oficiosidad importuna, al reconocer el hecho evidente de que tirios y troyanos admiramos al autor de Sotileza, arrime el ascua a la sardina reaccionaria y saque en consecuencia que Pereda es ya el rey absoluto de nuestra literatura, creador (!) de la lengua y que los literatos liberales, que son ludibrio y hazme-reír del vulgo, yacen en el arroyo?

¡Qué dirá Pereda cuando esto lea, y se ve que se alude, entre otros, sin duda a su hermano en letras Pérez Galdós a quien él quiere más que a todos sus fanáticos carlistas juntos!

Muchísimo vale Pereda, pero ni es rey, ni está solo, pues tiene a su lado a varios insignes maestros, algunos de los cuales, en cierto orden de facultades, le superan, aunque en otros conceptos nadie le ponga el pie delante.

Lo que hay, señores carlistas fanáticos, es que nosotros, imparciales, tolerantes, reconocemos el talento aunque esté en el campo contrario; y Uds. lo niegan dogmáticamente cuando no lo tienen en casa.

Para ese Eneas que así escribe (y además dice varios desatinos sobre estética) no puede haber ingenio sino debajo de una boina o de un solideo.

* * *

El año pasado varios autores de obras dramáticas (entre ellos el que escribe) tuvieron a bien discutir en la prensa las censuras de la critiquilla y la infalibilidad inadmisibles del público de los estrenos. Este año son los píos, felices, triunfadores, como Dicenta y Feliú, los que escriben artículos pro domo sua. Por lo visto también los que tienen exitazos... tienen resquemores.

El artículo de Dicenta no necesita comentarios. Es como aquellas explicaciones de los prestidigitadores que hacen al público confidente de sus artificios y le explican el intríngulis de algún juego de manos... de los fáciles. Y se reservan el secreto de los demás. Dicenta nos explica el secreto de triunfar como Juan José. Nos dice, y no dice más que eso, pero lo repite muchas veces, que toda la habilidad consiste en la verdad, en copiar la vida... vamos, en la verdad.

Algo más que la verdad (y algo menos) hay en Juan José. Acaso no falte quien explique el secreto de la prestidigitación, aun en la parte que Dicenta quiere que sea esotérica.

El artículo de Feliú, mucho más importante y variado, merece contestación y la tendrá; vaya si la tendrá.

23 de abril, 1896

Pocas palabras para dejar a un lado el enojoso incidente promovido por el señor Vargas, a mi juicio. Por ser él colaborador de Las Novedades, y por tratarse de quien es, en rigor, extraño por oficio y hasta creo que por temperamento, a las cuestiones de puras letras, no quiero poner los puntos sobre las íes. El señor Vargas ha caído en el garlito, como vulgarmente se dice. Con toda malicia, lo confieso, escribí lo que escribí acerca de sus embozadas alusiones (en que sigo creyendo) a mi persona y obras. El señor Vargas, a mi ver, como casi todos los redactores de El Liberal estaba a mal traer con mi pobre Teresa. Quise comprobarlo... y en efecto, el señor Vargas firma unas cuantas ironías, de reporter, contra mi ensayo dramático. Si no quiso aludir antes a él, ¿a qué viene maltratarlo ahora? ¡Y con qué delectación morosa nos repite que Teresa tuvo mal éxito en Madrid! Si el señor Vargas fuera imparcial, reconocería que, en cambio, tuvo buen éxito en Barcelona el año pasado, y este año otra vez, representándose tres noches seguidas: y buen éxito en Sevilla, y en Gerona, y en Cartagena (dos noches), y. ahora en Gijón (dos noches), pidiendo el público la presencia del autor, que no quiso ir a recibir aquellos aplausos para no disgustar a El Liberal y al señor Vargas. Resumen, buen éxito en todas partes, menos en Madrid... donde el público no oyó la representación.

El notable noticiero me da las gracias porque le llamo discreto.

Es justicia. Y podía añadir: diligente. El señor Vargas, que no es literato, ni quiere, y hace bien, es un águila en cuanto reporter. Es la pura verdad. Hasta tiene su leyenda. Se dice que un telegrama misterioso y de gran interés que el señor Sagasta rasgó, para que nadie pudiera leerlo, en un lugar a donde no suelen acudir los reporters a buscar noticias, lo buscó y encontró el señor Vargas gracias a su buen olfato de noticiero. Es una leyenda, pero demuestra la gran fama de este periodista, insigne en su clase. Y nada más. ¿Cómo he de atreverme a discutir yo, que no he descubierto ningún incunabulo ni palimpsesto, con el descubridor del famoso telegrama legendario?

* * *

La tristemente célebre catástrofe de la voladura del Cabo Machichaco, en Santander, es el asunto del último libro de Pereda. Se titula Pachín González. Es una narración de pocas páginas, pero de no escaso mérito; uno de esos empeños que es muy fácil realizar de un modo vulgar y adocenado, despachando la labor literaria con varios lugares comunes, hipérboles y prosopopeyas; pero que es de no poca dificultad cuando ha de ser el resultado arte verdadero. Pereda ha vencido inspirándose en sus hábitos de maestro y en la profunda sinceridad de su sentimiento. Vivía el ilustre santanderino como aletargado por el dolor de la horrible desgracia que le había privado del hijo de su alma, de su primogénito; no atendía a nada del mundo exterior, sólo tenía conciencia para su pena. Pero la tremenda calamidad, el dolor infinito de toda su noble tierra, que lloraba por cientos los hijos perdidos en la tarde inolvidable por tanta desventura, le hicieron al poeta de Sotileza sentir vibrar con dolorosa impresión la

fiebre de hijo, como estaba sintiendo la de padre, en su corazón generoso. Él mismo me lo escribía ha poco: «no he vuelto a la realidad hasta que estalló el Machichaco». Y volvió con la caridad del cristiano y las visiones del artista, que, siendo además buen patriota, acaso padece más que todos por la fuerza con que el daño común se le representa.

Pasó tiempo, y resultado de aquellas grandes y tristes emociones fue Pachín González, que nos recuerda la célebre descripción de la peste de Atenas; y más todavía la de Milán en la inmortal novela de Manzoni. Pachín es, como Renzo el de I Promessi Sposi, un aldeano. Viene a Santander con su madre, para tomar pasaje en un vapor que le llevará a América, donde quiere buscar fortuna. Se separa de la madre querida por odio a la miseria aborrecible. El tipo de la madre de Pachín es un Velázquez, ¡qué verdad en la sencillez!, natura naturans.

La catástrofe inenarrable a madre e hijo amenaza de muerte, pero ambos se salvan, se buscan, se encuentran; y ahora que saben lo que es el dolor de la ausencia, y lo poco que vale el bien percedero que se puede encontrar en la vida, renuncian a la ambición, ven la pobreza tolerable si la acompaña el amor; y esta enseñanza sacan del formidable castigo.

No pudo Pereda escoger mejor perspectiva particular para describirnos lo que es asunto capital de su obra. Como en el Waterloo de la Cartuja de Parma de Stendhal, asistimos aquí a la catástrofe y sus varios incidentes y aspectos, de un modo artístico, siguiendo las impresiones de una víctima y de un testigo. Ya nos había pintado el insigne novelista, en otras ocasiones, grandes apuros en el mar; escenas terribles en tierra; furores del viento, peligros de los montes; pero, por lo general, prefería la naturaleza apacible. Jamás la realidad le había invitado a inspirarse en espectáculo tan horrendo, que, por lo que respecta a su origen y consecuencias, no había tenido antes parecido, ni lo tuvo después, hasta que hace poco, en el Transvaal, en Johannesburg, la dinamita también produjo un cúmulo de desgracias semejantes.

Pereda describe, no declama; no asiste indiferente a tamañas lacerias; pero no aprovecha la ocasión para dar lecciones de un providencialismo demasiado parecido a las leyes penales de los países bárbaros. Ve la mano de Dios en todo esto, pero no comete la imprudencia de concretar propósitos celestiales y culpas terrenas.

En resumen, por lo que dice y por lo que sabe callar; por el arte con que está escogido el punto de vista; por la sobriedad, por la fuerza, por la seria moralidad del fondo, Pachín González es un libro excelente, aunque la crítica (?) haya hablado poco de tal obra, tal vez juzgándola con una balanza, es decir, apreciándola por el peso, como ciertos librereros de viejo.

* * *

Obra también en cierto sentido regional es el poema en bable de José Quevedo, que está llamando la atención de los patriotas asturianos en España y en Cuba. Se titula el poema: «La batalla de Sao del Indio», ganada por el general Canella. No se parece nada a los versos patrióticos de circunstancias; es, sencillamente, una obra de arte que, por casualidad, tiene por objeto un suceso de interés actual y patriótico.

A instancias del autor, he escrito el prólogo de este poema, y no por eso he de dejar de alabarlo cuanto merece, ya que en el prólogo mismo apenas

digo nada en el capítulo de los elogios.

José Quevedo es un literato que no suele publicar sus producciones; hombre de mucho talento, gusto, gracia, gran sentido práctico, compatible con el mayor idealismo. «La batalla de Sao del Indio» tiene las buenas cualidades de la forma clásica de nuestra poesía épico-heroica, y además toda la flexibilidad, riqueza, fuerza, gracia de la moderna poesía descriptiva. Pero lo que primero notarán y saborearán todos es el buen humor del poeta, su habilidad para hacerle decir al bable, en boca de un paisanu (campesino), todo lo que puede decir con sus grandes recursos de frases y modismos gráficos, sugestivos.

Seguro estoy de que los soldados asturianos de Cuba, que son muchos; y en general, todos los hijos de Pelayo que viven en América, comprarán, leerán y llegarán muchos a saber de memoria este poema que deben a un paisano que, si quiere, tanto puede honrar las letras de la patria chica... y las de la grande.

* * *

Ya se ha concluido la temporada en los principales teatros de declamación, en Madrid. Otro día haré acaso un resumen del resultado general de la campaña de este invierno. Hoy sólo quiero tributar merecidos elogios a una de las últimas obras estrenadas, María del Carmen, de Feliú y Codina, que alcanzó en el Español el triunfo mayor de la temporada en este teatro. María del Carmen, que he visto representada en condiciones muy aceptables, es, a mi juicio, la mejor obra dramática de su autor. Lleva ventaja a La Dolores en el fondo, desde luego, y a Miel de la Alcarria en la composición.

Se trata todavía, es verdad, de más celos, rivalidades de muchachos impetuosos, que es el tema que ahora aplaude el público lo mismo en la zarzuela festiva (La verbena) que en el drama (Juan José, La Dolores, etc.); pero en María del Carmen hay hermoso ambiente poético, tipos nobles y fuertes, sentimiento sincero, lenguaje propio, y es obra en fin que si no trae a la escena mucho nuevo, conquista para su autor muy buenos laureles. Está escrita en prosa, como Miel de la Alcarria, y es de celebrar, porque Feliú demuestra en los versos, premiosos, prosaicos y rípiados de La Dolores (no siempre) que es muy regular versificador y que se mueve más libremente sin metro ni rima.

* * *

Acaba de publicarse el álbum Limosna, dedicado a socorrer a las víctimas de la miseria ocasionada por la famosa catástrofe de Palma. El simpático y elocuente ex-Ministro don Antonio Maura ha sido el iniciador y director de esta caritativa empresa literaria, de excelente resultado. Puede decirse que cuantos escriben y dibujan en España, con algún provecho artístico, han colaborado en Limosna, de modo que entre lo mucho mediano, que necesariamente tiene que haber en obras de esta clase, puede encontrarse no poco bueno, pues nuestros mejores literatos y pintores han llevado su trabajo al álbum que el Sr. Maura patrocina.

No todas nuestras eminencias, sin embargo, han dedicado, a la pía obra de que hablo, momentos de la más despierta vigilia; así v. gr., el Sr. Núñez de Arce, firma una poesía religiosa muy fría e incorrecta. Y la incorrección en un maestro es casi un escándalo; y la frialdad en asunto religioso no es muy edificante. Nos habla el poeta de un crucifijo de

talla, y a renglón seguido dice que no era escultural, porque era tosco, mal hecho. Allá se las haya con el diccionario de la Academia. Pero yo creo que un Cristo de talla tosco, mal hecho, es siempre escultural; será una mala escultura, pero es escultura, y el mismo Núñez de Arce lo dice antes: era de talla... Después habla de un cuerpo que yacía inerte... y sin fuerzas... Claro: ¿qué fuerza ha de tener lo inerte? Y muchas cosas así. ¡Y qué frío!

18 de junio, 1896

Parece lo natural que la vida literaria consista en... escribir y leer, que su materia sean ideas que pasan de un pensamiento a otro mediante la escritura y la lectura. Pues aquí la vida activa de las letras consiste en cualquier cosa menos en leer. ¡Nada de leer! Hay crítico que no sabe siquiera, ni le hace falta, según él.

Los chicos de la prensa, de quien tanto bien acaba de decir el Sr. Pidal, en su discurso de inauguración de cierto Círculo de periodistas, no dan cuenta apenas más que de espectáculos; de cosas que entran por la vista y el oído. Hablarán muchísimo más, ¡ya lo creo!, de ese discurso visto y oído, de Pidal, que en todo el año se ha hablado de los mejores libros que durante él publicaron los mejores literatos.

El Sr. Pidal, ¿para qué más ni menos que la verdad?, aduló a los chicos para realizar implícitamente uno de los contratos innominados: facio ut facias, hago para que hagas. Siguió en esto las huellas de otro académico, no menos cuco, que, hace poco también, alababa y adulaba a los critiquillos, cuando más debía fustigarlos. Por esta rectitud de carácter, la prensa se estropea más cada día, y si ahora muchos escriben hasta sin ortografía (v. gr. La Época), dentro de poco se escribirá en caló, o no se publicarán más que jeroglíficos, monos, que es a lo que tiende la llamada prensa festiva, que desprecia el texto y sólo paga bien las fotografías instantáneas. Dentro de poco habrá pasado por las columnas de esos semanarios ilustrados todo lo que hay en España mineral, vegetal y animal, en forma de retrato, vista, etc., etc., según el reino, y en cambio no se sabrá qué ha sido de lo que tenían dentro de la cabeza los españoles. La decadencia de la sindéresis (la sindéresis intelectual, como decía Burrell, un periodista) es cada día más alarmante. No sé dónde vamos a parar. Pero vuelvo a mi asunto.

Aquí no se habla de más literatura que de la representada, sea en la escena, sea fuera de ella. Si se habla mucho de las comedias es porque no hace falta leerlas, porque con verlas basta. Los críticos a quien estorba lo negro pueden, al juzgar este género, disimular bien ese pequeño descuido de su educación.

Se ha hablado mucho también esta temporada de la traslación de los restos de Zorrilla a Valladolid. Otro espectáculo. Pero ¿creen ustedes que se ha aprovechado la ocasión para leer al gran poeta, recordar sus bellezas, juzgar la influencia de este grande hombre en la vida de nuestra poesía? Nada de eso. Se habló de si el cadáver estaba bien o mal conservado, comparándolo con el de San Isidro, que también salió a relucir estos

días... para que lloviese; se describió el viaje de los huesos del ilustre vallisoletano; el banquete con que se dieron tono otros poetas ilustres de Valladolid (v. gr. Ferrari, Cano)... pero la verdadera literatura no tuvo nada que ver con todo esto.

Apenas hubo quien advirtiera a los vallisoletanos que el sepulcro de Zorrilla, por grande que sea, debe llenarse con Zorrilla, sin admitir allí a otros ilustres castellanos, como se pretende. Tendría que ver que el mismo panteón encerrase mañana los huesos de Zorrilla y los de Ferrari; que si los tiene como él se los ha puesto a las musas, no tendrá uno sano. En Valladolid padecen muchos la manía de que allí se dan los poetas como los pimientos en La Rioja. La casualidad de que además del gran Zorrilla sea de la tierra el muy apreciable Núñez de Arce, les ha llevado a la ilusión de que los dedos se les antojen huéspedes, y en cada coplero ven un Dante.

Sea de esto lo que quiera, Valladolid merece un sincero aplauso por haber reivindicado los restos de quien es su legítima gloria. Y no le preocupe que cualquiera de los supervivientes, amoscado el día de mañana porque no le honran tanto como al autor del Tenorio, exclame al morir: «Ingrata patria, no poseerás mis huesos».

* * *

Uno de los poetas vallisoletanos de quien sus paisanos aseguran que es un gran poeta, es el Sr. Ferrari, hombre discretísimo, en prosa, prudente, noble, que aunque la crítica desfavorable le duela, no la persigue con miserable maledicencia ni con bajas intrigas, como hacen otros.

Este señor Ferrari, a mi ver, pese a su indiscutible cultura y ordinario buen juicio, cuando escribe en verso -particularmente si son décimas- olvida la lógica, el trivio y el cuadrivio enteros, y por seguir el halago de la rima dice cualquier cosa absurda con la serenidad del mundo.

Yo lo tengo probado muchas veces comentando poesías de este señor. Ahora anda algo retraído; publica poco, y de tarde en tarde. Imitador uniformado del señor Núñez de Arce, su paisano, le imita también en este paulatino abandono de las musas. Sin embargo, cuando hay una que sea sonada, todavía saca a relucir décimas nuevas. El terrible estrépito del polvorín que estalló en Palma de Mallorca, despertó al señor Ferrari (que, por desgracia, se durmió otra vez en la suerte) y le hizo prorrumpir en un filosófico ¿por qué?

Pregunta el poeta que por qué han de morir los jóvenes, los dichosos, los que tienen genio, esperanza, etc., etc. La muerte de los viejos, de los desesperados y de los virtuosos que no encuentran aquí recompensa, le parece aceptable; pero la otra es una pérfida ironía, una asechanza.

Yo creo, señor Ferrari, que esta poesía blasfema está mandada recoger, porque no conduce a nada. Se puede acusar a la Providencia de irónica, pérfida y redomada en una de esas odas en que el arrebató lírico le hace disparatar al vate, por consejo de los preceptistas; con el arrebató no sabe lo que se dice. Pero en una serena serie de décimas filosóficas, no se puede olvidar lo siguiente:

Que una de dos, o hay Dios o no hay Dios; si no hay Dios, quejarse de la necesidad, de las ciegas fuerzas naturales, sin conciencia, es ladrar a la luna; y si hay Dios es una irreverencia absurda, impía, querer enmendarle la plana, y el plan, y acusarle de dolo y de bromista pesado.

Pero todavía mucho peor que todo esto es, a mi juicio, creer, como cree el señor Ferrari, que la órbita de un astro es el arco de su movimiento aparente con relación a nuestro horizonte sensible; creer que la órbita empieza cuando el astro sale, y acaba, queda trazada, cuando el astro se pone. La órbita de un astro no tiene nada que ver con eso. Es la línea que traza, o mejor el espacio por donde va, al girar en torno -aparentemente- de otro astro. Pero oigamos al señor Ferrari:

Sin medir valle y pradera
no da en el mar la corriente,
ni baja el astro a Occidente
sin trazar su órbita entera.

Ya lo ven Uds.; queda demostrado que el Sr. Ferrari no tiene la idea más remota de lo que es órbita.

Pero hay más; aun suponiendo que Ferrari no esté por el sistema de Copérnico, la órbita queda trazada toda entera en cualquier punto de su curso, lo mismo en el orto que en el ocaso, que donde quiera. A no ser que insista nuestro Josué en que la órbita empieza en el orto y acaba en el ocaso. Y entonces la órbita parece más que otra cosa la carrera de un simón que llega al lugar de su destino.

Además, ¿cómo había de llegar a Occidente el astro, sin andar lo demás del camino? Despacio o de prisa su órbita (!) tenía que trazarla para llegar a Occidente. Pero eso le pasa también al genio que se muere, y al joven, y a todos; llegan a Occidente también, recorren toda su órbita, sólo que de prisa; se cae -el joven- desde el cenit, supongamos, en el ocaso. Pero recorre toda la órbita (!). Lo que el poeta debió decir (mejor era callarse) es que el astro no llega a Occidente de prisa y corriendo, sino por sus pasos contados.

Pero, en fin; lo peor es llamar órbita a eso.

* * *

Afortunadamente, no todos los españoles tienen esa idea de la órbita; y así, por ejemplo, el distinguido antropólogo Sr. Salillas, que se mueve en la suya, en su órbita, alrededor de la ciencia, con gran modestia y prudente acuerdo, nos compensa, en parte, de los muchos disparates que escriben poetas ilustres, próceres insignes y chicos desaplicados.

El Sr. Salillas es médico y es criminalista, desde el punto de vista de la antropología. Su último libro, primero de la serie acerca del delincuente español, trata del lenguaje especial, de la lengua aparte de los pícaros y carne de presidio. Es un estudio muy serio, muy pensado, lleno de exquisita información, de primera mano; muy original, muy útil. Útil para el antropólogo, para el criminalista, para el sociólogo de la vida española, para el filólogo, para el literato y... para el curioso lector.

No se puede pedir más.

* * *

Lo que no me gusta es que el Sr. Bremón, víctima, más o menos sincera, del

jingoísmo intelectual, diga, para alabar a Salillas, que no es uno de esos sabios que todo lo aprenden en libros y revistas extranjeros.

Naturalmente, cuando se trata de estudiar, de primera mano, cosas de España, hay que aprender en España la primera materia, el objeto del estudio. También los extranjeros, cuando estudian directamente cosas españolas, las estudian en España.

Pero los principios de las ciencias y de la filosofía, según sus actuales progresos, ¿dónde quiere Bremón que los estudien los sabios españoles sino en lo extranjero? ¿Hasta cuándo hemos, digámoslo así, de imitar al avestruz en eso de huir del peligro de nuestra épica ignorancia, cerrando los ojos a la realidad, negando esa ignorancia?

Bien se conoce que Bremón, según él confesó varias veces, v. gr. al hablar de la muerte de H. Taine, no es ni siquiera aficionado de ninguna filosofía ni ciencia. Si no, ya vería que es imposible aprender algo serio, de lo que hoy se sabe en las altas esferas intelectuales, sin salir de lo español, sin acudir casi exclusivamente a lo extranjero.

Oiga Bremón. En el Anuario, de 1895, de Psicología fisiológica, de París, en el índice de la tabla bibliográfica de obras recientes, relativas al asunto del libro, figuran más de mil autores. ¿Cuántos españoles? Uno. Ramón y Cajal. Allí hay Pérez, López, Antón... pero son franceses o alemanes. Lo que hace falta no es meter la cabeza en la arena, sino crear un verdadero ministerio de Instrucción Pública en que, con valor, se gaste una considerable parte del presupuesto.

13 de agosto, 1896

En otra ocasión he dicho ya, en una de estas revistas para Las Novedades, por qué en España, en la pobreza actual de producción literaria, se necesita, por excepción, mezclar las cosas, y hablar, a veces, en revistas de mera literatura, de libros y autores que caen, en rigor, bajo la jurisdicción de la ciencia. No he de insistir hoy en el tema entonces tratado, y paso, sin más, a anunciar un libro interesante... no literario, sino científico. Se titula El individuo y la reforma social; su autor es el Sr. Sanz y Escartín, uno de los pocos hombres estudiosos en serio que tenemos. El género de ciencias que cultiva, haciéndolo como él lo hace, bebiendo en variadísimas fuentes modernas, y además pensando por cuenta propia, es aquí cosa de muy pocos. Se distingue entre esos pocos el catedrático de Oviedo Adolfo Posada, infatigable vulgarizador de sociología y derecho político, sin dejar de ser investigador original y de veras científico. Su fama, con ser envidiable en España, es mayor en el extranjero, donde le acogen con gusto las sociedades sabias, se citan sus trabajos, se traducen sus libros y se le coloca a la altura que merece. ¡Caso raro! Dos asturianos notables hay en la actualidad de quienes se puede decir que más los estiman fuera de casa que en la Península: Posada y el célebre novelista Armando Palacio. (De su última novela Los majos de Cádiz, de que yo hablaré aquí, apenas ha dicho palabra la prensa madrileña.) Pero, volviendo al Sr. Sanz Escartín, diré que su labor es análoga, sin abarcar tanto, a la de Posada. El trabajo de Posada es menos

político en la acepción de querer influir en la actualidad: es obra de profesor; el trabajo de Escartín es de batalla, de aplicación inmediata, a ser posible, o lo menos lejana posible. Escoge temas de interés palpitante, como se dice. Figura Escartín en la tendencia conservadora, pero en esa altura en que ya no se pueden aplicar con exactitud en la acepción vulgar los epítetos que sirven en la política: liberal, socialista, individualista, conservador, reaccionario, etc., etc. Sanz Escartín, en filosofía, se inclina mucho a los positivistas clásicos, aunque sin negar valor a las novísimas rectificaciones: pero en ciencia social saca consecuencias conservadoras... que también solía sacar el mismo Taine. Escartín da gran importancia a la vida ideal (religión, moral pura, arte, cultivo del espíritu, etc.) no muy seguro del valor trascendental de estas cosas, pero sí de su eficacia para el orden del mundo en lo que se refiere a la acción humana. Es un modo de tener fe en el ideal que acaso comparten hoy muchos sacerdotes... sin confesarlo. Yo no voy por ese camino. No quiero lo ideal para ir viviendo: lo quiero porque creo que es lo real, si no lo creyera, no lo adoraría, aunque se hundiese el mundo... ¡Valiente mundo el que no fuera un cosmos, un orden... divino! Pero si no con todas sus ideas, simpatizo sobremanera con los nobles propósitos de este pensador y erudito, con su sincero amor al estudio y a la sociedad, cuyo bien procura. Es de la élite de nuestra juventud (ya va siendo ex-juventud) estudiosa. Tiene, amén de los intrínsecos, el mérito comparativo de los brillantes, que más que porque deslumbran, valen porque son pocos.

Varios son ya los libros publicados por Escartín: alguno de ellos ha llamado mucho la atención; pero la obra que ahora publica es, de todas las suyas, la más importante por su mayor vuelo, por su carácter sintético. El individuo aparece estudiado como agente libre (por lo menos de aparente espontaneidad, de acción discreta no continua) de la vida social. Escartín no es, al parecer, de esos regeneradores de antiguas sociolatrías (v. gr. la de Comte, la de Hegel, etc.) que llegan a ver hasta soluciones metafísicas, como en parte Fouillée, y más claramente Roberly, en una concepción social, ante todo, de la realidad. Escartín va por camino más llano, tal vez más seguro. Esa acción del individuo la va estudiando en la vida toda: el trabajo, en general, la especificación económica (trabajo económico, ahorro, capital, propiedad; clases sociales, sus religiones, etc.) y después se eleva a la acción moral individual (ciencia, moral, enseñanza, arte, religión) y concluye por ver en el progreso, ley, de vida social, una labor continua, en que si la voluntad hace mucho, el elemento intelectual tiene el más importante papel.

No puedo yo aquí entrar en más pormenores. ¿Apruebo todas las ideas de Escartín? No; aplaudo muchas, y alabo con calor el espíritu prudente, el oportunismo de muchos episodios, la buena ocurrencia de valerse de fuentes modernísimas y de muchas y muy diversas clases; elogio más que nada la tendencia noble, seria, caritativa, anti-utópica. Ya lo he dicho: ningún espíritu superior de veras y culto en grado notable va hoy tras la utopía, que es siempre una digestión precipitada.

* * *

Rodríguez Marín es un literato andaluz de la mejor cepa; ama el arte; tiene gusto; el don de la lengua castiza, en prosa y en verso; es erudito

de veras sin asomos de pedantería; sigue, más por influencia natural del mucho trato que por imitación, a los hablistas del siglo de oro, y además siempre pone sustancia en lo que dice. No será poeta en el sentido en que lo son tan pocos, pero es un notable artista de la palabra noble española en verso y prosa. Vivió primero en Osuna (antes estudió, creo, en Sevilla, y no sé si en Madrid); fue discípulo y amigo del célebre García Blanco (no confundirlo con el P. Blanco y García), maestro insigne de hebreo; y fueron los primeros trabajos de Marín, investigaciones filológicas y folklóricas, y versos bonitos, sueltos y alegres, y... palos muy bien dados a la parte flaca de la Academia de la Lengua. Después se fue a vivir a Sevilla, donde tiene bufete de abogado y trato con las musas y casa puesta en las bibliotecas. Es ya uno de los eruditos más famosos de las orillas del Betis, cuyas márgenes de tanta retórica y poética fueron testigos.

Los Madrigales es uno de los libros recientes de nuestro simpático y lozano andaluz. Primero copia modelos del género, de, poetas antiguos; y después nos da los propios poemas, que no van desairados por ir cerca de los otros. En rigor esta es poesía de imitación, pero de una manera y de una cosa que elevan el mérito del trabajo. Imitar bien, como Rodríguez Marín, la forma poética de nuestros buenos poetas ya clásicos, es ser original por la dificultad grandísima del empeño.

Refranes del Almanaque es un trabajo en que el mismo escritor muestra, como tantas veces, erudición de primera mano y el arte de escoger materia útil y que a muchos puede interesar.

El laborioso literato, después de esos dos libros, todavía nos ha dado otro, hace pocos días.

En dos tomos elegantes, lujosos, de mucha lectura, publica, a expensas del marqués de Jerez de los Caballeros, la segunda edición de las Flores de poetas ilustres ordenada por Pedro de Espinosa, antequerano. El malogrado y muy discreto y erudito don Juan Quirós de los Ríos había dejado incompleto el trabajo de dirigir y anotar (primorosamente) esta esmerada edición de Espinosa, y Rodríguez Marín continúa y termina la labor difícil y meritoria de su amigo, ya muerto.

Se debe recomendar esta obra... porque es obra de caridad el comprarla, toda vez que el producto de la venta se destina a aliviar la pobreza en que quedó (la historia de siempre) la familia del señor Quirós de los Ríos, literato, como la mayor parte, que no tuvo nada de hormiga. Pero es claro que yo no aconsejaría esta obra de caridad, en cuanto crítico, si no pudiera, en conciencia, añadir, que se trata de un libro excelente. ¡Ya lo creo! Juntos, en jardín amenísimo, pájaros de tanto mérito como Góngora (el gran Góngora), Argensola, Quevedo, Arguijo, Lope... etc., etc. conquie digo, ¡si la orquesta será agradable!

Leed, leed libros clásicos, versos de antaño y el gusto se depurará... y no llamaréis poetas a muchos que por tales pasan ahora, pese a su ignorancia, sus disparates y su falta de sustancia y de buenas formas.

* * *

Menéndez y Pelayo, infatigable, continúa, entre mil empresas literarias, su tarea de ilustrar con eruditísimos, interesantes y bien pensados y aun mejor escritos prólogos la Antología de poetas líricos castellanos que tiene en publicación la acreditada y benemérita Biblioteca clásica.

El tomo VI de la Antología no contiene versos de poeta alguno; todo él es prólogo, y Menéndez estudia en tan largo y concienzudo escrito la poesía política en tiempo de Enrique IV, y otras muchas cosas todas de exquisita ciencia y de primor literario. Llamamos la atención particularmente el capítulo de Jorge Manrique, cuyas célebres coplas el crítico pone sobre su cabeza; y el cuadro en que se examina, en resumen magistral y originalísimo, el estado de la cultura española en tiempos de los Reyes Católicos. Ni un solo crítico, de los sonados a lo menos, y en publicación muy leída, ha dicho palabra de libro tan importante por su excelencia intrínseca, por el nombre del autor, la novedad de mucha parte del contenido y la importancia general del asunto. Yo aquí, aunque mi competencia me autorizara a ello, no podría, por falta de espacio, ir más allá de este anuncio, esta justa alabanza y consejo al lector de que saboree el último portento de nuestro primer crítico de historia literaria española.

* * *

El teatro en verano se declara en España, cantonal; y se van las compañías, no en malos carros, por esas provincias de Dios; donde no siempre gusta lo que en Madrid se aplaude; y viceversa, es decir, no siempre desagrada lo que en Madrid se silba. Lo cual, por cierto, le parecía un escándalo de insubordinación estético-administrativa a un funesto empresario, de cuyo nombre no quiero acordarme... por ahora. Quédale a la corte, amén de las Cortes abiertas, este año, el teatro, o mejor, los teatros de verano. Predomina en ellos la zarzuela ligera, alegre; cuando puede, graciosa: y con ella alterna el sainete, que de tarde en tarde es digno de la buena tradición del género.

Arniches y Lucio acaban de estrenar, con peor éxito que suelen, Las malas lenguas. Estos autores muchas veces aciertan, y si bien se imitan a sí propios a menudo, en competencia con otros varios imitadores, algunas de sus obritas tienen gracia verdadera, miga y cierta frescura y novedad. Burgos, el ilustre sainetero, el autor de los incomparables Valientes, sigue triunfando con Las Mujeres, zarzuela de más fama, a mi juicio, que mérito; aunque alguno tiene, sobre todo en una escena muy natural y salada entre un marido que amaga y no da y una esposa que hace del marido lo que quiere.

* * *

El Imparcial, en una nueva sección de sus Lunes (Tribuna literaria) pregunta a los literatos si debe crearse un teatro libre (?) en Madrid. Hasta ahora han contestado: Echegaray... que lo esquilen; Pereda -en pocas y buenas palabras- que sí; Blasco que sí, Clarín que sí y Zeda que sí... si tal y cual. No necesito ya decir mi opinión. El asunto promete y hablaré de él largo y tendido.

* * *

De dos libros pienso tratar con extensión, otro día; los dos son españoles, en parte, por el asunto, y extranjeros por su respectivo autor. Se trata de una traducción inglesa del Quijote y de un estudio acerca de D. Juan Tenorio.

17 de septiembre, 1896

La mayor parte de nuestros literatos parece que no tienen verdadera vocación, que escriben por el éxito, por el interés o la fama, no porque les sale de dentro, porque no pueden menos. Los hay, muchos, que si les dan un buen destino ya no vuelven a sentir el furor pimpleo... hasta que quedan cesantes. Para muchos literatos nuestros, la literatura no es más que un sucedáneo de la oficina o de la política. Hacen comedias o novelas... cuando no son, v. gr., Consejeros de Estado. La inspiración a falta del expediente. El secreto, a mi ver, está en que muchos escritores no lo son más que por vanidad de joven, primero, y después por recurso, como por vía de propedéutica... para conquistar una posición. Muchos hay que en cada poema envían un memorial a la fortuna, personificada en un personaje, un partido, una preocupación social triunfante, etc., etc. Poeta hay que escribe, por ejemplo, un tomo de Soledades que debiera titularse Solicitudes.

No es buena señal que la falta de público, de buen éxito económico, etc., etc, hagan a un artista abandonar su vocación. Tal vez no hay tal vocación.

Cada pocos días se muere un político, un funcionario público del cual se dice en los periódicos: «No escribía hace veinte o treinta años. Dejó el trato de las musas desde que entró en la Deuda, v. gr...».

Sin que esto sea juzgar el mérito literario del escritor que me sirve de ejemplo, recordaré que hace muy pocos días murió don Mariano Cazorro, que hace treinta años escribía mucho y ahora sólo trabajaba en la oficina. Esta literatura sucursal de los ministerios nunca me ha ido simpática y sí muy sospechosa.

Acaso la falta de sinceridad, franqueza e independencia de que se han resentido nuestras letras casi siempre, ha dependido en gran parte de estos lazos del covachuelismo y del parlamentarismo con las letras.

Como quiera que sea, no falta quien muestre la asiduidad de la vocación verdadera. Ejemplos ilustres de hoy, de ahora: Valera y Menéndez y Pelayo.

* * *

Menéndez y Pelayo vale hoy más que nunca; su ciencia y su experiencia han ido creciendo, naturalmente; sus juicios de personas e instituciones están hoy más fundados que hace veinte años en sólida sabiduría, y además obedecen mejor al freno de la prudencia. También la fama y el crédito del insigne crítico son, entre los eruditos, mayores que nunca; pero el público grande, que sólo se admira de lo maravilloso, ya no atiende a la gloriosa carrera del profesor ilustre con la entusiástica asiduidad de otros días, porque Marcelino ya no es el niño monstruo, el portento de veintiún años; sino un gran sabio que llega a los cuarenta otoños, más cargado de ciencia cada día, pero que en fin ya no tiene veintiún abriles y ya no es un caso inaudito de precocidad. Afortunadamente, Menéndez trabaja por amor al arte, y hoy no es menos concienzudo y constante en su labor, aunque comprenda que en sus estudios de especialista no puede seguirle el público que forma una muchedumbre. Le importa poco esto, y hasta él mismo ha dicho que esta relativa soledad en que el erudito se queda, vigoriza el ánimo, depura la intención. Por todo lo cual, lejos de desmayar, como otros, y echarse a dormir sobre su antigua popularidad,

cada día nos da nuevos productos de su ingenio y laboriosidad, enriqueciendo así el caudal de nuestra ciencia crítica, bien escaso por cierto.

El último libro de Menéndez es el tomo VI de la antología de poetas líricos castellanos. No contiene el volumen más que la continuación del famoso prólogo de nuestro sabio; prólogo que viene a ser la historia de nuestra poesía lírica. No recuerdo si en mi revista anterior (que aún no ha llegado impresa a mis manos) analizaba ya esta obra admirable de Menéndez; por si acaso, y por miedo de repetirme, diré sólo de ella que instruye, deleita y hace reflexionar; ejemplo de esto último lo tenemos en un artículo de Valera publicado en El Liberal, artículo en que con motivo de alabar el magnífico capítulo que Menéndez dedica a la cultura española en tiempo de los Reyes Católicos, el autor de Pepita Jiménez declara que no se explica el gran renacimiento de España en aquel reinado, después de tanta miseria y decadencia y corrupción que parecía incurable.

* * *

Sí; Valera se ha dedicado a pensar alto, en los periódicos populares, y hace bien. En España, lo he dicho mil veces, es necesario que los más empingorotados escritores se dignen hablar con la multitud, no en libros y revistas que leen pocos, sino en hojas diarias, callejeras. Valera enfermo, anciano, triste, lucha con el dolor a fuerza de actividad intelectual, y no desdeña las columnas de El Imparcial y de El Liberal para tratar de asuntos filosóficos, políticos y literarios. Si los pocos escritores buenos y de veras ilustrados, con que podemos contar, imitaran a Valera, gran servicio prestaría la prensa popular a la cultura del país.

* * *

El teatro libre es uno de los temas a que el autor de Asclepigenia está dedicando su atención y su elegantísima pluma.

He tenido el honor de que don Juan se dignase discutir conmigo acerca de este asunto, si se puede llamar discusión a sostener ideas semejantes con nombres diferentes. Yo deseo (no espero) un teatro particular, artístico, de invitación, de ensayo; obra de un esfuerzo colectivo de autores, críticos, actores, pintores, arqueólogos, aficionados, corporaciones literarias y artísticas, etc., etc., y, por vía indirecta, con un poco de auxilio del gobierno. Valera llama a lo que él quiere teatro de lujo, teatro modelo. En el fondo lo que pedimos (y esperamos que nos den) es lo mismo.

Otros escritores consultados, hombres o mujeres, no sólo de más mundo que yo, sino de más mundo que Valera, que lo tiene todo, nos han llevado la contraria, dejándonos por inocentes, ilusos y visionarios. Ellos, o ellas, más prácticos, han descubierto el Mediterráneo de nuestra flojera moral, han descubierto los obstáculos con que el teatro libre tropezaría aquí. Vea usted. ¡Y nosotros que no sabíamos nada! Bremón, doña Emilia Pardo, y otros espíritus predominantemente positivos no creen, ¡son tan largos!, que se pueda hacer aquí en materia de teatro de lujo o de ensayo nada de provecho. Estos linceos no se han fijado en que Valera habla por lo utópico, pidiendo una de cotufas en el golfo que hacen casi humorístico su proyecto. Y ya lo dice él: En principio podemos pedir todas estas gollerías. Por lo que a mí toca, básteme decir, que habiendo sido el primero que en El Imparcial expuso un proyecto de teatro de ensayo, tuve

buen cuidado de advertir al final de mi segundo artículo, que toda aquella Arcadia de poetas, críticos y cómicos trabajando unidos y sin interés, en pro del arte, era un sueño, legítimo sin duda. Soñemos, alma, soñemos, decía yo, con palabras del gran soñador Segismundo. De modo que después del tono de los artículos de Valera y el de los míos, las ideas prácticas y pedestres de la Pardo y el Bremón no pueden resultar más graciosas por lo ridículo de la lección experimental que pretenden darnos.

¡A buena parte vienen a querer demostrar que la vida literaria en España es pobre, perezosa, incapaz de grandes empresas! ¿No han visto en el fondo de nuestros desiderata la intención satírica? ¿No han visto, entre líneas, el contraste de lo que pedimos y de lo que hay? ¿Quién se iba a fiar de la mayoría de nuestros hombres (y mujeres) de letras... y artes, si entre ellos existen tantos espíritus adocenados y aviesos como el de los positivistas preopinantes?

* * *

Como ya no hay espacio para hablar de los libros extranjeros a que aludí en mi última revista, me contentaré con anunciar un tomo de cuentos populares publicado hace poco en Madrid con gran aceptación y lisonjero resultado en la venta.

La gracia del libro consiste en el primor con que están redactados muchos de los cuentos y chascarrillos que, por lo demás, son casi todos muy conocidos. Fulano, Mengano, Zutano y Perengano figuran como autores, y firman con estrellitas. A pesar del anónimo, bien se ve que el autor de la Introducción y el que firma con una sola estrella son una misma persona y un solo escritor correcto, castizo, elegante y de rica fantasía. Los demás procuran imitarle, pero algunos pecan de incorrectos (** y ***) y su desenfado no siempre es de buen gusto. Sin embargo, el conjunto del libro es muy agradable y el buen éxito ha sido de justicia.

* * *

Nada de particular se anuncia para el próximo otoño, época del año en que, como dice bien Lombroso, la actividad intelectual suele excitarse y producir con abundancia. De Pereda nada nuevo se espera, que yo sepa, por ahora. Galdós, según he leído, nada tiene preparado para la escena, y tampoco sé de ninguna próxima novela suya. De Echegaray nada se dice; Campoamor, con derecho a descansar, lleno de gloria y de años, calla; Núñez de Arce no publica ni siquiera sonetos medianos: latet in herba. Et sic de los pocos caeteris que podía ir nombrando.

En cuanto a los cómicos y empresarios, siguen como siempre. Mario, el más desinteresado y amigo del arte, a mi ver, no puede reunir un cuadro completo, por culpa de las pretensiones de unos y otros. La Guerrero, mal aconsejada tal vez por personas a quienes ella debe gran respeto, pero que la crítica tendrá al cabo que sacar a relucir con todos sus inconvenientes, la Guerrero, digo, no acaba de llevar a su teatro lo que necesita. Necesita a Vico y necesita alguna actriz que pueda acompañar dignamente a la simpática María.

En fin, yo no espero grandes cosas en el teatro; pero mi buena voluntad me hace desear que en la temporada próxima se descubra algún otro Juan José para los aficionados; que bueno es que alguien goce.

22 de octubre, 1896

Los dos libros, de extranjeros, pero dedicados a asuntos españoles, de que yo pensaba hablar a los lectores de Las Novedades, según anuncié en una de mis últimas revistas, son la nueva edición de la primera traducción de El Quijote por Shelton, con una sabia y elegante introducción de Jaime Fitzmaurice-Kelly, y el Don Giovanni de Arturo Farinelli.

Pero, por no dejar atrasadas materias de más reciente actualidad, no me es posible dedicar a las citadas obras el espacio que me proponía y que merecen.

Con gran lujo, una casa editorial de Londres publica, bajo la dirección de ilustre crítico, versiones clásicas de los más insignes escritores europeos de fama ya universal y acrisolada por el tiempo. Tres tomos de esa biblioteca han sido ya dedicados a escritores españoles; el primero contenía La Celestina y los otros dos abarcan la primera parte de El Quijote publicada en inglés en 1612 por Shelton. En la Introducción, sabrosa y erudita, de Fitzmaurice-Kelly, puede verse cuán excelente intérprete encontró Cervantes en la Gran Bretaña, y cuál fue el esmero y la conciencia escrupulosa con que la traducción se hizo.

Entre los muchos puntos interesantes que el muy ilustrado hispanófilo trata en su trabajo crítico que sirve de prólogo, merece notarse el referente a la posible, y para algunos probable, lectura de El Quijote por Shakespeare, lectura que, de existir, tuvo que ser mediante esta traducción de Shelton. La hipótesis de que cierta obra dramática en que Shakespeare colaboró, está tomada de la novela episódica de El Quijote titulada El curioso impertinente, adquiere mayor fuerza con la admisión de esta conjetura relativa a las relaciones del espíritu del primer escritor inglés con el del primer escritor español.

Más agradecida de lo que se muestra debiera manifestarse la crítica española a todos esos ilustres extranjeros que consagran a la resurrección de nuestras glorias literarias atención, cuidado, talento, tiempo y dinero. No he leído nada de la prensa de mi tierra en alabanza del señor Fitzmaurice-Kelly, que tanto trabaja por el triunfo de nuestra literatura clásica. Por lo mismo, y por vía de indemnización, en lo poquísimo que puedo, me complazco en repetir el anuncio y el elogio de su trabajo, de que ya hablé en mi Revista Literaria de El Imparcial de Madrid.

* * *

Arturo Farinelli es todo un sabio, de menos de treinta años. Creo haber hablado ya de este italiano injerto en alemán a los lectores de Las Novedades, y no insisto en los datos biográficos.

Sus amores artísticos son las letras españolas, no las contemporáneas, por supuesto; y su especialidad lo que puede llamarse estudio de las influencias de país a país. No es literatura comparada, es análisis de las relaciones de espíritu nacional a espíritu nacional.

Esta clase de investigaciones las cultiva con predilección el historiador moderno, porque son fecundas en hallazgos interesantes para la explicación de la vida moral, económica, religiosa, artística, etc., de cada pueblo.

Sea por el principio de imitación, según Tarde, o de sugestión, según Guyau, o por natural coincidencia de fenómenos que obedecen a situaciones

análogas, ello es que se notan relaciones, semejanzas, influencias, según los casos, estudiando estos contactos, roces y compenetraciones de pueblos y pueblos. Ihering, nada más que para estudiar a fondo, de veras, el derecho romano, llegó a remontarse, por un lado, a las más altas especulaciones de filosofía jurídica, y por otro al examen conjetural y paciente de los orígenes históricos de las razas más antiguas que podemos en parte conocer. Como este ejemplo, pudieran presentarse muchos. Aunque sea para recabar originalidad y espontaneidad para determinado grupo étnico, es hoy indispensable el estudio de grupos anteriores, colaterales, etc.

En la literatura, aunque sea de épocas modernas, los trabajos de este orden son ya también indispensables, y no poco fecundos en enseñanzas serias, sólidas. Como el profesor de Insbruck, Pastor, en su notable Historia de los Papas estudia con atención y prolijas informaciones la vida de los alemanes en Roma, Croce trabaja en las relaciones de las letras españolas e italianas, y en este trabajo le acompaña, y a veces corrige y completa, Farinelli; que también tiene preciosos estudios de las relaciones entre la literatura alemana y la de Italia.

El Don Juan del sabio residente en Insbruck es un libro originalísimo, revolucionario a su modo, y de una erudición abundante y segura, de primera mano.

No faltarán patriotas de las letras, de esos que todo lo quieren, con razón o sin razón, que censuren a Farinelli por su propósito de demostrar que Don Juan, en su origen, no es una creación española; que el símbolo moral que encarna viene del Norte, probablemente. ¡Qué inaudito atrevimiento! Según los que juzgan con la pasión, no con el entendimiento, será pecado, aunque se demuestre que es verdad, decir, como Farinelli, que don Juan no es sevillano, ni es Mañara, ni es de los Tenorios de Galicia. Los que quieran pelear contra este Héctor por el cuerpo de este Patroclo, reservándose a España, háganlo en buen hora, pero tiéntense la ropa primero y lean el libro de Farinelli, formidable fortaleza crítica que no se rendirá con frases huecas.

Lo que demuestra el autor de Don Giovanni de manera irrefutable, es lo poco y mal que se ha estudiado, lo mismo en España que fuera, la leyenda del Tenorio, a pesar de lo mucho que se suele divagar con tal motivo. Uno de los aspectos del asunto que Farinelli examina con más detenimiento, competencia, erudición y originalidad, es el de don Juan en la música. Verdad es que Farinelli, a pesar de su modestia, es un especialista en estética de este arte y en su literatura.

En fin, el libro, tenga razón en todo o no, es de un maestro, obra de conciencia y; de paciencia.

* * *

Ahora un paréntesis. Veo con mucho gusto, y cierta vanidad, que un día y otro periódicos y más periódicos de las repúblicas americanas, desde México a la Argentina, me honran copiando íntegras estas modestas revistillas literarias. Yo agradezco el honor aunque sienta que no prefirieran una colaboración directa, pagada; pero lamento que al copiar a Las Novedades, que es quien me paga, no declaren de dónde toman los artículos. Yo los escribo para el periódico de Nueva York exclusivamente; cónstele así a quien hace el correspondiente desembolso.

* * *

Una lección breve y muy cortés le da en El Liberal el Sr. Valera a un señor Murguía de Galicia, regionalista de esos que quieren sacarle al campanario de su pueblo más punta de la que tiene. Este regionalismo de las medianías provincianas que, por no haber podido ser nada de león, quieren dar a la cabeza de ratón una importancia que no tendrá nunca, merece correctivos algo más fuertes que el aplicado al Sr. Murguía por el Sr. Valera.

Ese señor Murguía puede juntarse, si no se ha juntado ya, con un señor Brañas, otro regionalero gallego, empeñado en hacerse un pedestal, de la muiñeira. Todos nos conocemos, y nunca faltarán Clarines para decirle estas verdades amargas a esos simoníacos del santo y religioso amor de la patria chica. Y no me vengán con teorías ni con venerandas tradiciones; no se trata de eso, sino de ellos, que son muy poca cosa. No hay razón para que, por amor a Galicia, a Cataluña, a Valencia, a Asturias, etc., pasen por cuartos los que, en la cotización de las letras nacionales (no madrileñas) no pueden ser más que ochavos.

Los eruditos de ropa vieja dan muy mal ejemplo metiendo en docena, por el gusto de mostrar muchos documentos, a medianías oscuras de antaño o de hogaño. Hay personaje por esos mundos, que no tiene esperanza de que hable de él jamás la crítica de actualidad, pero que aguarda verse en una lista de autores en las obras de algún erudito de esos que se pasan la vida descubriendo a Juan Fernández.

* * *

Teodoro Cuesta, para mi gusto el mejor poeta del bable (lo que es poeta, tal vez el único), no supo, mientras vivió, de estas vanidades de reivindicaciones literarias regionales.

La modestia que Valera, en reciente artículo, atribuye a la literatura bable, no sin razón, fuera de ciertas excepciones, está concentrada en Teodoro Cuesta, que manejó su instrumento sin pretensiones filológicas, sin aspiraciones de regionalista no comprendido, ni nada de eso. Ni siquiera disputaba cuando un pseudo-filólogo de los que quieren hacer conservas del dialecto asturiano, le decía que sus versos no eran verdadero bable, de la Academia de Morcín, como si dijéramos. Teodoro escribía porque sí, ya porque le salía de dentro, ya porque se lo pedían; y escribía como oía que hablaban los aldeanos, los paisanos, cuya vida había estudiado como observador poeta. ¿No era aquello bable? Bueno, pues, al reor d' Uviedo, hablaban así.

Algunas de las publicaciones de Cuesta acaban de coleccionarse en un tomo que lleva un prólogo de Alejandro Pidal. No recomendaré la compra de este libro a quien no haya vivido en Asturias, ni visto ni oído a sus aldeanos, ni pueda penetrar toda la gracia y picardía bonachona de este bable al aire libre; pero a quien esté en circunstancias de saborear la expresiva malicia inocentona que en el bable se esconde hasta en las contracciones, en las corrupciones fonéticas, y que vive más holgadamente en giros y modismos; al que llegue a comprender lo que es chistoso, o tierno, o irónico, por ser bable; al que sepa despreciar la poesía falsa del bable artificioso en que lo asturiano es caricatura ridícula y no pasa de la sintaxis y de la fonética; a ese le diré, bajo mi palabra de honor, que el libro de Cuesta, con faltarle mucho Teodoro, el más vivo, es el libro más

característico, no de la literatura bable, que en rigor apenas la hay, sino del particular matiz del genio popular español encerrado en nuestros valles y en nuestras montañas.

La gran desigualdad que se nota en la facilísima musa de Teodoro, hace que muchos no aprecien lo bueno por fijarse demasiado en lo escrito de prisa, por encargo importuno y sin inspiración verdadera. Pero este defecto, muy general entre los poetas muy fecundos, ¿no ha engañado a ciertos críticos superficiales del mismísimo Zorrilla?

A Teodoro se le puede defender, en cuanto poeta de verdad (no por ser tuerto en tierra de ciegos; no en gracia del bable y de la región), reduciendo el análisis de su producción a sus poesías selectas. No me refiero precisamente a las ahora reunidas, colección en que para nada intervino el criterio según el cual yo llamaría selectas a determinadas composiciones de Teodoro.

De todas suertes, aunque

ni estén todos los que son
ni sean todos los que están

los mejores versos de Cuesta, este tomo que publican sus herederos debe ser leído por todos los asturianos que tengan un poco de afición a la poesía, o por lo menos a la tierra.

3 de diciembre, 1896

Hace tiempo que en estas revistas para Las Novedades de Nueva York no se habla de autores americanos. No es porque dejen de llegar a mi poder cada lunes y cada martes libros y revistas de allende el Atlántico. Yo agradezco a esos ilustrados escritores que se acuerden de este humilde revistero, tan apartado de ellos por tantas leguas y por tantas diferencias, que engendra, principalmente, la diversidad de circunstancias; agradezco sus recuerdos, pero no puedo pagárselos con un examen singular de cada libro. Para eso no tengo tiempo, no tengo espacio. De vez en cuando procuro pagar, si no toda mi deuda americana, parte de ella, y hoy es uno de esos días. Espere España y trátese de América... o a lo más de americanos que escriben en nuestra Península.

* * *

Entre los últimos papeles recibidos predominan, como suele acontecer, los versos. Una juventud llena de entusiasmo, peor o mejor dirigido, continúa cultivando, con fe envidiable, el noble endecasílabo castellano, no el de gaita gallega, a Dios gracias; y publica estrofas y más estrofas en revistas muy bien impresas y en elegantes, a veces lujosos volúmenes. No todo es rematadamente malo; pero sí me atrevo a asegurar que, aun en los que muestran buenas disposiciones, hay cierto engouement modernista,

imitación casi siempre de la juventud francesa más exagerada, y outrancista, diría, si no fuera barbarismo censurable.

Los jóvenes versificadores americanos ya no imitan a Zorrilla, ni a Espronceda, ni siquiera a Bécquer. Algún día había de acabar eso; pero tampoco, por lo general, imitan a Campoamor, sugestivo como él solo para imitadores, ni siquiera a Núñez de Arce, que algo se parece a ellos en la de tener menos fondo que esculturales apariencias, las más veces. No; «nada de lo español nos incumbe», parece ser la consigna ahora entre la juventud americana; y, como imitar hay que imitar, se buscan modelos en París, principalmente.

Como pedrada en ojo de boticario les ha venido a muchos la especie de débacle lírica que reina y no gobierna en Francia a estas horas. Yo recuerdo haber leído en uno de esos jóvenes revolucionarios y redentores (cuando yo leía estas cosas: confieso que me he cansado y me he vuelto a mi Homero) que la poesía está hastiada de ser occidental, de empeñarse en tener sustancia, en proceder por nociones, juicios y racionios; que ahora iba a ser hebraica, o cosa así, a gastar todo el calor natural en exclamaciones, llegando, a ser posible, a la glosolalia. Nadie, que se estime, debe aspirar más que a expresar emociones, de ningún modo ideas. Un poema que con una interjección pudiera expresar el estado del alma del poeta sería el perfecto. La poesía de los tembladores, de los inspirados balbucientes y hasta tartajosos... ese es el ideal.

¡Mal año para él! La poesía que se escribe bajo la influencia de ese canon parece toda ella... buñuelos de viento. Es un terreno fofo, en que no se puede sentar la planta. También contribuye algo a malear los partos de esos ingenios noveles el espíritu de irreverencia que cunde por todas partes y que tiene su núcleo en los reformadores franceses, imitados hasta en eso.

Cualquier chiquillo de dieciocho años, a veces de menos, se cree autorizado para soltar la sinhueso, sin estudios de preparación, sin conocer los secretos de la lengua, la gramática general, la retórica, la dialéctica; sin haberse nutrido con la lectura, la meditación y hasta la admiración de los clásicos así españoles como ingleses, franceses, alemanes, italianos, griegos y latinos. De todo eso se prescinde, y con llenarse la boca de Verlaine, Mallarmé y hasta Moréas y nombres así, ya se creen unos estetas. ¡Y qué prurito de teorías, de crítica reformista y modernísima!... Parece que están sacando el mundo de la nada, y que han perdido la memoria.

¡Poética! La humanidad lo ha sido infinitamente en lo pasado: y no es seguro que lo sea más, ni tanto, en lo porvenir.

Imaginar; fingirse cielos, infiernos; amar, anhelar, llorar... el hombre histórico ha sabido hacer todo eso maravillosamente.

Olvidar lo pasado, en poesía, es no ser poeta de este mundo...

* * *

El Sr. Chocano, poeta joven y entusiasta, de Lima, me escribe en su periódico La Neblina, y en carta particular, invitándome a dejar mis ideas reaccionarias, a ser modernista, de lo que me cree digno porque, según él, soy imparcial y tengo otras cualidades dignas de elogio. Muchas gracias. No merezco las alabanzas, que estimo, ni merezco ser decadentista.

Lástima que este moro no se salve

me viene a decir el autor de Iras santas. No me salvaré, porque creo en nuestro antiguo paraíso de las musas clásicas.

Se quiere que fustigue a los poetas decadentes, pero que respete y admire la doctrina. ¡Pues si la doctrina es lo peor!

El pecado original en todas esas tentativas desmañadas de poesía nueva, es la afectación ergotista. No quieren que sus versos tengan ideas, y... cada tomito que publican necesita puntales de estética gárrula, descomunal y paradójica, irreverente y desordenada.

No, no me arrepentiré. Amo el progreso en las cosas que, para mejorar, lo requieren; no soy progresista en punto a lo eterno, a lo que posee en su perfección sustantiva la serenidad invariable. La poesía, en cierto sentido, no progresa. No hay poeta que se pueda decir superior a Homero. Progresan ciertos elementos accesorios que rodean, muy de cerca, a la poesía; pero su llama pura, su quintaesencia varia, vive... no progresa. No progresan las ideas madres. Et nunc et semper.

* * *

Nada de esto impide que el mismo señor Chocano, muy joven creo, tenga ciertas condiciones recomendables de escritor en verso. Conozco de él un tomito de poesía titulado Desde la aldea, otro, de 1895, que se llama Iras santas y el que acaba de publicar ahora y que representa un verdadero progreso en sus facultades.

Por fortuna, el Sr. Chocano no es tan modernista, o como ellos lo llamen, en sus versos como en sus teorías y en su revista. Si el simpático poeta de Lima, que habla en verso noble y armonioso naturalmente, lo cual no es poco, abandona del todo preocupaciones escolásticas y tendencias de penúltima moda, llegará a haber en él cosa bastante mejor que un sinsonte con plumas de pavo real decadente. Pero La Neblina debe disiparse, o cambiar por completo.

* * *

¡La moda! Esta es la madre del cordero. Los innumerables escritores americanos que imitan a los jóvenes de cierto estilo parisiense, no son ni más ni menos que sietemesinos provincianos, petimetres exagerados, como los gomosos, casi desaparecidos, de la indumentaria.

Los griegos, los clásicos no conocieron la palabra moda. Yrmos, que hoy se emplea con ese significado, no lo tenía en el siglo de Pericles. Por algo ello.

* * *

Recibo un precioso volumen, pequeño y elegante, publicado en Londres por Enrique W. Fernández, de Colombia. El libro se titula Versos.

No es uno de tantos productos insignificantes de la fecundísima y vulgar musa hispano-americana. El Sr. Fernández me parece libre del sarampión decadentista. Los azules (y ultra-violetas) que capitanea Rubén Darío (tal vez un gran bromista con buen oído) acaso encuentren anticuado y demasiado intelectual al autor de Versos. Yo veo que va por buen camino; si bien le

convendría expresar más poéticamente ciertas ideas filosóficas y de observación interna. No tiene muy buen oído, en general, y algunos versos le salen duros y de difícil construcción. En este punto el Sr. Chocano puede darle lecciones.

Pero no hay en W. Fernández afectación, pretensiones de excesiva originalidad -y llamo originalidad excesiva a la que llega a ser original a costa de la naturalidad y la sencillez-. En fin, con sus defectos y todo, es un poeta simpático el Sr. W. Fernández.

Y basta, por hoy, de versos ultramarinos.

* * *

Poco sé de novelas americanas de estos días. No creo que ninguna, después de aquellas que pueden llamarse ya clásicas, haya llegado a la categoría de obra maestra.

Durante la reconquista se titula una novela histórica que, con fecha de 1897, publica en París, en dos tomos muy lujosos, de más de 500 páginas cada uno, el señor don Alberto Blest Gana. Se trata de la reconquista de Chile. El señor Blest Gana debe de ser hombre de edad, pues dedica su novela a su esposa, que lo es hace cuarenta años. Supóngole, por consiguiente, más ducho y experimentado que yo, y reconozco que sus motivos tendrá para llamar reconquista a la independencia de Chile. Nosotros los españoles, venimos a ser los moros (aunque en la novela se nos llama godos); pero lo que no veo claro es por qué los chilenos del siglo diecinueve, se tienen por reconquistadores. Eso es considerarse más indios que españoles, en lo cual yo pienso que se equivocan. Opino que estos romanticismos etnológicos no son necesarios para explicar ciertos hechos consumados, que ya nadie discute. Pudieron los Borbones no portarse bien del todo con los americanos, sin que por esto, esos que se llaman Fernández, Gómez, etc..., como nosotros, tengan derecho a creerse más indios de lo que son en efecto.

Pero, sea lo que quiera de esto, la novela del señor Gana podía ser buena. No lo es, a mi juicio, porque el autor no tiene nada de artista. Todo aquello es pesadísimo. Parece cosa del señor Pirala. El Sr. Gana escribe muy mal; a ratos parece que se traduce a sí mismo del francés. Es incorrecto, no como él solo, sino como él...

* * *

Y el señor Canals, autor del libro publicado en Madrid con el título de El año teatral. Este Canals, aunque chico de la prensa en Madrid, es natural de América.

De sus solecismos y barbarismos, que son como las estrellas del cielo por lo abundantes, hablaré otro día... si me acuerdo.

31 de diciembre, 1896

Distraída, fácilmente y como de soslayo, se nos muestra hoy la escasa atención que se presta a las cosas de la literatura en España. Si en algún tiempo tiene disculpa este desvío, es en circunstancias como las actuales. Tenemos dos guerras de muy mal carácter, entre manos; sangre y dinero, que se invierten, no en ganar tierras, sino en conservar las pocas que nos

quedan de un dilatado imperio. No es, pues, extraño que el ánimo público carezca de la serenidad que se requiere para atender con intensidad y constancia a los asuntos del arte, que al fin algo tienen de juego como pensaba Schiller.

Algunos periodistas, ganosos, legítimamente, de atraerse al público, han inventado el recurso de hacer que la literatura de sus columnas tenga por asunto intereses relacionados con las graves cuestiones de patriotismo que hoy nos preocupan. El Liberal, por ejemplo, dedica números extraordinarios al Ejército, a la Marina, al empréstito de la guerra, a esta o la otra región colonial, actual teatro de luchas intestinas.

En general, es de alabar el esfuerzo de este periódico; y aunque ni por el sacrificio que su empeño supone, ni por la grandeza del objeto y utilidad del resultado, puede compararse lo que está haciendo con la gran obra de caridad por El Imparcial emprendida, todavía queda no poca gloria para quien consigue que contribuyan a excitar el entusiasmo patriótico multitud de plumas, bien tajadas unas, sin tajar apenas otras. (Porque no falta quien, al parecer, escribe con un palo.)

Pero como, si no todas, muchas cosas de este mundo tienen su pro y su contra, el esfuerzo de El Liberal, más bien de solicitud y celo que de sacrificios pecuniarios (pues es claro que colaboradores como Azcárraga, Weyler, Cánovas, Monescillo, etc., etc., no cobran sus artículos), digo que ese esfuerzo tiene como consecuencia algunos inconvenientes. Uno es obligar a escribir a quien no sabe. Y otro, obligar a escribir con pie forzado a quien suele escribir bien si se le deja libre.

Noto, en efecto, que se perjudica no poco a escritores notables quitándoles la libertad de elección; y el castigo de El Liberal por este prurito de importuna iniciativa, suele ser, como ya le tengo advertido, que estilistas admirables se conviertan en mediocres, cuando trabajan para esos números con pie forzado del popular periódico.

Además, esto de imponer materia, tela cortada, a los poetas, críticos, novelistas, etc., etc., es para ellos punto menos que humillante; es tratarlos como a especialistas de cualquier profesión en que no media la inspiración para nada. Se encargan a un zapatero unas botas en que se cuenta con los juanetes del parroquiano, pero no se deben encargar a Núñez de Arce versos que tengan por asunto la moralidad... o el empréstito de 400 millones.

* * *

Y ¿qué diremos del empeño de que sean por fuerza escritores los que por costumbre y arte no lo son?

¿A qué viene pedir artículos sobre lugares comunes a Azcárraga, el diligente Ministro de la Guerra, a Weyler, a estos y los otros generales de división, a un director general, a un obispo, etc., etc.? ¿Qué necesidad tiene el mundo de saber que algunos de esos señores, que se distinguen mucho en el orden de actividad a que se dedican, cuando tocan a escribir no saben por dónde andan?

No es de ahora, ni sólo de El Liberal, este desatinado empeño de hacer un periodista de cualquier personaje que llama la atención, aunque sea, v. gr., en calidad de ilustre chocolatero, o por los muchos millones que tiene.

Estando, como sin duda estamos, amenazados de que el mundo se acabe, no

por agua ni por fuego, sino por un diluvio de tinta; siendo, como es, cada día más necesario trabajar en los diques que contengan la inundación literaria, ¿a qué viene contribuir a que aumente el número de los escritores de afición, improvisados?

¿No hay bastantes solecismos en el mundo?

* * *

El Liberal no respeta ni la edad decrepita.

Al mismo cardenal Monescillo le ha hecho escribir acerca de... la moralidad.

¡Y qué cosas dice el respetable Primado!

Créalo El Liberal: la literatura de los periódicos debe venir por aluvión, no por avulsión. Así, ahoga. Además, deben escribir exclusivamente los literatos. Y deben escribir lo que ellos quieran, no lo que les mande el director del periódico que les paga.

Si el generoso Mecenas de Cervantes le hubiera impuesto el asunto del Quijote, probablemente no sería español el mejor libro de la edad moderna.

* * *

Del teatro no hay cosa importante que decir.

Vico, el inspiradísimo actor, no figura, al fin, en la lista de la compañía del Teatro Español. No hay, según mis noticias, que culpar a María Guerrero... ni a Vico. Hay que culpar a los hados.

Vico trabaja en Novedades, el teatro que es a los demás teatros lo que López Silva a los demás poetas... es decir, el teatro... de los barrios bajos; el teatro popular, el teatro del público de Madrid que tantas veces ha pintado Galdós con verdad, arte y complacencia.

En Novedades predomina el público de corazón: es el público de los melodramas que ya no se escriben.

Vico, según mis noticias, sigue siendo el gran actor de siempre: más viejo, pero tal vez más sabio.

Créalo Vico, créalo María Guerrero, créalo Fernando D. de Mendoza: hay que hacer los mayores esfuerzos para vencer todas las dificultades que se presenten, y conseguir que el año que viene Vico y María Guerrero trabajen en la misma escena.

* * *

La Comedia estrenó una de Enrique Gaspar con muy mal éxito. Para pronto, se anuncia en este teatro, digno de buena suerte, aunque sólo sea por el celo y desinterés de Mario, su director y empresario, otra obra de Galdós, La fiera, y El Señor Feudal, de Dicenta. Yo, naturalmente espero más de Galdós que de Dicenta; pero a lo mejor resulta que el público me quiebra el juego.

Como El Señor Feudal caiga en gracia, poco le servirá a la Fiera ser graciosa.

* * *

En el Español se representó La verdad sospechosa de Alarcón, y no faltaron críticos que aprovecharon la coyuntura para demostrar sus muchas letras y pocas aprensiones llamando a Alarcón jorobado y latoso. Ricardo de la Vega llamó tonto a Calderón; Arimón le tomó el pelo, como ellos dicen, y ahora Alarcón resulta, como ellos dicen también, latoso y tabarra... y... así se pierdan la lengua castellana y el sentido común.

* * *

El último estreno de los teatros de verso ha sido Tierra baja, drama de Guimerá traducido del catalán por Echegaray. La obra fue aplaudida y en ella se distinguió, de veras, Díaz de Mendoza, en un papel de hombre del pueblo. Los críticos, y sus sucedáneos, no están de acuerdo al juzgar Tierra baja. Algunos se meten en unas filosofías topográficas que se entienden mal y se leen peor: no por nada, sino por lo mal escritas. Parece ser que el primer acto y el segundo, o como decía un crítico, los dos actos primeros, gustaron más que el tercero. Lo mismo sucedió con María Rosa, que a mí me gustó desde el principio hasta el fin. Sólo conozco de Guimerá Mar y cielo que no me entusiasma y María Rosa que sí me entusiasma. Es fácil querer ser naturalista en la escena; muy difícil serlo. Guimerá lo es, y como un maestro, en María Rosa. Ojalá de Tierra baja pueda decir lo mismo cuando la conozca.

* * *

He recibido más libros de América; v. gr., una novela del señor don Federico Gamboa, de México, titulada Suprema Ley. Al señor Gamboa le sucede lo mismo que al autor de la novela chilena de que hablaba el otro día. ¿Sabe el señor Gamboa cómo escribe aquel señor?

Muy, mal.

Pues él, lo mismo.

Un botón: se trata de una joven que va a casarse muy pronto, con la anuencia de sus padres: «Clotilde le siguió sin vacilar y sin pudores». Bueno es que siga a un amante sin vacilar... pero ¡sin pudores!... a lo menos uno, ¡un pudor, el pudor! El pudor le gusta a todo amante aunque no sea «un burgués sin pasiones y de criterio mezquino» como llama el señor Gamboa a un señor Ortegual que considera caída y manchada a una señorita que pierde la honra.

«...y una noche, en la conversación que les permitían a solas, se hallaron entre los labios con el primer beso, y con el beso Clotilde se dio toda, ignorando cómo, agradeciéndole su desgracia por la incomparable felicidad que la tal desgracia le aportaba».

¡Aportaba!... Así escribe el burgués sin pasiones... y sin verbos. Créame el Sr. Gamboa, él aprendió a sentir como los artistas que no tienen el criterio mezquino, ni llaman... lo que es, a una Clotilde que se da toda, antes de tiempo; pero no aprendió a escribir como los artistas.

«-Yo los dejo que se las compongan como puedan, y sólo que resulten heridos llamo al gendarme».

Pues yo llamo a la policía de la Academia (de que es miembro c. el Sr. Gamboa) para que lleve a la cárcel ese: sólo que.

Podría yo aportar muchísimos solecismos y barbarismos, muchas frases de estilo ramplón y pedestre... pero basta con lo aportado.

Lo dicho. Suprema ley está muy mal escrita. Una novela es arte; y ese lenguaje y ese estilo no son de artista.

* * *

Un folleto lleno de versos, en muy mal papel, y con prólogo de un Sr. Penha, se titula Crisantemos y viene también de la América... latina.

El tercero o cuarto asunto es «Absalón».

No veo lo que Absalón pueda tener de crisantemo.

21 de enero, 1897

Son estas revistas puramente literarias, y por eso me abstengo de hablar en ellas de lo que es natural que ahora sea pensamiento principal de todo buen español, a saber, las delicadas cuestiones internacionales a que da ocasión la malhadada guerra de Cuba. Crece el deseo de tratar tal asunto, considerando que este periódico, aunque español, se publica en la ciudad más importante de esos Estados Unidos con quienes precisamente tenemos pleito pendiente, que ojalá acabe sentenciado por la razón, que es lo que nos conviene.

Mas si no cabe que yo entre aquí de frente en materia política, puedo, con toda legitimidad, referirme a la influencia que los actuales conflictos ejercen en la vida literaria; y puedo también decir algo de los efectos de unión política que debieran producir los innegables lazos que la lengua, la comunidad histórica, y el espíritu literario establecen entre americanos de nuestra raza y españoles peninsulares.

Comienzo por esto último, que no está relacionado inmediatamente con el asunto general de esta revista.

Respeto, hasta donde no lastime derechos nuestros o ajenos, la doctrina de Monroe.

Comprendo que el estado geográfico, haga a los americanos creer en un ideal organismo americano; pero a mi juicio no debe ser a costa de otros organismos fundados en realidades históricas, de carácter menos abstracto y convencional, que el meramente geográfico, de inferior importancia cada día por la rapidez y frecuencia de las comunicaciones.

Los americanos de esas repúblicas, que un día fueron tierra de España, debieran considerarse más españoles, no que peruanos, chilenos, etc., etc., pero sí que americanos en el sentido de reconocer una especie de patria moral futura de todo el continente. Si la unidad americana se llega a establecer, la iniciativa de la procedencia inglesa y la consiguiente hegemonía serán indudables. Pues bien, lo que hay en el fondo, en la herencia, en los recuerdos, en los hábitos, en el genio que revela el idioma, en la erudición tradicional de nuestros americanos, es español, no puede ser del Nuevo Mundo; porque de estas cosas que son el sedimento de una civilización adelantada y de muchos siglos, no había en América antes del descubrimiento. Sea inglesa, sea española, la cultura americana es, en el fondo, en lo esencial, en lo secular, de Europa; y si los hispano-americanos, por la seducción de lo abstracto-geográfico, se dejan llevar al pan-americanismo, perderán la más íntima independencia; se verán ligados a una derivación de la civilización europea... según los anglosajones, en vez de conservar la madre del españolismo.

Sin este fondo, todo será aguachirle, barniz de cultura, cosa advenediza y superficial en los americanos de procedencia española. En literatura, como en todo, se notará, y empieza a notarse, esta falta de jugo sinovial de la patria verdadera, la que arraiga en la historia.

Cierta especie de romanticismo científico con pruritos etnológicos (copia de análogas preocupaciones europeas, engendradas en parte por el positivismo, en parte por las exageraciones materialistas del nacionalismo

inorgánico, egoísta y exclusivo) ha hecho a no pocos americanos ilustrados buscar para el corazón, la sangre y la fantasía abolenos indianos a que consagrar culto preferente; pero en quien se llama Pérez, Fernández, Álvarez, García, como nosotros, todo eso es ficticio.

Y, así, la poesía que ha nacido al calor de esa inspiración, es pobre, en general, amanerada; parece un eco de otra cosa, no tiene originalidad verdadera.

Yo, lo digo con franqueza, veo más espíritu literario tradicional en la erudición clásica, española de un Miguel A. Caro, de un Cuervo, que en no importa qué poema o novela inspirados en las matanzas lamentables con que tuvo que comenzar la conquista de América; poema o novela en que el poeta americano quiere ver ya tiranos a lo borbónico en los aventureros, no siempre suaves, del descubrimiento.

En mi humilde juicio, las letras americanas, por lo que respecta al lastre clásico, al jugo de sustanciosa tradición poética, no entrarán en su verdadero cauce mientras no coloquen su ideal pretérito, que también lo hay, en España, en la común historia de los García y Álvarez de allá y de acá. No se quiere ver que la lucha por la independencia, lograda al fin, es un mero accidente exterior, de forma política, que poco debe significar, a la larga, en comparación de los seculares lazos étnicos e históricos que nos juntan a todos. Una federación leal hispano-americana podría aprovechar el hecho de la independencia actual, y continuar la verdadera historia, no meramente pragmática, sino del fondo del espíritu nacional ibérico, sin necesidad de deshacer nada de lo ya consumado.

En esa gran confederación ibero-americana, podría adquirir la América llamada latina, un ideal propio, algo muy arraigado, antiguo y grande que oponer como contrapeso a las influencias anglo-sajonas en los tratos con el otro gran elemento de origen europeo que aspira a la hegemonía de América.

Las letras americanas, como todo, ganarían no poco si predominase allí esta tendencia.

* * *

Natural es que los graves asuntos de la vida nacional que nos tienen justamente preocupados, dejen como en la sombra todo otro interés, y que las letras se resientan de esto como los demás órdenes de actividad. En otros tiempos en que el estado de guerra venía a ser el ordinario, la literatura y demás manifestaciones de la vida civil no dejaban de prosperar; y aun encontraban alimento y excitación en el mismo ánimo belicoso que tenía que predominar entonces. Mas hoy, por ventura, la guerra es ya lo excepcional, verdadero estado patológico que quita el humor para otras cosas. Añádase a esto la pereza nacional, la falta de público para los libros que producen ya de por sí el retraimiento de los mejores literatos, y se explicará que el escaso movimiento que se nota en nuestras letras se deba, en general, a principiantes, a los inexpertos que no saben en lo que se meten gastando trabajo y dinero en publicar obras que no se han de leer.

En cambio, la escasísima vida literaria que nos resta, impresionada por la preocupación patriótica, tal vez influye en ocasiones, de mala manera, en el ánimo y en la opinión del público, dócil a las sugerencias de las letras de molde.

Si no se leen libros, en España empieza a ser considerable la lectura de periódicos; y las empresas de los grandes diarios son en rigor ahora los árbitros de las corrientes del gusto en el vulgo. Se piden artículos y versos de circunstancias a los literatos y a los que lo parecen; y como no hay otro mercado con verdaderas salidas, la mayor parte de nuestros escritores escriben versos y artículos de encargo. ¿Resultado de esto? Que pierde el patriotismo y pierde la literatura. Pierde la literatura porque el escritor que, espontáneamente, hace algo original, al manejar los lugares comunes impuestos por el periódico, es uno de tantos; escribe vulgaridades que a veces sólo se diferencian de las que publican los seudos-literatos, en la buena gramática. Pierde también la literatura porque se admite como escritores a muchos que no lo son, nada más que porque tienen títulos de otro género, v. gr. el ser generales, obispos, o diputados o banqueros.

Y pierde el patriotismo verdadero, porque en la poesía de circunstancias suele faltar la verdadera inspiración, la sinceridad, y artículos y versos vienen a ser paráfrasis de la populachería del patriotismo callejero. ¿Y qué sucede? Que en vez de rectificar los instintos mezclados de pasión impura, de egoísmo y crueldad y vanagloria, que suelen acompañar a las manifestaciones tumultuarias del sentimiento de solidaridad nacional, lo que se hace es azuzar, halagar esos alardes de crueldad, de grosería, de fanfarronería repugnante y ridícula.

Así se ha visto a obispos hablando de odios legítimos, a poetas insultando a los muertos, y otros horrores que profanan el noble y austero sentimiento del patriotismo verdadero... y corrompen las letras.

* * *

En tanto, sigue la crítica teatral, la del único género que el público atiende algo, por lo que tiene de espectáculo, en manos de la gente menuda, sin juicio, ni gusto propio y cultivado por el estudio.

El señor Dicenta ha debido a esto, a que ya no haya críticos de teatros como Fígaro, Revilla, Balart y el mismo Cañete el que no haya protestado la literatura verdadera contra la decisiva y descaminada alabanza tributada a su ingenio dramático, por causa del Juan José.

Ahora se encuentra la crítica menuda con que el Señor Feudal no revela al genio, y es un pastiche en que se ven vestigios de Ohnet, Feuillet, etc., etc... y se asusta y pasma la crítica menuda.

El señor Dicenta seguirá la misma suerte de otros autores que también sedujeron al vulgo con arte de brocha gorda, y arrastraron a la crítica supernumeraria con la sugestión de lo adocenado rimbombante. Esos señores en vano repiten hoy sus habilidades de otros días. Pasó la moda de aquellas vulgaridades; hoy gustan al pópulo otros brochazos.

Que no serán, señor Dicenta, los que le gustarán mañana.

* * *

En cambio de estas apoteosis, sujetas a evicción y saneamiento, no ha habido en los teatros de Madrid nada para el centenario de Bretón de los Herreros, un poeta dramático de verdad; de los que quedan; aunque no fuera más que porque sus versos fáciles, correctos, sonoros, expresivos embalsaman el teatro del autor de Marcela y lo libran de la corrupción que come a los más en cuanto huelen a difunto.

8 de abril, 1897

Federico Balart es una de las figuras más simpáticas de nuestra literatura, y en América, particularmente, conviene predicar, en propaganda, sus méritos; porque he notado que críticos y poetas americanos se acuerdan poco, relativamente, de este insigne escritor peninsular, mientras ponen por las nubes a varios literatos de por acá inferiores sin duda al autor de Dolores. Como crítico y como poeta, Balart vale más que ciertos críticos y poetas españoles muy alabados por ahí en una u otra época, en este o en el otro país. Pocas veces veo citado el nombre de Balart entre los maestros de la crítica peninsular contemporánea, en los libros que en América tratan de este asunto: hay excesivos elogios para otros y para Balart injustísimo olvido.

No sucede lo mismo por acá, donde la autoridad crítica de tan notable literato es grande y generalmente reconocida; y eso que no ha hecho para conquistarla esfuerzos de apariencia solemne, de los que tanto efecto causan en la multitud. Balart no ha escrito grandes volúmenes de literatura didáctica, ni ha mostrado al público en investigaciones eruditas el poderoso aparato de su instrucción clásica, sólida y extensa, según mis noticias. Hasta hace pocos años, Balart, ya famoso, no había hecho más que escribir en los periódicos de mucha circulación artículos de crítica literaria y de pintura, y no con gran asiduidad, sino dejando pasar meses, y aun años, sin decir palabra. A pesar de esto, y por rara suerte, su crédito alcanzaba a su mérito, que era mucho. Una terrible desgracia, la muerte de su esposa, apartó por muchos años a don Federico de toda publicidad; mas pasada aquella larga y tremenda crisis, volvió a la vida pública del arte; y para bien del mismo, vino enriquecido con nuevo, inesperado caudal: el que había desaparecido crítico, volvía crítico y poeta, pero poeta de verdad, con inspiración original, con género de poesía bastante raro entre nosotros. Era el poeta del dolor, del dolor reflexivo, religioso, hasta filosófico; y era castizo y puro sin alardes de académica corrección, con sencillez y naturalidad encantadoras. Además de Dolores, en estos años de resurrección publicó también dos o tres libros de excelente crítica, y hasta consintió que le eligieran en una vacante de académico de la lengua.

La última obra, por ahora, de Balart, es Horizontes, nueva colección de versos, cuyo elogio queda hecho con decir que viene a confirmar lo que en Dolores habíamos visto: que se trataba de un verdadero poeta, mal que pese a los que no quieren reconocer en los demás variedad de aptitudes y talento.

Para los poetas y críticos americanos puede ser Horizontes libro de mucha enseñanza y buen ejemplo, pues sus cualidades más preciosas son la naturalidad, la ausencia de todo prurito escolástico, de toda pose, de todo esfuerzo penoso por conseguir rara novedad; el predominio de la idea y del sentimiento sobre los primores puramente externos de la expresión; la pureza noble y sencilla del lenguaje: condiciones todas que suelen escasear en la actual lírica hispano-americana.

A esos jóvenes que andan buscando modelos de modernismo por Francia y por

Italia y por el Norte de Europa, se les debe ofrecer, no para que lo copien ni imiten, sino para que les sirva de ejemplo, el libro Horizontes, donde se llega a la más real y conmovedora poesía sin contorsiones de la frase, sin audacias inauditas de estilo y sin una psicología alambicada y diabólica.

¿Hay novedad en Horizontes? ¡Ya lo creo! La novedad que ofrece la belleza siempre que aparece. La novedad que siempre nos presentan la hermosura de la aurora y la puesta del sol. No se queja Balart de penas de que Job y Salomón no se quejaran; y sin embargo, al sentir con el poeta de ahora, no nos acordamos para nada de que siglos y siglos hace otros hombres, de otra manera, vinieron a decir lo mismo.

¿Por qué consigue Balart, oh decadentistas americanos, sin pretensiones de novedad, conmovernos de nuevo, después de habernos hecho llorar tantos grandes poetas, mientras vosotros con todas vuestras teorías y trasposiciones de sensación y recursos cromáticos y pruritos de perfección escultórica nos dejáis fríos, nos aburrís, valga la verdad, y cuando más singulares os creéis más nos estáis mostrando el espíritu de adocenados? Porque la poesía, señores hidalgos, es un don del cielo; quiero decir que no se sabe de dónde viene, y es inútil salir a buscarla, como los gallegos de la cuba salen en Madrid a buscar a los Reyes Magos, con escaleras y faroles de crítica revolucionaria, y teorías de anarquismo literario. Eso de que, por ser jóvenes, poco respetuosos y asiduos lectores de Moréas y Mallarmé, ya han de sentir ustedes de veras el furor pimpleo, es una pura ilusión.

La lectura y meditación de libros como Horizontes no harán a nadie poeta, ciertamente, porque Balart es como Salamanca en esto de no poder prestar lo que no da natura; pero podrán servir para que todo joven juicioso y modesto, amigo del arte, pero no predilecto de las musas, se abstenga de publicar versos audaces, pentélicos y todo lo que se quiera, pero huecos, vulgares a la postre, nacidos de un prurito literario, no de inspiración verdadera. Y también servirán esa lectura y esa meditación para que los pocos, poquísimos que en efecto estén llamados a seguir las asperezas por donde se va al Parnaso, se sujeten a noble y nada embarazosa disciplina moral y técnica, y no malogren sus facultades despotricando malamente con sinsontadas vestidas a la moda de París... o de Cristianía, si a mano viene. Porque, según vamos, los poetas de principios de siglo van a ir a buscar sus Homeros y Virgилios al mismísimo polo ártico.

* * *

Han entrado, por fin, en la Academia de la Lengua los señores Pérez Galdós y Pereda. Al discurso del primero contestó Marcelino Menéndez y Pelayo y al de Pereda su íntimo amigo Pérez Galdós. Los cuatro discursos se han publicado en un volumen, digno de leerse por mil razones. Por de pronto, hay allí buen castellano, cosa que va escaseando más cada vez, gracias a que casi nadie se toma el trabajo de estudiar gramática, ni de leer mucho y buen español, ni de ejercitarse, en tiempo, en el arte, más difícil de lo que parece, de componer. Resulta después que nuestros oradores, poetas, críticos, novelistas, etc., etc., no saben, cuando llegan a entenderse con el público, lo que en Francia, en Alemania, etc., etc., aprenden los chicos, aun los que no han de ser escritores, en la segunda enseñanza. Y lo más gracioso es que muchos monos sabios de la prensa, valientes como

ellos solos, han dado en la gracia de predicar que es una antigualla la retórica, y otra antigualla la sintaxis y otra la pureza del lenguaje; y que se debe escribir como a uno se le ocurra.

A esta doctrina se incorpora la ya más antigua, de que es un trabajo inútil el de aprender ortografía porque se debe escribir como se pronuncia; precioso dogma anarquista de la lingüística leguleya que, por sorpresa, ha conseguido escalar las columnas de El Imparcial, nada menos. Deseo, supongo y espero que El Imparcial no continuará prestando su gran popularidad a semejantes extravíos a los que no se puede reconocer ni siquiera el derecho de beligerancia. En el mismo periódico, y en La Época, he visto ya la cosa tomada a broma, y eso es lo serio...

No será sólo buen castellano lo que el lector encontrará en los discursos de Galdós, Pereda y Menéndez, sino muy curiosas noticias acerca de las relaciones de antigua amistad de nuestros dos mejores novelistas, y juicios muy atinados de Pelayo acerca de Galdós y de Galdós acerca de Pereda. Ah, y, por supuesto, las otras novecientas noventa y tantas excelencias que no puedo ir exponiendo por falta de tiempo y de espacio.

* * *

Acabo de recibir la nueva novela del simpático, profundo, noble y muy gracioso escritor don Juan Valera. Titúlase el libro Genio y figura... y es de pocas páginas. Me dispongo a leerlo como un goloso puede sentarse a devorar un buen pastel...

En mi próxima revista hablaré a los abonados de Las Novedades de esta nueva producción del ya clásico autor de Pepita Jiménez.

Hoy puedo adelantar, gracias a noticias particulares que debo a la fuente más auténtica posible, que se trata, no de una novela realista por el procedimiento técnico, pero sí de un asunto realísimo, por lo histórico de muchos de los documentos aprovechados por el artista. Es claro que este material de recuerdos, de realidades históricas es peligroso en manos inexpertas, y suele engañar a novelistas y poetas que creen que el interés personal que les inspira el asunto lo traspasan a su obra, sin más que sentirlo bien: pero en poder de un Valera no creo que sea de temer un espejismo de este género. Valera sabe lo que Goethe sabía: que nuestra historia, la de nuestro sentir, no es materia artística mientras es interés personal, sino cuando ya se va cambiando, aun para nosotros, en pura forma curiosa y bella, que podemos estudiar con calor poético todavía, pero sin pasión interesada, antiartística por excelencia.

* * *

Es admirable esta laboriosa vejez de nuestro insigne Valera. Siempre elegante y distinguido de veras, pero cada vez más popular, menos tieso y académico, don Juan envía artículos y más artículos de actualidades políticas, sociales, literarias, etc., etc., a los periódicos de circulación, como cualquier literato de menor cuantía.

Valera, seguro de su mérito, se atreve a arrostrar el mayor peligro ante este público nuestro, que vive de aprensiones: el peligro de la prodigalidad. Hace bien; él nunca será esquilón sino campana de Toledo, aunque no sea como aquella de Iriarte

que sólo se tocaba algún solemne día

ni como muchos literatos campanudos que tenemos, que para no gastarse, sólo se dejan tocar cuando repican gordo.

Valera, como Castelar, escribe y publica algo todos los días. Y, lo que no podrían hacer muchos que se reservan, escribe siempre bien.

27 de mayo, 1897

Si no me lamento de que se haya hablado y escrito poco acerca de Genio y figura, la novela de don Juan Valera, es porque tales lamentaciones serían ya más repetidas que las de Jeremías. En efecto, casi siempre que se publica, entre nosotros, un libro bueno, tengo que comenzar su examen doliéndome de la indiferencia con que los literatos reciben la obra nueva. Entregada la crítica de actualidad, casi por completo, a los chicos de la prensa, a los Aristarcos interinos, lo primero que falta es la conciencia moral de la crítica misma; y por esto, se habla mucho del libro del amigo, casi nada del libro bueno, si no viene con recomendación. Naturalmente, los escritores notables, que son los que por regla general hacen los buenos libros, no quieren rebajarse a mendigar la atención de esa prensa distraída, superficial y ajena, en rigor, a la verdadera literatura; y en cambio, los que no tienen mérito, suelen tener buenas piernas para ir y venir y colocar el reclamo correspondiente en todas partes.

Muchos autores nuevos, que consiguen en realidad llamar la atención del público, a fuerza de habilidad para alcanzar la benevolencia de los monos sabios, demuestran grande aptitud para corredores y genios del anuncio. Novelistas y poetas casi célebres conozco yo que dejan muy atrás a la madre Seigel y al doctor Ayer.

Cuando Balart publicó su Horizontes salieron a luz otros libros de versos, del todo insignificantes, que dieron más que hacer a los cajistas de los periódicos que las poesías del ilustre don Federico. Pues ahora sucede lo mismo. De ciertos librecitos, a lo sumo medianos, se ha hablado mucho más que de Genio y figura. ¡Qué ha de suceder, si los literatos verdaderos no quieren escribir unos de otros y gracias que se lean! De todas suertes Genio y figura es una novelita sin pretensiones, graciosa, alegre, elegante, en la cual sin aparato de intempestiva psicología científica, se estudia, artísticamente, el alma de una mujer excepcional, pero no inverosímil.

Rafaela, la generosa, llega, desde el fango en que nace y se cría, a la riqueza, al esplendor de una posición social envidiable; y, lo que es menos frecuente, a la educación esmerada de su espíritu, superior por naturaleza. Lo único que no deja es el vicio capital, la depravación sensual pegada a su cuerpo como una lepra... Podría creerse que al pintarnos Valera tan simpática y tan bien dotada de cualidades físicas y psíquicas a su protagonista, quiere hacer el vicio amable, pues que no la pinta como una Magdalena ni una Dama de las Camelias siquiera; pero no hay

tal cosa; porque el castigo, tremendo por lo necesario, de aquella concupiscencia invencible, se presenta en el alma misma de la pecadora, la cual, ennobleciendo su inteligencia, pero no sus costumbres, llega a comprender que el día que su cuerpo deje de ser hermoso se acaba en ella lo que el mundo admira, lo que hace que se la perdone, o por lo menos se la tolere. Y Rafaela se da la muerte antes que quedarse sola con las excelencias de su intelecto cultivado, que ni le sirven para el mundo ni para lograr la resignación que necesita.

La lección, artísticamente presentada, es de gran efecto moral. Los reaccionarios han dicho que esta novela era inmoral; y es que, por lo visto, esos escritores que quieren representar a la Iglesia militante en la prensa... no van a oír los sermones que, con excelente fin, predicán muchos sacerdotes, empleando tonos mucho más viriles que los de Valera. Genio y figura es obra de un diplomático que además es un artista y un filósofo. Pertenece a la clase de novelas que se ha dado en llamar de la sociedad cosmopolita, pero no por eso dejan de resplandecer en esta obra las castizas cualidades que siempre revelan a su esclarecido autor.

Valera, que no duerme sobre sus laureles, prepara otra novela, de más empeño.

* * *

La temporada teatral puede darse por terminada, por lo que toca al llamado género serio, grande (chico en grande, a veces).

No ha habido ningún exitazo, como dicen los chicos de la prensa.

En el Español, alcanzó muchas representaciones un drama titulado Los plebeyos, de mi fraternal amigo Félix Llana y de Francos Rodríguez.

Por esa amistad, me abstengo de todo elogio. Sólo diré, porque son hechos, que la obra llegó al número de representaciones necesario para que los autores tengan beneficio; y que Los plebeyos va a ser traducido en portugués, francés e italiano, para representarse en Lisboa, Bélgica y varios teatros de Italia.

* * *

Yo había anunciado, a principio de temporada, que la campaña no sería lucida; y mi pronóstico se ha cumplido.

El público está en las peores condiciones para que los autores se arriesguen a probar fortuna en la escena.

La cábala de pandilla literaria y de empresa teatral enemiga, está en auge; el gusto, maleado y desorientado, en gran parte por culpa de la mala crítica; la atención general se vuelve, con razón, a los tristes sucesos que están poniendo a prueba la resistencia moral y material de España...

En circunstancias tales, el que pueda esperar debe retraerse y guardar en cartera sus dramas. Un periódico satírico de Madrid representa al que esto escribe, en una caricatura, en estado interesante, y a mi lado se ve a María Guerrero en actitud de súplica, pidiéndome que dé luego a luz el fruto de mis desvelos de dramaturgo incipiente. Todo esto alude a la promesa que tengo hecha a la señora de Mendoza de entregarle un drama titulado La millonaria.

No se impacienten mis enemigos; llegaré la ocasión de que me silben sin oírme, como ya han hecho otra vez. Con su mala voluntad ya cuento; pero al público lo quiero de mejor talante, y me conviene esperar a que nuestra vida política mejore.

María Guerrero va a recorrer gran parte de la América española. Le deseo muchos triunfos: y cuando vuelva a la península, le daré, por fin, el drama prometido. No, no faltará a los monos sabios carne de Clarín.

* * *

Estos días se ha hablado en los periódicos no poco de un libro de versos de un autor nuevo, y de una novela, de un principiante también. No falta quien advierta que se trata, en uno y otro caso, de obras que deben a la diligencia de los amigos complacientes el ruido que hacen, mucho o poco. Yo, de la novela, nada puedo decir, pues aunque su autor, el Sr. Reyes, de Málaga, ha tenido la bondad de regalarme su Cartucherita, todavía no he tenido tiempo de leer este elegante volumen. Si el libro me parece bien, lo diré; y si mal, o callaré o diré que me parece mal, según juzgue oportuno.

En cuanto a la colección de versos titulada Mujeres y cuyo autor se llama Vaamonde o Vahamonde, sólo puedo decir por ahora que el modo de querer imponer el libro a la opinión, que han empleado amigos officiosos, me parece contraproducente. Además, la poesía «Fiel» publicada por El Liberal entre golpes de bombo, es mala, rematadamente mala. Pero puede lo otro ser bueno; y si recibo el libro y me gusta, lo diré sin empacho. Y si me disgusta, también.

* * *

De América sigo recibiendo multitud de obras en prosa y en verso, que agradezco infinito a los respectivos autores. Vienen tales libros de una y otra repúblicas hispano-americanas, y confieso que me halaga que en tantos y tan apartados países conozcan mi humilde nombre y estimen en algo mi opinión, pues todos solicitan mi parecer acerca de sus trabajos.

Como yo no escribo para América más correspondencias literarias que estas revistas de Las Novedades, me doy a entender que por Las Novedades (y algo tal vez por mis libros) he conseguido esa relativa notoriedad que me envanece. Y como yo siempre hablo claro, y censuro sin atenuaciones, y no siempre digo flores de la literatura americana, ni mucho menos, saco en consecuencia que por esos mundos, también, a la larga, se hace oír el que es franco, el que demuestra sinceridad. Claro que este no se consigue sin ganar también enemigos entre los descontentos.

Sin embargo, noto un fenómeno raro, quiero decir, mejor, extraño. Los literatos americanos que vienen a España y de quienes tengo que hablar mal, son de los más quisquillosos y pendencieros; y los americanos que se quedan allá, y de quienes tampoco digo grandes alabanzas, son más tolerantes, más sufridos, más amables, más imparciales. Ejemplo, el muy famoso Rubén Darío que, en cierta defensa de su ingenio y arte, estuvo conmigo finísimo y hasta respetuoso. Lo mismo puedo decir de un señor Estrepo y de otros que, aun después de defenderse de mis censuras, han tenido la amabilidad de enviarme sus obras. Todo esto me sorprende agradablemente. Aquí, autorzuelo a quien me veo en la obligación de llamarle badulaque, al día siguiente se va a El Liberal, o cualquiera otro periódico festivo, por el estilo, a llamarme... inédito.

Por lo visto las costumbres literarias están en el nuevo continente algo más adelantadas que entre nosotros.

* * *

Estos días han llegado a mi poder varios libros americanos que merecen por

lo menos mención honorífica, y de ellos hablaré en una de las próximas revistas.

También tengo algo, y aun algos, que decir del excelente crítico Sr. Rodó, de Montevideo; y del poeta de Lima Sr. Chocano, hoy ya mi amigo, a pesar de mi franqueza, y acaso por ella.

Todo eso, y mucho más, para otro día.

24 de junio, 1897

Mientras algunos jóvenes precoces, con los que se mezclan no pocos viejos verdes, alborotan y dan codazos para que nos fijemos en ellos, y se les dejen los puestos más cómodos y más empingorotados en la república, hoy anarquía, de las letras; mientras esa tropa que a sí misma se llama gente nueva, aunque muchos de ellos nos ofrecen novedades oxidadas, se empeña en que se le admire bajo su palabra, o por dramas de brocha gorda y libracos llenos de extravagancias y galicismos, no pocos autores viejos, es decir, que no pertenecen al grupo de la gente nueva, se dejan arrinconar, se esconden motu proprio en el olvido, y algunos... hasta se dejan morir. Como en España la crítica de las letras contemporáneas casi nadie la cultiva con asiduo estudio, a las generaciones que van presentándose nadie les habla de los libros de los escritores que pocos años ha llamaban la atención. Nuestro público literario vive al día; es un Príncipe desmemoriado; y la prensa gárrula y superficial le tiene reducido a los estrechos límites de la celebridad de la semana.

Pasma y entristece observar lo pronto que olvida, lo mucho que ignora de lo que pasó ayer por la tarde, esta juventud que se dice aficionada a las letras.

Escritor que haya dejado de producir diez o quince años hace, es tan antiguo, tan remoto para esta gente, como si fuera de tres siglos atrás. Por eso, cuando muere alguno de los veteranos de la literatura, de los que no escribían en estos últimos meses, las necrologías tienen que dar al vulgo explicaciones análogas a las que se dan cuando se descubren datos biográficos y bibliográficos de un autor antiguo.

* * *

Pérez Escrich, hace pocos lustros, era popularísimo; en la novela y en el teatro, contaba con el entusiasmo incondicional de las masas sentimentales; era suyo el público que no busca en el arte lo bello, sino su propia pequeñez estética e intelectual; el público que hoy no lee libros, sino periódicos con monos y corridas de toros, crímenes célebres y patrioterías; el público que aplaude en el teatro puñaladas... pasionales, usando el bárbaro adjetivo que se empeñan en aclimatar algunos majaderos de bastante circulación.

Pérez Escrich sacaba de las sensiblerías y de los lugares comunes de la moral casera el mismo partido que hoy sacan de las broncas escénicas ciertos revolucionarios a lo chulo, que se llaman aquí representantes del modernismo; un modernismo de navaja, taberna y blasfemia en estilo cursi. Desde el punto de vista moral y de policía urbana, era preferible la literatura de Pérez Escrich.

Ha muerto don Enrique, pero el pueblo no se ha enterado apenas, porque hacía muchos años que no le leía.

Entre Juan José y El Cura de Aldea yo me quedo con El Cura de Aldea, porque arte fino, en rigor, no lo hay en ninguna de estas obras, y la de Pérez Escrich es más simpática por los buenos modos. Hoy, sin embargo, llamaría más la atención la muerte del autor de Juan José que la de Pérez Escrich... pero es posible que dentro de cincuenta años el popular los mida a todos por un rasero: el de la más absoluta ignorancia respecto de la existencia de tan apreciables señores.

* * *

Federico Moja era un literato de verdad; joven todavía se retiró a la vida de periodista provinciano; y pocas semanas hace ha muerto en Málaga, muy apreciado por los malagueños, pero pobre, y apenas recordado en el resto de España.

Deja dos o tres libros que no dan, ni con mucho, la medida del mérito suyo.

Era uno de esos tímidos, no miedosos, que un psicólogo francés acaba de estudiar con gran perspicacia. La fortuna ayuda a los audaces, y la fortuna fue constante en castigar la timidez de Moja. Era modesto, además, y esta es una circunstancia agravante.

Creo que nació en Santander, que tan buenos ingenios produce, aunque no suelen ser de las ideas de Moja, que era de la cáscara amarga. Dentro de esa cáscara, Moja tenía la dulzura del mundo. No entregaba a cualquiera fácilmente su confianza, pero, en la amistad que tenía por segura, se resolvía en cariño, en recatadas expansiones de afecto, aquella reserva, como irónica, que para el mundo desconocido y temible tenía este escritor satírico que acababa por ser todo corazón.

Fue periodista en Madrid, secretario en Roma, de la Academia de Bellas Artes creada allí por Castelar, y acabó retirándose a Málaga donde dirigió y redactó periódicos; y murió pobre aunque muy estimado. No tiene comparación lo que fue Moja con lo que debió haber sido. Era de la raza de los Amiel; como este su tocayo, valía mucho más que sus obras, porque guardaba para sí lo mejor de su ingenio.

* * *

Feliú y Codina alcanzó toda la fama que merecía, y alcanzó no poca. No era este un olvidado ni un postergado. Si cultivó las letras de joven, de él no se supo hasta hace pocos años, cuando ya había llegado a la edad madura. Sus obras tienen más de fruto que de flor. Son más jugosas que brillantes. No era Feliú un espíritu adocenado de esos que le parecen oro lino a la multitud: en el alma y en el arte del autor de María del Carmen había delicadeza, noble sobriedad que no siempre estima el público; mas, con todo, no es Feliú de los autores que, en pugna con el mal gusto de su tiempo, superiores al pueblo que los juzga, se pueden quejar de injusticia. Verdad es que si, por lo general, se le aplaudió a Feliú todo lo que merecía, y acaso un poco más, en sus últimas obras no se comprendió todo lo que era bello. Feliú, a mi ver, progresaba, mejoraba... tal vez apartándose de la popularidad.

Antes de Dolores había producido dramas apreciables que no le dieron mucha gloria; La Dolores entusiasmó al público: fue el éxito más ruidoso en muchos años, hasta que vino tal vez a vencerle el de Juan José, de

Dicenta.

El final de la Dolores conmueve y está bien pensado y bien escrito. Lo demás... no me ha gustado nunca, y no va a gustarme ahora porque el autor haya muerto y haya llegado a ser buen amigo mío.

Miel de la Alcarria obtuvo... descabelladas censuras de la pseudo-crítica que juzga aquí en los estrenos en perpetua interinidad. Sin embargo, la idea dramática de Miel de la Alcarria, de difícil expresión, es de poética profundidad, y el primer acto y el segundo, y las escenas del locutorio en el tercero, son de arte superior a la Dolores, en general. Por desgracia, Miel de la Alcarria tenía un desenlace muy difícil; y lo mismo el que el autor le da que el que esperaba cierta parte del público, pecan de inoportunos.

María del Carmen, que siguió a Miel de la Alcarria, es, a mi juicio, el mejor drama de Feliú. Tiene el movimiento de pasión exteriorizada y vulgar que fue lo que gustó en Dolores, y algo de la ternura íntima de Miel de la Alcarria, con más, cualidades de color, corrección y fuerza en que supera a sus hermanas mayores. Aunque el regionalismo pintoresco que Feliú cultivaba, con seria conciencia y asiduo trabajo, ofrecía sus peligros, no había llegado en sus manos al amaneramiento.

* * *

La Dolores está escrita en verso; y Feliú era mediano versificador; abundan las incorrecciones, las palabras impropias; y, lo que es peor, las frases inútiles, que están allí por culpa de la rima, no por exigencias del diálogo. En Miel de la Alcarria y en María del Carmen tenemos una prosa fácil, noblemente sobria, discreta y correcta; pintoresca y patética cuando la situación lo exige.

En todos sentidos se puede decir que Feliú progresaba.

Ha muerto con él una de las más fundadas esperanzas de regeneración escénica.

* * *

Feliú creía en la crítica; callaba ante las censuras que estimaba nacidas de convicción, aprovechaba los consejos que creía justos, y agradecía, sin engreírse, las alabanzas sinceras.

Mis relaciones con el malogrado dramaturgo me hicieron ver cuánto valía como hombre.

Me envió La Dolores y, lo poco que dije de ella no debió de halagarle mucho; pero no por esto me hizo la guerra solapada que me hacen otros amigos de quienes no siempre se puede estar diciendo flores.

Y cuando defendí los dramas que siguieron al más popular de los suyos, Feliú se apresuró a mostrármese agradecido. Fuimos amigos desde entonces.

Lloro con esta pérdida la de un buen artista y la de un artista bueno. No abundan los buenos literatos ni los literatos de buen carácter.

* * *

Don Ramón Navarrete (Asmodeo) era el periodista más viejo de Madrid, al menos entre los de renombre.

Tal vez era el más literato entre los revisteros de salones, muchos de los cuales no son nada literatos. Tienen más de modistos que de escritores.

Es claro que no entran en la cuenta algunos que, como Abascal (Kasabal), son hombres de estudio, de gusto, y que si hablan de bailes y trajes, a veces, es por afición; pero dedicándose principalmente a otros géneros

propriadamente literarios.

Asmodeo escribía novelas y comedias. De estas, muchas eran arreglos del francés... con certificado de origen. Y arreglos de cosas que tenían gracia, buena intriga dramática. No se dedicaba, como otros, a traducir lo insignificante para ocultar más fácilmente la procedencia.

* * *

Don Francisco Ayuso, que en paz descansa también, era un filólogo que entró en la Academia tal vez para ayudar a otros a desfacer los entuertos etimológicos del diccionario. Escribió Ayuso muchas gramáticas de lenguas vivas y muertas. Era, sin duda, hombre de laboriosidad meritoria. El público y los chicos de la prensa no se habían enterado de que había tal Ayuso, y, naturalmente, tampoco saben que se ha muerto. Se le nombrará, acaso, cuando se hable de llenar la vacante que deje entre los Inmortales de real orden. En materia de lingüística yo no sé si Ayuso era o no verdadera notabilidad, en absoluto; pero seguro de que España, en esto, es tierra de ciegos, me atrevo a afirmar que Ayuso era, cuando menos, uno de nuestros pocos tuertos.

* * *

Y basta de difuntos. En la próxima revista trataré de Misericordia, la reciente novela de Pérez Galdós.

18 de noviembre, 1897

Cuando yo ofrecí a los lectores de Las Novedades hablar de Misericordia, la última novela de Galdós, era el asunto de actualidad; mas no lo es ya ahora; y por esto, al cumplir mi palabra, he de reducir a las menos que pueda lo que, en sustancia, quiero decir de la citada obra. Ni Galdós trabaja en la novela con tanta fe y entusiasmo como antaño, ni el público presta la atención que antes prestaba al género. No importa; el gran ingenio siempre es quien es, y la fecundidad de imaginación en Galdós es inagotable. Argumento y personajes de Misericordia son nuevos, frescos, originales, sencillos, de realidad artística, eso que no pasa con las modas de escuela. Se trata de la pobretería madrileña, de la vida ordinaria e íntima de los mendigos de la corte, y Galdós, que tanta riqueza de observación ha sabido sacar de los barrios bajos madrileños, de los desperdicios que la vida cortesana arroja a las afueras, todavía en Misericordia encuentra nuevos aspectos de cosa tan vista y descrita por él, y todavía encuentra almas nobles e ingenuas entre los humildes corrompidos por la miseria; y hasta el amor más ideal y noblemente quijotesco se nos ofrece en aquellos lugares tristes donde el vicio, el crimen y la santa pobreza parecen una misma desgracia.

Si Goncourt idealizó, pese al naturalismo, a una pobre doméstica haciéndola enamorada, Galdós, con menos dudosa verosimilitud, da idealidad a su criada sisona que llega a la humildad de pedir limosna, no para probar el temple de su alma, sino para dar de comer a la señora ilusa que la tiene a su servicio. La hermosura de espíritu de esta ilustre fregona, sólo alcanza a verla... un ciego; un mendigo africano, moro, que se enamora de la luz de aquella caridad, sol que alumbraba su corazón sin tener

que pasar por la retina. Otro mérito de Misericordia es que a pesar de argumento tan sentimental y poco alambicado no hay sensiblerías en el libro, y sí mucha alegría, jugo cómico, de gracia tal, que recuerda los mejores días de la risa literaria en nuestra España. La risa de nuestras buenas letras es uno de sus principales méritos, y son muy pocos los que lo recuerdan y menos los que saben dar a esta virtud estética todo el valor que tiene.

De Misericordia se ha escrito poco, y no siempre con justicia. Recuerdo un artículo de un señor Blasco (no Eusebio), orador republicano de cierta fama, y autor de cuentos no despreciable, artículo en que se censuraba a Galdós porque pintaba con simpatía a los mendigos. Según el crítico, el pobre merece el arte, el mendigo no. No verá el crítico que a la fuerza ahorcan, y que si no todos los pobres son mendigos, la mayor parte de los mendigos son pobres. Y en cuanto a que el arte pueda tomar por asunto al mendigo, y con buen éxito, es afirmación que ni siquiera necesita defensa, porque la tiene en el buen sentido estético y en la historia, que nos da ejemplos tan conocidos y tantos que no hace falta siquiera mencionarlos.

* * *

Muchos teatros se han abierto ya en Madrid. La mayor parte de ellos prefieren el género chico que, por lo visto, es el que da dinero. Se nota que el teatro chico se va al género grande y el teatro grande al género chico. En Martín, uno de los teatros más pequeños de Madrid, allá, en la calle de Santa Brígida, donde Cristo dio las tres voces, cultiva el notable primer actor don José Mata su antiguo repertorio de dramas y melodramas, y en cambio La Comedia, teatro grande, el más clásico que teníamos, después del Español, se ha remozado y vestido con elegancia para recibir el Tambor de granaderos, y demás zarzuelas por el estilo.

A mi ver, esta capitis deminutio de la gran comedia es de lamentar. Acaso alguien diga: no es capitis deminutio porque la empresa saldrá ganando. Es que la capitis deminutio, a pesar del nombre, muchas veces daba más derecho, más libertad al que experimentaba este cambio de estado.

Acaso la Comedia vaya ganando, pero ha perdido la familia.

No soy de los que desprecian el género chico; tal vez, aparte el teatro de Echegaray y algo de Galdós, en estos últimos tiempos lo mejor y más original de nuestra escena está en algunos sainetes y zarzuelas. Siempre he alabado lo mucho bueno que en esa forma del arte cómico han hecho Ramos Carrión, Vega, Burgos, Aza, M. Echegaray y muchos más; pero no es contradicción de este criterio el lamentar el exceso y el desequilibrio.

El público, adulado y aconsejado por ciertos críticos que le bailan el agua, se inclina más cada día a lo frívolo, a ver en el teatro pasatiempo sensual, no placer estético, y el predominio extremado del género alegre y superficial nace de mal entendida condescendencia de empresas, autores, críticos y actores, que no oponen a la corriente perniciosa más energía que la que emplea un cortesano ante los caprichos de un déspota.

* * *

Ceferino Palencia en el teatro de la Princesa, elegante, aristocrático, pero poco afortunado en general, lucha pro aris et focis, por el arte... y el puchero, pudiéramos traducir, muy libremente; y lucha con estas armas: el talento dramático de su mujer, María Tubau, y el ingenio de ilustres dramaturgos extranjeros. Merece Palencia triunfar, porque una de las

maneras de educar el gusto del público es hacerle creer que en el mundo hay más. También es cierto que un repertorio casi todo extranjero necesita discreción en quien elija las obras... y gramática y estilo en quien las traduzca.

La obra benéfica, no de romper moldes, pero sí de ensanchar horizontes, se convertiría en perjudicial si el teatro de la Princesa viniera a ser... un folletín más. No lo temo.

* * *

María Guerrero vuelve de América con dinero y muchos laureles, según se dice.

Pronto comenzará su nueva campaña en el Español. Se ha necesitado Echegaray y ayuda para que la autoridad competente (?) aprobara la lista de la compañía.

Indudablemente la compañía es incompleta; pero ¿cómo se completa una compañía con artistas que no quieren que se les contrate?

No pretende la empresa que la compañía sea la mejor que se podía formar, sino la mejor que se ha podido formar. Lo cual es muy diferente.

Falta un primer actor, se dice.

Con los primeros actores va pasando lo que en la ópera con los tenores.

Son muy raros. Hay muchos medianos, y poquísimos buenos. Los de primera clase se mueren o se hacen viejos... no hay más remedio.

Hasta en la política nos van faltando los primeros espadas. Cánovas ha muerto, y Sagasta necesita sudar copiosamente en la cama para contestar a una mala nota diplomática o para proveer una buena canonjía. Otros, como Castelar, no admiten contrata en la compañía de real orden.

Es de esperar, o de desear, por lo menos, que Dios mejore sus horas, y que al cabo tengamos buenos cómicos en la administración pública y buenos administradores en la patria escena, o sea la española Talía como dijo don Aureliano Guerra y Orbe, q. e. p. d., con gran escándalo de Juan Montalvo, también difunto.

* * *

Por cierto que el libro en que he leído esa noticia se titula Joya literaria y lo publica en Quito el Sr. Aristizábal. Por tratarse de algo inédito de Montalvo, tan admirado en el Ecuador, y aun en lo demás de América, y hasta en España, por algunos, en mi próxima revista diré algo de ese libro.

También pienso hablar, aunque sea poco, de un elegantísimo Almanaque Sud-Americano, y de otras obras americanas, v. gr. una muy simpática que viene de México llena de amor y respeto a España. Ese es el camino. Muy independientes... pero muy españoles todos.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

